

A woman with long dark hair is shown from the chest up, looking down. She is wearing a white sheet that covers her body, with her arms crossed in front of her. The background is black.

FRANCISCO UMBRAL --- EL GIOCONDO

Esta novela es un largo reportaje a la noche madrileña y al mundo del amor «que no se atreve a decir su nombre». Seres de ahora mismo —actores, artistas, criaturas solitarias, protagonistas del amor oscuro— pasan por este libro lleno de autenticidad, de lírica información, de secreto reporterismo, hecho, empero, con un lenguaje novelístico rico, muy literario y peculiar. El Giocondo, protagonista de la historia, tocado de la «indecible tristeza de los efebos», es el hilo humano, el conductor de la electricidad del relato, que llega en este personaje a un oscuro fracaso en las últimas páginas. La «dolce vita» madrileña pasa por sus páginas en cafés, clubs, tabernas, discotecas, reuniones secretas y amores a la intemperie. El autor limpia fondos a la ciudad, viejo navío de piedra e historia, y nos da su resaca más brillante, dolorosa, inconfesable y palpitante.



Francisco Umbral

El Giocondo

ePub r1.0
Titivillus 13.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *El Giocondo*
Francisco Umbral, 1970
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Miguel y Dámaso, amigos míos.

Como estériles permanecen las flores hermafroditas de estilo corto de la *Prímula veris* mientras sólo las fecundan otras *Prímula veris* también de estilo corto, y acogen con gozo el polen de las *Prímula veris* de estilo largo.

MARCELPROUST

ENTRA EN EL CAFÉ hacia las nueve de la noche, hora indecisa, como algunos otros días, quedándose cerca de la puerta, entre la barra y las mesas, en aquel espacio tan pisado, tierra de todos y de nadie, reino incoloro del cerillas y del limpia, con huellas de los que van directamente a la escalera que baja al comedor, huellas decididas de los triunfadores de la vida —impresas en la humedad de la calle— por encima de las colillas, las salivas, las servilletas de papel arrugadas, los frágiles y rosados caparazones de gambas, pisados y plisados en dos, coloreados como pétalos. El Giocondo da aquellos pasos desgastados del que busca a alguien con la mirada, por entre las mesas, sin demasiado fervor por encontrarlo, mientras los pies se le van hacia el mostrador, y todo su cuerpo, como refluído por las miradas que llegan curiosas y cansadas de los divanes, busca la querencia de la barra, un punto de apoyo, la confusión entre los grupos que conversan de pie, un deseo de ser visto y de no ser visto al mismo tiempo.

Los de su raza, algunos de los de su raza, los mozzallones con sol del pasado verano, vagamente ofrecidos en cada una de sus actitudes, al darse lumbre, al mover el vaso para que el hielo tintinee contra el cristal, entre el Campari de un rojo ingenuamente perverso, al saludarse sin prisa, sin efusión, pero con una vaga complicidad que está en el aire, que se enciende en sonrisas, en miradas, que transportan las manos en su entrecruce de peces viajeros y sexuales. O los maduros, con la juvenilidad apócrifa de sus *foulards* y sus canas pintadas sobre las canas verdaderas y sus chaquetas de capitanes de yate que nunca zarpa. O los decrepitos, maquillados de experiencia y soledad y amargura y esperanza, tanto o más que de maquillaje.

—¿El señor?

—Un chivas con hielo.

Y mientras le traían el chivas con hielo, el *whisky* oloriento como una madera licuada, ya tenía algo que hacer, vigilaba las manos del barman, el hielo que le iban poniendo dentro del vaso, como muy interesado en la operación, en la exactitud de las porciones, pero tenía cerca —y sólo de eso estaba pendiente— la mirada de aquel actor pelirrojo, maduro, de quien se decía que también, y la loción de aquel pintor joven, achinado, pulcro, enojado de pulseras masculinas, de quien se decía que seguro que sí, y temblaba de inmediatez, temblaba sin temblar, pensando, sintiendo que quizás aquella noche, que alguna noche tenía que ser. Por lo menos, así te quitas una duda de encima; si es que sí, pues sí. No hay que darle más vueltas. A esto y sea lo que sea. Si es que no, siempre está uno a tiempo de volver a ellas («ellas», con qué falta de convencimiento lo pensaba). La verdad es que no sabes nada de nada, como siempre, pero ya tienes años para salir de este lío, aquí está el chivas, es bueno el chivas, yo no conocía esta marca, esa loca me enseñó a pedir chivas, la Marquesa, una buena solución, una única solución, la mujer fuerte, el Don Juan femenino que puede seducirte definitivamente, salvarte, ¿salvarte?, qué palabra, qué melodrama, qué tontería. «Soy su doña Inés», pensó. Y esto le hizo sonreír cuando se llevaba el vaso a los labios. Soy su doña Inés.

Carlo, escaso, barbita sucia, proxeneta, bizqueando, le sonreía con dientes de hambre, venía por entre las mesas hacia la barra, hacia él, confidencial y ostentoso al mismo tiempo. Carlo, de piel ofidia, de hueso desnutrido, con su blando traje de mezclilla y su suéter flojo, marrón, como una gola desbordando el cuello de la chaqueta y la barbita envidiosa del tipo. Carlo, fumador y susurrante, conversador al oído, pájaro de café con leche, pobre sexual, mendigo sexual, malo, todo de uñas mordidas y venas viejas, Carlo, sin edad, venía hacia él para pedirle un chivas y un cigarrillo. Para la confidencia sucia y el consejo fácil, el halago deslizante, el odio: tú tienes clase, tú vales dinero, te vas a hacer el amo.

—Tú tienes clase, tú vales dinero; te vas a hacer el amo.

Y se aupaba un poco para hablarle, y tenía su boca casi en el oído del Giocondo, y los

ojos, de esquina, en aquel otro pintor, en el pintor del pelo blanco y el rostro afilado, García de Quindós, erotómano de ojos profundos, de boca hundida, firma importante en la pintura del país, tipo silencioso que esperaba a su amigo, a su doncel entrañable, a su compañero del alma, un muchachito bien, marquesito de algo, ruboroso y tibio como una muchacha, con el negro pelo hacia un lado, el cuerpo redondeado debajo de la chaqueta azul, los ojos pequeños y de sueño.

—García de Quindós —decía Carlo—, ése lo que quieras. Me ha hablado de ti. Con García de Quindós, lo que quieras.

Y le tocaba la solapa de la chaqueta, frotaba el pulgar y el anular contra el paño, se echaba un poco para atrás, como reparando de pronto en la calidad y el corte del traje que llevaba el Giocondo. «Qué traje, chico, de maravilla, perfecto, hoy vas perfecto, yo también voy a hacerme ropa, ¿sabes? En seguida voy a hacerme ropa.» El Giocondo sentía deseos de decirle: «Déjame en paz con tu cuento, ya está bien, yo me lo buscaré a mi manera, ni García de Quindós ni historias, no me hacen falta alcahuetes.» Porque sabía que todo era mentira, una invención sobre la marcha o repetición de lo de siempre. Carlo llevaba un mes asombrándose del mismo traje del Giocondo. Carlo no había hablado con el pintor acerca del Giocondo, y si había hablado sería para decirle que ése nada, que no sabe lo que quiere, que es impotente o vete tú a saber, que en el fondo sólo quiere pasta y lo que de verdad le gusta son las tías, pero no sabe chulearlas, que anda sin un duro.

Pero allí se estaba Carlo, fumándose uno de sus rubios, sin atreverse a pedir el chivas, haciendo la farsa de la confianza y la intimidad con el Giocondo mientras echaba miradas en torno para saber si los de la barra, el joven pintor y el viejo pintor, el actor pelirrojo, todos, valoraban aquello, para saber de verdad si el Giocondo tenía algo que hacer o no tenía nada que hacer con aquellos tipos, porque lo cierto es que él. Carlo, tampoco tenía una idea muy clara de si el Giocondo iba a dar juego o acabaría de extra de cine. Trataba de informarse por las miradas de los demás mientras fingía que él era el único informado.

La Lunfarda se acercó a ellos, como otras noches. La Lunfarda, con rostro de payasito y sonrisa falsa, toda de pestañas postizas y manos botticellianas, con una blusa rizada, romántica, con las nalgas pugnaces bajo el pantalón de terciopelo negro, maquillada y triste, psicópata y procaz. Vos no sabés, ché, vení acá, nomás, vos tenés clase, podés gustar y no como una, que está ya muy vista. De vuelta está una, de vuelta de esta gente, unos enmerdeus, decíme si no, mi amigo, y aquí sin vender una escoba. ¿Vos hacés a pelo y a pluma o qué coño hacés vos? No me seáis pelotudo, que vos tenés clase, algo, juventud nomás. Hay que vender. ¿Dónde cenás esta noche? La Lunfarda, gallega de Buenos Aires, madrileña de Atocha, meretriz de artistas caros y efebos baratos, andaba con el dengue y la farsa, como un Carlo femenino, como hermana putativa de Carlo —aunque se odiasen un poco entre ellos—, trabajándose la cena, la copa, el chivas, la compañía, algo, mediante el halago y el proyecto, la oferta y la demanda.

La Lunfarda, hija de los españoles del exilio, madre de un hijo gitano y solo, sobrina de una bruja de Goya, le guiñaba a Carlo una pestaña postiza, y luego la otra al Giocondo. No se sabía bien si quería acostarse con él o ponérselo a tiro a un torero caprichoso para irse con la comisión. Quizá, ni ella misma lo sabía. La Lunfarda hacía su juego, iba a lo suyo, pero ¿qué era lo suyo? Decíme vos, no me seáis pelotudo, ché, decíme qué esperarás con ese cuerpo.

Y allí se estaba el Giocondo, entre Carlo y la Lunfarda, como una víctima, como una presa, como un principito vicioso y tímido.

Andresco es bajito y calvo. Andresco tiene la voz mimosa, los ojos jóvenes, las manos niñas, pero niñas de niña, no niñas de niño. Andresco se ha buscado ese nombre italianizante porque una vez estuvo en Corinto, que, como él dice, «le cae cerca».

Corinto es un sitio que le cae cerca al pansexualismo helénico y hedonista de Andresco, que es un andaluz que estuvo, no se sabe cómo, en *El banquete*, de Platón. A veces, algunas noches, Andresco —que monta unos *ballets* muy exquisitos en las *boîtes* de segunda A— se pone a hablar con el Giocondo, mira tú, según está la vida, qué me vas a decir, ay madre, si una pudiera, como dijo la otra, yo que tú, con esa línea, con ese pelo, de hincharte, vamos, de hincharte, pero vagonetas, niño, lo que se dice verdaderas vagonetas. Andresco vive con su mamá allá por los barrios nuevos de la Estación del Norte, que le dicen Príncipe Pío. La mamá de Andresco es una señora muy leída que se quedó viuda cuando todas las señoras del país, más o menos, se quedaron viudas. De vez en cuando, Andresco saca a su mamá a una *boîte*, para que la señora vea el ballet tan exquisito que ha montado su niño. Pero si el niño no la saca, la señora se está en casa, sin dar un ruido, pensando en la lejana provincia andaluza y en los cortijos que fueron —ay, fueron— de la familia.

La mamá de Andresco lee los libros del niño, que son unos libros muy cultos y muy al día, porque Andresco, aunque se dedique a esto de lo frívolo, es lo que se dice un intelectual y tiene mucha cabeza. Merleau-Ponty, Georg Lukács, André Gide, Bertrand Russell y así, son las lecturas de Andresco. Bueno, también está todo lo que Piscator y Barrault han escrito sobre el arte escénico, porque para montar un ballet fino en una *boîte* de segunda A se necesita estar muy preparado, y Andresco tiene preparación, lo que se dice preparación, porque él, naturalmente, no piensa quedarse en las *boîtes* de segunda A, sino que sueña con montar grandes espectáculos de luz y sonido, de agua y música. Mira, Giocondo, lo que te digo es que tú lo estás pensando mucho y se te va a pasar el momento, que estás como quien dice en tu punto, a ver quién te iba a hacer a ti ascos ahora, madre mía, pues bueno está el mercado; si es lo que os pasa a los que tenéis estatura y maneras, que mucho remilgo y luego acabáis con un acomodador de Ventas.

El Giocondo, por quitarse de encima a Carlo y a la Lunfarda, se había sentado a la mesa de Andresco, que estaba frotándose las manecitas para desentumecerlas del frío de la calle, y que de vez en cuando se pasaba una de ellas por la enorme cabeza calva, como echando de menos el sombrero verde que había dejado sobre una silla, junto a la larga bufanda escocesa que se liaba al cuello en un último alarde de su doncellez fea y optimista. Si es que no sabes nada de la vida, Giocondo. ¿Qué bebes: chivas? Pues ya verás, con esos gustos y sin un duro, cómo vas a acabar tú. ¿Y esos dos? (señaló con los ojitos para Carlo y la Lunfarda, que ramoneaban por la barra). Ay, con qué amistades te juntas. Hasta el riñón te van a sacar a ti esos. No son malas personas, pero qué hambre pasan, los pobrecitos, madre mía, qué hambre... Andresco se pone luego a hablar de sus ballets o de lo estropeado que está el mundo del espectáculo, que ya no hay gusto ni arte ni maneras ni nada. Y luego cuenta cosas de su mamá, lleno de contenida ternura, y es muy respetuoso con el Giocondo, ni ponerle una mano encima; sin duda se siente compensado en su fealdad simpática con el solo hecho de que le vean sentado junto al Giocondo, charlando mano a mano, parla que te hablarás, como si entre ellos hubiese algo.

Pero Andresco se ha tomado su café calentito, ha echado fuera el frío de la calle y, poniéndose el sombrero y el tres cuartos, se lía al cuello la larga bufanda.

—Bueno, Giocondo, a ver si te vienes una noche por el pescaíto. Verás cómo hay corte.

Y se larga.

Euclides viene a la mesa del Giocondo, alto y tambaleante, viejo, viejísimo, inseguro, miope, temblón. Euclides está retirado del vicio, por la edad, claro, pero todavía le gusta charlar con un buen mozo como el Giocondo y enterarse de cómo andan las cosas por el mundo, por ese mundo que ya no es el suyo. Las lenguas anabolenas del café dicen que Euclides tiene volantes en los esfínteres. Euclides va de gris y de sucio,

con las gafas de concha ladeadas, y tiene el labio inferior enorme, babeante, caído, bondadoso, lamerón.

A Euclides le gusta sobar un poco al Giocondo, con su mano ofidia y deslizante. Le palmea, se le apoya en un muslo, le estrecha muchas veces la diestra, al llegar y al marcharse, se la retiene. Euclides tiene una mano gastada, suavísima, con las falanges, las falanginas y las falangetas un poco sueltas entre sí. Euclides tiene una mano de esqueleto encerado.

—¿Cómo vas de amores, hijo?

—Ya ve usted. Bueno, ya ves...

Al Giocondo le cuesta trabajo tutearse con un señor tan senecto, aunque sea de los suyos.

Euclides se dedica a la remembranza teatral, a contar que él vio a don Fernando Díaz de Mendoza y a la Zúffoli, y que qué artista la Zúffoli, y no estas guarretas de ahora.

—Aquello era una artista, hijo, y no estas guarretas de ahora.

Sin duda, Euclides, con ayuda de la lejanía y la nostalgia, desexualiza a la Zúffoli, se la imagina exenta, mítica, como una pura encarnación del buen gusto, libre de todas las fisiologías que a él le hacen particularmente odiosa a la mujer en general, y que naturalmente refiere a la mujer actual, a la que ve pasar por delante, que es la que ahora le molesta y le huele mal. Al principio, el Giocondo había creído que lo de «guarretas» iba por las cabecitas locas de maquillaje y minifalda que caían por el café a eso del arte y acababan en un club de señoritas o vendiendo carburante en una gasolinera. Pero no.

Para Euclides, el viejo largo y escorado, tan guarretas eran ésas como Jean Moreau o Monica Vitti. Todo lo que oliese a mujer con fragancia todavía actual. Sólo soportaba y admiraba a las muertas, que ya no tienen sexo. De este modo, la tópica nostalgia del tiempo pasado y el tópico repudio del presente, se confundían en él con su discriminación sexual, y situaba en el ayer a unas vagarosas mujeres a las que, como ya daba igual, quizá creía haber amado alguna vez, en tanto que las mujeres de hoy, las únicas posibles, se le confundían con el asco y la inadaptación a los tiempos nuevos. Pero al Giocondo no dejaba de hacerle gracia aquello de «guarretas», que le sonaba a galletas.

Euclides vivía en un piso céntrico y antiguo, polvoriento, en un entresuelo oscuro, con sus recortes de periódicos de los años veinte, sus lejanas gacetillas coleccionadas, sus programas de las últimas actuaciones de doña María Guerrero y un hermoso catálogo en cuché donde se anunciaba, en francés, el estreno en París de *El pájaro de fuego*. ¿Cómo saber, después de tantos años, si Euclides había estado o no había estado nunca en París, en el estreno de *El pájaro de fuego*? Ni él mismo podría decirlo. Con tanto hojear y deletrear aquel programa en su mal francés de antiguo veraneante en Biarritz, Euclides había llegado a creerse de verdad, quizá, que él estuvo alguna vez en París, en aquella sesión deslumbrante y mágica en que se dio a conocer por primera vez *El pájaro de fuego*.

Euclides le llevaba al Giocondo viejos programas de viejos estrenos y se los regalaba sobre la mesa del café. Había algunos repartos en los que Euclides se había cuidado de ir escribiendo a lápiz, delante de los nombres de los actores tipografiados, el «don» y el «doña», o el *monsieur*, y el *madame* o *mademoiselle*, según los casos, según los estados civiles y nacionalidades respectivos. Euclides era el aficionado puro, eso que se llama «el público», ese ente sin rostro para quien escriben y piensan y actúan los autores, los actores, los críticos, los gacetilleros, los tramoyistas... Euclides, sí, era el espectador de teatro en su estado químicamente puro. Algo muy difícil de encontrar. El Giocondo se aburría mucho con Euclides y tiraba a una papelera, en cuanto estaba en la calle, los amarillentos folletos que le daba el viejo. Al Giocondo eso del teatro le daba más o menos lo mismo, salvo que sabía, de oídas, que el mundo de los cómicos

estaba minado, según decían, de gente de los suyos. Terreno abonado donde hacer carrera entre bastidores, o donde encontrar el gran amor, ese gran amor andrógino, impersonal y cruel que se busca entre la primera y la segunda juventud, que era la edad en que estaba el Giocondo, aunque nadie lo hubiera dicho, por lo virginal y como adolescente del tipo.

Cuando Carlo y la Lunfarda se acercaron a la mesa, Euclides se despidió cumplidamente, porque le tenía un poco de miedo a aquella pareja de víboras. Carlo, sentado frente al Giocondo, le regalaba con el elogio monótono, la adulación ensalivada de siempre, y la Lunfarda, sentada junto al Giocondo, soltaba también su parla ultramarina mientras iniciaba caricias procaces al Giocondo, más que nada por dar que hablar.

—Y qué duro que estás, ché, lástima de cuerpo, que no responde. ¿Hacés a pelo y a pluma, vos, o qué coño hacés?

—Tú tienes clase y vales dinero. Tú vas a hacer carrera. Ya lo verás. Déjame a mí. Tú tienes clase y no debes dejarte ver mucho por este café...

El Giocondo escuchaba a uno y a otro. El Giocondo no escuchaba a ninguno de los dos. Fumaba su tabaco, bebía su chivas (se había traído el vaso desde la barra, que es gesto que da mucha soltura y como confianza en la casa), y pensaba que la noche es larga y está llena de oportunidades, de lechos abiertos, de coches robados, de vírgenes vigilantes y de miedo.

Los hombres equívocos de la barra, los hombres de mirada verde que miran al hombre, miraban al Giocondo de vez en cuando. García de Quindós, desde su mesa solitaria, bostezando como un galgo heráldico, también miraba al Giocondo de vez en cuando, le veía pálido, fácil y difícil entre Carlo y la Lunfarda.

García de Quindós, sumido de alma y rostro, vicioso de cuerpo y espíritu, listo e innoble, digno y sabio, esperaba a su marquesito o principito o lo que rayos fuese. García de Quindós tenía mujer e hijos en algún lugar del mundo, y hacía de tarde en tarde unas exposiciones importantes, caras, con muy buena crítica, patrocinadas por los altos poderes de la derecha o por los bajos poderes de la izquierda, según fuesen las cosas. García de Quindós era un maldito de la noche madrileña que amaba a un doncel de inconfesables sigüenzas a la luz de la bombilla escasa de su estudio, que era la misma luz azul y nocturna, verde y leprosa, de sus cuadros monstruosos, limpios y asexuados.

Y allí quedó el fragor del café, el hervor de las gentes, aquel irse animando la cosa —«parece que la cosa se va animando esta noche»—, el cinturón de miseria que rodeaba a cuatro gloriosos del teatro, del cine, del periodismo, del arte, de la prostitución o la sexualidad —unisexualidad, plurisexualidad, pansexualidad—, el comercio de ellos con ellos, su pasarse copas y cigarrillos y saludos y encendedores de oro y pulseras de plata. El Giocondo y Carlo y la Lunfarda iban camino de la taberna barata, de la tasquita de otras noches, camino de «El Comunista», donde cenar algo barato para seguir tirando, que la noche es larga y la vida es corta.

—Y además no importa, que me parece que dijo el otro.

Un viento frío, deslizado entre noviembre y febrero, traía de pronto caricias tibias, como calentado de alientos pobres, y daba contra el rostro payasito de la Lunfarda, contra la cara escueta y maligna de Carlo, contra las mejillas andróginas del Giocondo.

En «El Comunista», tienda de comidas, estaba Martín Rubén, el poeta sudamericano, el diplomático sudamericano, el dulce y dipsómano y cornudo y bujarrón y elocuente sudamericano. Martín Rubén, pequeño y tibio, locuaz, reverencial, tomó el vaso de vino que teñía sobre el latón del mostrador y pasó con el grupo recién llegado a la trastienda de las cenas. Cuánto honor por aquí, mis amigos, la bella Lunfarda, el gran Carlo, y usted, Giocondo, mi querido amigo, oh, *mon cœur, mon cœur*, como dijera aquella tarde Verlaine, camino del hospital, en el anochecer de París, ¿ustedes recuerdan?;

pero qué bien que lo veo, Giocondo, gran amigo mío, usted gentil como siempre, tan joven y tan mozo, ah, juventud, divino tesoro, cito a Félix Rubén García Sarmiento, que algunos llamaron Darío... Carlo y la Lunfarda se sentaron bajo el reloj de iglesia, bajo los carteles de toros, bajo la bombilla con el cordón bordado de cadáveres de moscas del verano anterior, contentos de haber encontrado a Martín Rubén, que al arrimo del Giocondo, de quien por todas las señas estaba enamorado, según se sabía de antiguo, iba a subvencionarse una cena para los cuatro, o, mejor dicho, para los tres, porque Martín Rubén, desde que la mujer se le fue y él empezó a buscar y encontrar consuelo en un sexo más cercano, más afín, sólo bebía vino de barril —«el vino de las tabernas», decía, citando a Machado—, y ajeno verleniano. Martín Rubén se estaba matando.

—Rubén, te estás matando.

—Beban conmigo, señores. Beban y olviden.

Martín Rubén trataba a todo el mundo de usted, aunque a él todo el mundo le llamaba de tú. Carlo y la Lunfarda andaban ávidos con la carta caligrafiada del restaurante, eligiendo menudencias para sus estómagos de hambre, que ya no soportaban un bistec sangrante, y Martín Rubén tenía entre sus manecitas una mano del Giocondo mientras le decía versos del Conde de Lautréamont, prosas líricas en francés del Conde de Lautréamont, y cortesías en castellano arcaico, y aquello del poeta inglés, «amor, amor, amor... en el lugar del excremento», y alguien discutía de vinos en el mostrador de latón repujado, afuera, y la noche se iba cerrando en torno de sí misma.

COMO UN VIOLÍN sonando por calles mojadas. Por la calle nocturna vienen las cuatro figuras, los cuatro amigos, caminando de modo irregular. Lejos y cerca está el rumor de la ciudad, el inmenso frenazo de un automóvil repercutiendo en todo el cielo, la marcha numerosa de los neumáticos y las gentes y el Metro y otros ferrocarriles subterráneos. Por estas entrecalles céntricas y apartadas, las cuatro figuras van despacio, de prisa, hablando alto, hablando bajo, tomándose y dejándose del brazo. El Giocondo, la Lunfarda, Carlo y Martín Rubén. Se advierte en el aire, sí, esa fatalidad de que la noche es larga y la vida es corta.

La Lunfarda, mascarita loca, con su blusa y su pantalón, un poco polichinela, va delante de los tres hombres, subiendo y bajando por el bordillo de la acera, como una cabra de femenina distinción. Carlo se retrasa por los escaparates apagados, enciende viejos cigarrillos, habla consigo mismo, va el último, entre cansino y ligero, tan delgado. Martín Rubén lleva cogido del brazo al Giocondo, y van ahora a paso lento, hacia el club Lawrence, con frío y lluvia y viento en la cara. El Giocondo se aprieta contra el rostro la breve solapa de su abrigo negro, un poco enlevitado. Martín Rubén no lleva abrigo, mira al Giocondo un poco desde abajo. A veces parece su padre; a veces, su hijo. El vino de las tabernas y el ajeno verleniano le estropajosean ya la conversación, la alta divagación, el cortejo intelectual a su amigo, a su amado. Eso usted lo comprende, mi gran amigo, y me permito recordarle aquel soneto del Aretino que así dice y que usted recordará, no hay duda, pues es usted tan hermoso como culto, culos cate quien leve falo tenga, ¿recuerda, mi amigo, lo leyó alguna vez, no es gracioso, no es justo, no está eso bien medido? Culos cate, ¿no es perfecto? A la puerta del club había una vieja con claveles mojados, una vieja de impermeable azul, corpulenta y desvalida, ofreciendo su mercancía con una confianza falsa y obstinada. A la puerta del club había un ujier de librea y gorra de plato, un hombre grande vestido de marrón, galoneado en oro, con un paraguas que abría y cerraba al paso precipitado de algún cliente desde el automóvil a la entrada del club, o viceversa. Por allí andaba el sereno del barrio, llovido y medieval, dando conversación a la vieja y al portero, huyendo de vez en cuando para abrir y cerrar un portal. Culos cate quien leve falo etcétera. Como un violín sonando por calles mojadas.

Abandonado por su mujer, el pobre Martín Rubén, aunque otros decían que la había matado, borracho, en una disputa, dándole con una jarra en la cabeza, y que ella rodó una escalera y al final estaba muerta. Todo ocurrió en Kansas, donde estaba de diplomático o de profesor de algo. Ahora, Martín Rubén tiene tres niñas rubias que están en un colegio, internas, y a las que pasea en taxi de vez en cuando, poco más alto que ellas, y quizá se van los cuatro al circo, a ver al payaso que toca la ocarina en el trapecio, o se compran chicle americano en las máquinas automáticas. Martín Rubén se emborracha, llama por teléfono a los hombres que más ama, acude a su Embajada y habla con su embajador, ronda al Giocondo, hace vida de noche, dice versos, lee a los poetas malditos franceses e ingleses y habla de la madre patria. Contra el látigo ciego de la noche inverniza, Martín Rubén le viene diciendo versos del Aretino, sonetos del Aretino, a su amigo y amado el Giocondo, que está deseando llegar al club y calentarse un poco y ver quién hay por allí, cómo se va a resolver la noche, decidir si va a debutar por dinero o por capricho. A la puerta del Lawrence, Carlo y la Lunfarda se despiden, dicen que no, que hasta luego, que ahí dentro hay mucho hortería, mucho chulillo, mucho dentista enriquecido, y que luego te clavan en el *whisky* como si de verdad fuera un sitio elegante.

Carlo y la Lunfarda se fueron calle abajo, silenciosos y reconciliados, bajo la lluvia, hacia las últimas galerías de la noche, y el Giocondo y Martín Rubén entraron en el club saludados severamente por el portero, librándose de la asiduidad de la vieja y sus claveles.

—Oh, mi gran amigo de esta noche y de siempre, cómo me hubiera gustado

obsequiarle con un clavel mojado por la lluvia —decía Martín Rubén.

Pero al Giocondo esto del clavel le pareció demasiado.

En el club hay un clima de terciopelos rojos y espejos negros, un sabor en el aire de ocio perfumado y conversación tardía. El barman saluda a los recién llegados por sus nombres. La barra tiene un acolchado de cuero. La barra es un cómodo sitio adonde están los muchachos entredorados de siempre, que parecen los mismos de todas las noches, y efectivamente lo son, o no lo son, y otra vez el pintor joven del rostro achinado, en una esquina, y todos mirándose y diciéndose, en el espejo del bar, por entre las botellas caras, como en un friso hermafrodita y antiguo. VicensCortés, el viejo VicensCortés, bajito y menudo, con un perfil de Jean Cocteau ensombrecido, con gabán corto y una larga bufanda colgada de un hombro de la misma manera que Andresco, parlotea en la barra, se prepara sus propias combinaciones con las delgadas manos de artista muy fuera de los puños de la camisa, y por allí anda su perro, blanco y negro, peludo, dócil y viejo, con dos globos, uno azul y otro rojo, atados bajo la quijada, en el collar, yendo y viniendo a las mesas, llevando recados de su dueño a los contertulios, cansado y cumplidor, recolectando caricias de manos amigas, de distraídas manos masculinas y lacadas, de avarientas manos femeninas, gastadas, platinadas.

Del salón de abajo subían las notas duras del piano dibujando vagamente en el aire el perfil melódico de «Aranjuez, mon amour». Pero la música se perdía entre las conversaciones como agua escasa entre guijarros. El Giocondo y Martín Rubén se estuvieron en la barra tomando un chivas cada uno, viendo las gracias del perro de VicensCortés. De los divanes negros que había junto a la biblioteca y discoteca del club llegaban miradas amistosas, saludos, sonrisas.

VicensCortés, modisto, tipo solitario y comunicativo, elegante, nocturno, gastador, enviciado, mira mucho al Giocondo, le sonríe, le saluda, pero casi nunca le habla directamente, sino a través del perro. Anda, Tristán, saluda a este joven. Anda, Tristán, deja tranquilo a este joven. Anda, Tristán, échate ahí y no molestes al joven. VicensCortés es un diablo viejo, no debe ver muy claro el asunto del Giocondo, él no está para perder el tiempo con tipos indecisos, tampoco quiere exponerse a una bofetada; por otra parte, piensa que no se tomó Zamora en una hora y que tampoco interesa ser el primero. Éste, ahora, está por estrenar, muy caro y muy tonto. Pues menuda pelmada. Que lo cepillen un poco, primero, que lo pasen por la piedra. En dos temporadas está listo. Más barato y mejor enseñado. Que otros vayan abriendo brecha. Anda, Tristán, no molestes al joven.

Eso es lo que VicensCortés piensa del Giocondo. O lo que el Giocondo cree que VicensCortés piensa de él. Nunca se sabe.

Ernesto lleva muy bien el club. Ernesto es feo y simpático, tiene maneras, conoce gente, escribe gacetillas, sabe decoración, está al tanto de lo que se va a estrenar en Madrid la próxima temporada y lleva sus amores con mucha discreción, con mucho gusto; parece como si no hiciera distinciones entre unos chicos y otros, como si todos fuesen iguales para él, como si no tuviera preferencias o los prefiriese a todos a un tiempo. Antes, Lawrence era un club languideciente, un sitio donde no iba nadie, regentado por un europeo rubio y macarra que estaba entre tímido y cínico con las señoras y que andaba siempre a lo suyo. Lo suyo era la última loca con dinero a quien desfondar. Al europeo hubo que largarlo porque no vendía una escoba. Ahora, Ernesto ha llenado Lawrence de actrices lesbianas, de jóvenes sodomitas y viejos importantes, incluso algún académico. Ernesto tiene relaciones. Ernesto sabe hacer las cosas. Ernesto se acercó al Giocondo, que estaba entre Martín Rubén y VicensCortés.

—Qué nohecita de mierda, ¿no?

Se refería al clima de la calle, sin duda. Pero Martín Rubén y VicensCortés tenían una polémica borracha de viejas locas, que usted no soba más a mi perro, que se vaya usted a sobar a una tía suya, guarra. Señor, es cumplido que le hago, porque usted es

una vieja menopáusica, un ridículo estafermo. Indio de mierda, le replicaba VicoCortés, y así se arañaron con finas garras de pederastía y el perro le ladraba blandamente al sudamericano su castrada indignación. Ernesto puso orden como pudo, por Dios, qué modales, cálmense, por favor, hombres de Dios, y a Martín Rubén lo pusieron en la puñetera calle, en la noche vacía donde monologaban un sereno, un ujier galoneado y una vieja florista. El Giocondo, viéndolas venir, cobarde como era, se había retirado a un diván, un poco intruso en la tertulia de las viejas actrices y las maduras actrices y las sombrías lesbianas de ojos ojerosos, que cuando querían ponerse femeninas hablaban con la punta de la boca.

VicoCortés, agachado junto al mostrador, acariciaba al perro nerviosamente y le daba a probar un viejo *whisky* inglés del que tomaba Dickens.

El Giocondo tiene en las mejillas el beso perfumado de las bellas actrices y de las viejas y nobiliarias actrices, plegadas como tortugas sin caparazón. El Giocondo tiene en las mejillas el beso falso y sincero de las viejas lesbianas, y se alegra tímidamente de que hayan echado del club a Martín Rubén, que le estaba dando la noche. Ha sido la única forma de quitárselo de encima, aunque el Giocondo tiene así como un pálpito de que volverá a encontrarse con el sudamericano —«indio de mierda»— antes del amanecer, o quizás en el amanecer mismo, porque esta noche es una de esas noches en que todo tiene una segunda vuelta y el final se anilla extrañamente con el principio, como en una película de Losey que a Losey le hubiese salido perfecta. Así piensa el Giocondo mientras se hace un lío con el cigarrillo en una mano, el vaso de chivas en la otra, un clavel sáfico y viejo que alguien le ha regalado y la ficha del guardarropa.

Deja todo sobre la baja mesita lacada y estrecha unas cuantas manos y está como escorado en la tertulia mujeril, donde la actriz menos adulta, la Martino, mujer en la frontera de los sexos, de ojos profundos y frente torturada, con nariz de cirugía estética, le hace de vez en cuando una caricia, le toma una mano o le pasa los dedos por la cara, se apoya en él para reír, cualquier cosa con que darle a entender que no lo han olvidado, que cuentan con él, que es un íntimo, que no se vaya.

Aquel portal lejano, de la infancia, donde el otro chico y él esperaban a la pálida colegiala impura, la niña con su uniforme y la placa del colegio, redonda, de plata, labrada, como un objeto sacro, sobre el inexistente seno izquierdo. Venía con su criada, una moza que los encebollaba con su cebolla y los llamaba gilipollas. Los tocaba, les leía las rayas de la mano, se escondía con uno de ellos en un rincón de la escalera, palpitante como una liebre delgada, mientras el otro los buscaba. Los dejaba enervados, olorientos, febriles, y ella se iba escalera arriba, pajaril, con la criada fuerte, rubia y pintada como una virgen procaz. Se desahogaban tras la gran puerta del portal, o en el baño de la casa, mientras la abuela dormitaba sobre sus recuerdos tejidos a ganchillo. Era un caer en un desahogo violento, vuelto sobre sí mismo, de todo el amor y todo el deseo que la niña les había dejado dentro.

Ah el sabor fuerte y ácido del pecado, el salado de la carne y sus segregaciones, la ternura un poco brutal de dos niños de la posguerra, solos y viciosos en el anochecer sin luz ni carbón, tantos años ha, ahora que el muchacho (después vendría lo de Giocondo) mira la roja atmósfera del Lawrence, se pasa una mano por el pelo negro, suave, cepillado, corto, por las patillas y la poblada nuca, como un terciopelo intersexual, o se ve en un lejano espejo el rostro de bello mentón, de nariz un poco atrevida, de ojos tristes y cejas femeninas. Con la camisa de cuello alto, la alta solapa de la chaqueta, una vaga burla romántica, y las manos, morenas e inseguras. ¿Te aburres, Gío?, preguntaba la Martino, maquillada de luces indirectas, profunda de insomnios, cansada, tan actriz siempre, con las manos antiguas y fumadoras, como manos de reina medieval que fumase LM.

—Acércate más a nosotros, amor.

Y se acerca, corre un poco sus cosas sobre la mesa, pasa del diván a una butaquita de

peluche rojo, está como en cucullas, más equívoco que nunca, con el concilio de las cómicas, tembloroso de sentir y saber que le gusta a la Martino, que esta mujer podría hacerle definitivamente, si quisiera, e incluso mantenerle —«tengo contrato para toda la temporada, ¿sabes?»—, pero las otras le miran con algún recelo, le sonríen como preguntándole si va a ser capaz de quitarles a ellas, Safos rapaces, la amistad gastada y dócil de la Martino.

—Lo que sois vosotros es unos gilipollas —decía aquella criada brutal, y la niña colegiala los dejaba temblorosos de roces fugaces. El otro, el amigo, torpe, brusco, menos querido de la chica, despechado, torpemente celoso, buscaba el desahogo, buscaba robar en su amigo todas las preferencias que ella le había concedido, transfería a aquel niño más débil, más femenino, el encanto de la que se había ido a cenar, por eso, porque era un poco femenino y porque ella le había dejado privilegiadamente rociado de su femineidad.

Al colegial enamorado y torpón le turbaba su amigo por transmisión o herencia de los encantos de la niña, y el Giocondo se sentía ahora aquel niño-niña, aquella niña-niño de veinte o treinta años atrás, cuando la vida estaba escasa y el cielo se ponía tumefacto todas las noches, como en una aurora boreal que se cernía sobre el pecado de ambos, igual que aquellos cielos incendiados de Sodoma y Gomorra. Entonces, el Giocondo pide otro chivas, quiere borrar a tragos al niño-niña que entonces estaba en cucullas, y ahora, casi en cucullas también, está entre las siete sabias de la Grecia pervertida que se reúne todas las noches en este rincón de Lawrence, bajo la música.

—¿Qué era lo de la barra, Ernesto? —preguntó la Martino.

—Nada, el diplomático ése, el sudamericano, que venía un poco cargado.

—También Viceroy Cortés está bien puesto esta noche.

A Ernesto, de pronto, dos borracheras le parecían muchas borracheras para el honor y la hidalguía de su club. Y disculpaba al modista:

—No creas. Ya sabes cómo es él. Más que beber, hace que bebe. Ganas de enredar. Está caprichoso como el perro.

Y Ernesto les dejaba una sonrisa y se iba a posar junto a otra mesa. En Lawrence estaban los de verdad, los de siempre, los íntimos.

Qué anohecidos enteleridos, años cuarenta, violáceos, hambre y miedo, con la pasión ceceante y zamba del condiscípulo ahogándole entre la ropa...

LOS RINCONES con una luz secreta, como altarcitos, los grabados ingleses, las velas rojas, las flores rojas, las alfombras rojas. Y, llegando desde abajo, las aguas tumultuosas del piano, como un río de música turbia y sentimental que corriese bajo los pies de los contertulios, las risas y las voces de aquel salón de abajo, como un sótano de júbilo, tal la alegre mazmorra de la juerga, cual la suntuosa bodega del incógnito y el amor. Aquella hora de Lawrence, poblada y confortable, la correspondencia sutil de los saludos y las sonrisas, el tejido ondeante de la amistad.

A Bruto le halagaba que le llamasen Bruto. Había interpretado a Bruto en el *Julio César* de Shakespeare, y ya, para los íntimos, no era el nombre famoso de las carteleras cinematográficas, el actor de categoría europea, el galán de las revistas del corazón. Para los íntimos era Bruto, tanto por un afán de halago como por un afán de irónico insulto —muchos pronunciaban «bruto» con minúscula—; y, sobre todo, porque aquel nombre le iba, le definía, le revelaba entero, elemental, aureolado por la gloria del teatro y la retórica de Shakespeare. Cuando un segundo nombre responde, efectivamente, a una personalidad —o, mejor dicho, la personalidad responde a él—, es seguro que este nombre borrará al primero y verdadero. Bruto había llegado al club en su gran coche blanco, que tenía algo de canoa para navegar raudamente las tormentas de la lluvia de invierno. ¿Puedo sentarme con vosotros? Bruto iba dejando cosas por todas partes: la gabardina en manos de la asexuada señorita del guardarropa, el cigarro puro a su hombre de confianza, veinte duros a la vieja de los claveles, el clavel —a su vez— en la solapa de VicenCortés, que quería contarle el incidente con aquel «indio de mierda». ¿No saludas a *Tristán*, Bruto? El nombre del perro y el nombre del actor, tan gloriosos los dos, tan teatrales, tan históricos, tan míticos, quedaban deliciosamente triviales en la voz de VicenCortés. Anda, *Tristán*, muerde a este bruto que ya no te conoce.

El actor, rubio y mimoso, fuerte y entregado, pasaba entre los saludos y las reverencias como por una sauna de popularidad, fatigado y sonriente. Besó las mejillas de las ilustres lésbicas y rozó casi la boca de la Martino y revolvió el pelo de suave peluche de la cabeza del Giocondo. ¿Puedo sentarme con vosotros? Había la expectación y la satisfacción de que hubiese elegido precisamente aquella mesa, aquel grupo, que en seguida se esponjó con la presencia de Bruto y empezó a oler, como una flor de pétalos humanos, con la fragancia tan personal —¿francesa, inglesa?— del actor. Bruto preguntaba a las viejas actrices equívocas por sus respectivos trabajos, por sus últimos estrenos, y tenía una mano colgada de la mano de la Martino, y el codo apoyado en una rodilla del Giocondo. Quería tenerlos a todos consigo, relacionarse con ellos de algún modo, crear la comunicación completa, el circuito cerrado y amistoso dentro del grupo.

—Estás más delgado, Bruto.

—Te ha sentado bien el rodaje en Saint-Tropez.

—¿Haces por fin lo de Pasolini?

Ernesto vino en seguida a tomarle el pedido personalmente. O, más bien, a confirmar que, efectivamente, Bruto iba a tomar lo de siempre; es decir, vodka con limón.

El Giocondo estaba turbado, como siempre, cerca de Bruto, un poco torturado por la momentánea indiferencia del actor, del famoso, pero envuelto ya en su fragancia resinosa y seguro de que en algún momento Bruto le dedicaría toda su atención; tembloroso por la incertidumbre de no saber cuál sería ese momento. «Como estériles permanecen las flores hermafroditas de estilo corto de la *Prímula veris*, mientras sólo las fecundan otras *Prímula veris* también de estilo corto, y acogen con gozo el polen de las *Prímula veris* de estilo largo.» ¡Ah, la humana *Prímula veris*! ¿Flotaba en el aire de Lawrence el polen de una *Prímula veris* de estilo largo, fecundado psicológicamente, sentimentalmente, a las *Prímula veris* hermafroditas de estilo corto? Pero la colonia de Bruto olía más bien a pinares con sol y un río fresco. Tan varonil.

Demasiado varonil. El movimiento de las gentes sentadas era a veces, en los espejos de humo del club, como el cabeceo primaveral de las *Prímula veris*.

—¿Seguís poniendo el cartel? —le preguntó Bruto a la Martino. Era una manera de polarizarse discretamente en ella, marginando cortésmente a las otras mujeres, a las viejas Gorgonas. El Giocondo sintió la punzada de saber que entre Bruto y la Martino, ambivalentes los dos, según se decía en Lawrence, había algo, había habido algo en una u otra ocasión, podía volver a haberlo, quizás aquella misma noche, y estaba celoso de los dos, porque necesitaba las caricias casi maternas —como de madre viciosa— de la Martino, y esperaba para un día u otro el asalto violento y paternal —también como de padre vicioso— del actor.

Como estériles permanecen las flores hermafroditas, etcétera. Bruto había luchado mucho. Bruto había vendido cacahuets a la puerta de los cines de sesión continua, los domingos por la tarde, en invierno, y se había quedado siempre a la puerta, soñando con aquel calor y aquella aventura coloreada y rapidísima de la pantalla. Para él, el cine no era el cine, sino solamente los cartelones violentos de la puerta. Bruto había venido de provincias cuando la posguerra y se ganó la vida haciendo oficios de subalterno sexual, entrando en los hogares de los últimos heridos de una guerra ya terminada a vender pornografía. Bruto había buscado pan y consejo en casa de un viejo actor que en seguida abusó de él. Ahora, Bruto está aquí, con ese aire de galán europeo, entre Marais y Mastroiani, que al fin ha conseguido, y los estudios de cine eran antaño un sitio donde se gozaba por los rincones de su pubertad gentil, y el hogar era un nido incestuoso donde una hermana de su padre se enamoraba del sobrino bello y callejero. Bruto ha luchado mucho. Bruto no juega al juego de la verdad, en los apartamentos de madrugada, desde aquella ocasión en que el pintor frío, ofidio y fracasado, le preguntó, delante de su mujer, de sus hijos, si era verdad que el viejo actor que le había impuesto en los programas oficiales, hasta llevarle a hacer el Bruto de Shakespeare, le había amado efectivamente más allá de la muerte. Aquella noche, Bruto reventó de vodka con naranja y tuvo entre sus manos fuertes el cuello ahogado del preguntador capcioso. «¡Hay que respetar a los muertos!», decía. «¡Hay que respetar a los muertos!»

Pero el pintor se reía como se ríen las cabezas decapitadas.

Bruto y la Martino tenían un diálogo a media voz, hablaban de las cosas del trabajo y de las cosas del sexo, se cogían y se dejaban las manos, se daban cigarrillos y lumbre para los cigarrillos. El Giocondo estaba entre ellos como su hijo, como un hijo triste, asustado y celoso, que apenas si entiende a aquellos padres que se aman delante de él.

—¿Tenéis obra hasta el final de la temporada? —preguntaba Bruto.

—Yo creo que sí. Pero es agotador. Me hago la función yo sola. ¿Cómo va lo de Italia? Bruto sonreía. Para hablar de lo de Italia se volvió también hacia el Giocondo. Necesitaba público para explicar lo importante que era él en Italia.

—Quizá me llame Gassman para su carpa.

—Sería sensacional, oye.

El Giocondo creyó que iban a mirarle y se sintió también en la obligación de decir con fervor que sería sensacional, aunque no estaba muy seguro de qué era la carpa de Gassman. A Gassman sólo lo había visto en unas películas de mucha risa.

La Martino, de pronto, estuvo como celosa.

—Y Gassman ¿entiende?

—No digas tonterías —respondió el otro, un poco brutal—. Siempre estás pensando en lo mismo. —A Bruto le molestaba que le recordasen su peculiaridad. Y le molestaba, sobre todo, que se dudase de que Gassman iba a llamarle exclusivamente por su talento de actor. Pero la cosa pasó pronto y la bella y gastada actriz y el triunfal e impulsivo actor se cogían de las manos por encima de las manos inútiles del Giocondo.

Bruto hablaba y hablaba, mezclaba, como siempre, las historias miserables de su infancia con las historias fabulosas de sus contratos, sus años de niño masturbador con sus amores internacionales del segundo, del tercero y hasta del cuarto sexo, se le ponía la voz ronca de confidencia y no se sabía si estaba presumiendo de haber amado a mucha gente o de haber sido amado por tanta gente. Cuando Bruto contaba su romance con una actriz francesa o con un actor italiano, famosos, nunca se sabía si estaba presumiendo de la aventura o del nombre de su *partenaire*. Imposible saber si le movía la vanidad erótica o la vanidad del gran mundo.

Seguramente, Bruto tenía todas las vanidades. Pero ahora entrelazaba sus manos con las de la Martino y el Giocondo, y les proponía, más ronco que nunca, la típica y tónica noche francesa, el *ménage à trois*, y la Martino sonreía un poco humillada y un poco halagada, y el Giocondo estaba tembloroso sin temblor, los tres nos gustamos, nos entendemos bien, somos tres hermosos ejemplares, ¿no?, bueno, tú, un poco madurita, pero puedes enseñarnos cosas nuevas, aquí, al Giocondo y a mí, ¿no te parece, Gío?, somos dos criaturitas, tú has vivido, en cambio, tú vas a hacernos unos hombres, podemos jugar cada uno con los otros dos, os prometo que yo estoy en forma, ¿eh?, y guiñaba un ojo con verdadera gracia y les tenía envueltos en su perfume y en su voz, y la Martino y el Giocondo no se atrevían a mirarse entre sí, por un último pudor de mujer y un último pudor de adolescente que ya no lo era, de modo que esto era una razón más para que tuviesen los ojos fijos en Bruto, en su manera de hablar, de sonreírles, de guiñarles, de acariciarlos.

Nadie se atrevía a deshacer el trío, adivinando que aquello empezaba a anudarse muy fuerte. Me parece que nos vamos de maravilla, caramba, yo soy alguien, me estáis obligando a suplicaros como dos importantes, total, una mierda de actriz pasada y este crío, que nadie sabe de dónde ha salido, ¿de dónde has salido tú, Gío, de dónde coños has salido, si es que se puede saber?, y era como si Bruto empezase a enfadarse, que acabaría enfadándose, pero todavía no, todavía estaba haciendo la farsa del enfado, tan parecida ya al enfado mismo. ¿De dónde has salido tú, Gío?

Paulo y su amante llegaron después de la media noche. Paulo venía ya un poco tocado de la ginebra, como siempre, porque antes de caer por el club había estado con ella, con Carmen, con su amante americana, en media docena de cócteles, matando el hambre y la sed, como todas las noches.

Cócteles de la izquierda moderada, cócteles de la extrema izquierda, cócteles de la nueva derecha, cócteles para presentar a un cantante o a una nueva estrella, cócteles para lanzar un libro americano o para firmar un tratado comercial con Fidel Castro. Paulo, velludo, alto, envarado, bigotillo inexistente casi, con cierta rigidez articular prematura, contrastando con su juvenilidad falsa, de cabeza pequeña, redondeada, peinado hacia atrás, muy tirante, como ya no se peinaba nadie, y con las puntas del pelo despegadas sobre la nuca, como la colita de algún pescado. Paulo, intelectual de izquierdas, dialéctico y dogmático, dulce y confidencial en la conversación, erotómano, de sonrisa careada y ojos abultados, miopes, que se resistían al esfuerzo de mirar lo que no veían, y entonces pasaban por la vida como dos pescados redondos e indiferentes, fijos, hipnóticos. Paulo, curtido de cárceles, de expedientes, de fichas, de ayunos, con las manos finas y blancas, deshuesadas, el fumar pausado y meditativo, el beber lentísimo y concienzudo, la cartera abultada de toda la propaganda subversiva que llegaba a Occidente, Paulo, hijo del gran capitalismo y enemigo del gran capitalismo, conspirador sin plan fijo, esquirolo por una ginebra, pacífico, bueno, indefenso, conversador, inerme.

Bruto se levantó a abrazar a Paulo, porque le honraba el trato con la intelectualidad de izquierda, que era la gran intelectualidad del mundo, según él había comprobado en Europa. Paulo se dejaba abrazar e invitar por Bruto, se dejaba querer, y, entre ginebra y ginebra, le explicaba a Bruto algo sobre las Trade Unions o sobre la tragedia sexual

norteamericana, que era un tema mucho más excitante e igualmente subversivo, y les tranquilizaba la conciencia revolucionaria con aquello de que no estaban haciendo pornografía, sino criticando «la estructura irracionalista de la sociedad yanqui». Carmen venía detrás, y Bruto la besó en las mejillas, y Carmen, hambrienta siempre de estas cosas, se entregaba de verdad a aquel par de besos sociales, ponía en ellos toda su femineidad de serpiente gastada y lúbrica, todavía atractiva, delgada, sinuosa. Ilustre matrimonio, decía Bruto, halagándolos con aquello de «matrimonio», y apretaba fuerte con una mano el brazo momificado de Paulo, pasando su otra mano, cariñosa y buscadora, por e) vestido ceñido de Carmen, por sus flancos, largos y fáciles.

Las cosas son así, no hay nada que hacer, la democracia norteamericana es una democracia irracionalista, va al caos, a la autodestrucción, venimos del cóctel cubano, mira, este puro es de los que fuma Fidel, y Paulo sacaba un gran puro priápico y se ponía a fumarlo, y parecía que no iba a poder con él, que era demasiado puro para un hombre tan delgado, de modo que cuando daba una chupada, o por el solo hecho de mantenerlo en la boca, todo su rostro estaba tirante hacia el puro, todas sus facciones y los músculos de la cara y las arrugas de la piel confluían en el puro, en la boca fumadora y viciosa. También en Checoslovaquia se va hacia un cierre enérgico, eso de la apertura a la derecha y el aburguesamiento y el liberalismo de los intelectuales son historias, el Partido tiene las cosas en la mano, en Praga saben lo que se hacen, el fenómeno es irreversible, ¿cómo estás, Gío?, ¿y vosotras, qué tal? Paulo se dejaba besar por la Martino, que le sabía un buen intermediario entre ella y Bruto, un intermediario intelectual y cotilla, pero útil. Carmen se besaba con todas y le gastaba una broma de mal gusto al Giocondo, para ponerle rojo y demostrar así, tan fácilmente, lo terrible que ella era, lo inteligente y viperina que era. Os encuentro muy callados, contad cosas, ¿estabais conspirando?, ¿de qué se trata, algún embarazo, Gío quizá? Las risas eran forzadas, a Paulo le traían su ginebra y Carmen se iba a hablar por teléfono, a hacer misteriosas llamadas, sus llamadas de todas las noches, que unas veces eran a lejanos o cercanos amigos; otras, a cercanas o lejanas amigas; o a las gentes de una célula secreta, o a casa de un especialista en abortos que acababa de sacar de apuros a una amiga suya.

Alguna noche, incluso, Carmen llamaba a casa para preguntar por los niños...

Paulo hermético y vinoso, con el delgado rostro congestivo y las manos fantasmales, como de otra persona. Paulo confidencial, íntimo, peligroso. Paulo sonriente, feliz de alcohol y complicidad, alegre, curtido de cárceles y expedientes y noches y expulsiones y enfermedades y trabajo, mucho trabajo. Paulo era un hombre «muy a la izquierda», y esto le traía un respeto y una gratitud de los amigos y los cómicos y las lesbianas y los invertidos que no se atrevían a estar tan a la izquierda, pero imaginaban vagamente, sin saber nada de la izquierda, que allí podía estar su redención, ya que no, desde luego, en la encubridora —pero sólo encubridora— derecha.

HABÍA PASADO por Lawrence la gran *vedette* de los perritos blancos, con su capa corta y su acompañamiento de galanes de revista, habían pasado los jóvenes sodomitas que mueren al amanecer, vestidos de ceñidas y bordadas casacas, como donceles de don Enrique el Doliente. Había pasado el actor maduro, famoso, calvo, consagrado, característico, con su caniche de color canela, vestido de mantita escocesa, y se había ido VicenCortés con su perro a otra parte, y también se había ido el pintor joven de los ojos rasgados, y nuevos efebos entredorados habían sustituido a los efebos entredorados de la barra, Ernesto iba por las mesas con su fealdad delicada, sonriente, y ya estaba en un rincón el director-actor intelectual, calvo y barbudito, como un clérigo de la Inquisición, hablando poco y siempre de aquella manera afectada y ronca, modulando las palabras en los labios como si fuese más importante la forma que el significado de cada vocablo. Y por el salón anda su joven amante, alta, delgada, de hermoso cuerpo andrógino, de fresco y fino rostro de atleta adolescente, con una túnica dorada y ceñida: María del Mar.

María del Mar había perdido su sortija egipcia. María del Mar perdía dos o tres veces por semana su sortija egipcia, en las noches de Lawrence, para recordar a todos lo cara y lo hermosa que era su sortija egipcia, para recordarles asimismo que se la había regalado el actor-director, al cual seguía siendo fiel en discretas proporciones. Para tener ocasión de ir y venir mucho dentro de su túnica dorada, ocasión de inclinarse grácilmente hacia el suelo, marcando la levedad de sus formas, y, sobre todo, o después de todo, para obligar a los jóvenes cómicos y a las viejas cómicas a humillarse un poco buscando también la sortija por entre las patas de las mesitas y de las banquetas, porque cualquiera podía recibir o no recibir un contrato del director-actor, que además se había convertido últimamente en empresario y, dado lo listo que era, incluso se convertiría pronto en autor.

Lawrence tenía ya en sus espejos de humo el recuerdo o la entrevisión de todas aquellas luminosas gentes que por allí habían pasado o que allí se rezagaban aún, y el Giocondo escuchaba el cortejo de Bruto, o el de la Martino, o el de Ernesto, o la confidencia de Paulo, o las insinuaciones de Carmen, y ¿tú cuándo empiezas, hijo mío?, ya ves que yo ando muy ocupada con el teléfono, y que tengo que vigilar a Paulo para que no acabe arrastrándose por el suelo, que hoy ya vamos bien puestos de ginebra; pero, si no, esta noche te venías tú conmigo y entonces íbamos a ver si eres hombre o no eres hombre, ¿eh, Gío? Dime algo, caramba, que yo soy mujer-mujer, como el café-café, y hace tiempo que no me llevo por delante a un chiquito como tú, podría ser tu madre, amor, pero aquí me tienes, ¿me has mirado bien, Gío, tú me has mirado bien?

El tío Oscar, en aquel parque de la adolescencia, el viejo grueso y congestivo, siempre de negro, que los esperaba a la salida del colegio; el tío Oscar, con su sombrero de ala caída y su rostro violáceo, de boxeador inteligente: «Tú me has caído bien, chico, y pareces listo. Me vas a hacer un recado, ¿quieres hacerme un recado?» El tío Oscar se los llevaba en un taxi. Iba fatigoso, como enfadado, con el bastón entre las piernas, escondiéndose un poco bajo el ala caída de su sombrero, el viejo bujarrón, pero de vez en cuando echaba una mirada dulce al niño de turno, una mirada de beata menopáusica, de señora sin hijos, y posaba una de sus manos moradas, cardenalicias y torpes, en la desnuda rodilla de la víctima. El tío Oscar se soltaba tres o cuatro pesetas —a veces un duro— después de sus manipulaciones con el tierno muchachito: «Qué rico ha estado este niño», le decía a una especie de colaborador asacristanado que tenía. Lejanas mañanas del tío Oscar, cuando el Giocondo era un niño fácil en el parque sin nadie, cuando las manos oscuras del viejo, como dos cangrejos sin caparazón, profanaban el cuerpo moreno, delgado y esbelto del Giocondo.

«Tú eres listo, me pareces un niño listo. ¿Querrás hacerme un recado?» Y Carmen, con la belleza del rostro un poco caballuna, con los ojos hermosos y malos, con la boca

sensual y fea, tiene sus largas piernas entrelazadas con las piernas del Giocondo. Vamos, Gío, estas tías no quieren nada con nosotros, y a Paulo ahí lo tienes, tumbado de la ginebra; esta noche nos vamos tú y yo, el Giocondo y Bruto, Bruto y el Giocondo, a incendiar la ciudad, a beber como dos hombres, a acostarnos con quien nos dé la gana, hombre o mujer, lo que caiga, ¿eh, Gío?, a ver con quién vas a empezar tú mejor que con Bruto, sabes que en mí tienes un amigo, Gío, un amigo; se me está ocurriendo una cosa, ¿por qué no probamos contigo en el cine, Gío? A mí me parece que tú darías bien, estoy seguro de que darías. Era el mismo burdo ofrecimiento de todas las noches, y Gío escuchaba, sonreía, pedía tabaco, decía que bueno, que sí, pero que no, y estaba aquella señora rubia y alta, arrugada y tersa, de los lejanos años de la posguerra, aquella mujerona viuda de un general que murió en las primeras refriegas, la que le había sentado en sus rodillas y le había enseñado a jugar a las cartas —a la brisca concretamente— y luego deslizaba una mano hacia el pantaloncito del niño por debajo de la mesa. Qué tiempos, qué lejano todo; vivimos sobre los bocetos borrosos del que fuimos sucesivamente, vamos borrando a cada uno de los que fuimos con el proyecto del que ahora queremos ser; doña María, la alta señora, la gran señora, la viuda rubia, enlutada y procaz, había pasado sus manos distinguidas y cocineras, achatadas, manos de generala, por las intimidades frescas y tibias del colegial, del párvulo del sexo, del escolar de la vida, pobre doña María, vamos, Gío, ámate un poco, hombre, esta noche la vamos a tener buena, déjalos a éstos, la Martino con sus viejas, Carmen con su Paulo, tú y yo nos vamos ahora al Bus, y luego a Sing-Sing, y luego al pescaíto y luego al pasaje de San Ginés, a desayunarnos, como está mandado, y después a la cama, ¿eh, Gío? Bruto le hablaba muy cerca, con el aliento de tabaco y *whisky* dándole en la cara.

Paulo, entre las nieblas de su borrachera, lo miraba todo, abría dos ojos como dos pescados redondos, dos ojos entre las dos aguas del humo y la conversación, queriendo seguir el juego, queriendo enterarse de quién se iba a acostar con quién, para que le llevasen con ellos a mirar, aunque sólo fuese a mirar, porque él no estaba para responder y por menos de nada daba el gatillazo. «Por menos de nada doy gatillazo; pero eso no tiene importancia, le ocurre a cualquiera. Es el alcohol, el cansancio, y el mucho uso.» (Aquí reía.) «A mí me lleváis a mirar, sólo a mirar, con eso me divierto, no me importa cuál sea la *liaison*, todos estáis muy divertidos en la cama, los hombres, las mujeres, los maricas, las lesbianas, todos.»

—¿También Carmen está divertida en la cama? —preguntó Bruto, ofensivo y cínico.

Paulo le miraba desconcertado, en un vago intento de gravedad, pero le entró la risa nerviosa.

—Ya lo creo. ¡Huy Carmen! Si vierais a Carmen en la cama. Que si está divertida, dice...

Las piernas de Carmen entrelazadas a las del Giocondo. Se soltó como pudo para ir a hablar con alguien. Cuando volvió al grupo, la Martino le ofreció una banqueta a su lado: «Te la he reservado.» Los ojos ojerosos de la Martino, su frente torturada y bella, su nariz de cirugía estética, la boca amarga, el rostro de medalla, la mano antigua con que le tomaba una mano.

¿Te quedarás esta noche conmigo, Gío? Ya sabes que no soy una mujer exigente. Bueno, la verdad es que estoy vieja, sonrió. ¿Te quedarás? Si quieres, damos un paseo en mi coche, hasta que amanezca, pero luego subes un momento a casa, ¿eh? La Martino era buena, estaba muy sola, muy triste, muy cansada, y quizá tratara de salvarse de algo salvando a aquel muchacho moreno, de pelo negro y empeluchado. La Martino y el Giocondo se apretaron las manos con más miedo que amistad.

La Martino y el Giocondo eran dos seres acorralados, amedrentados, solos.

Se recordaba la noche en que pasó por el club la viuda de Hemingway, rubia y distraída, acompañada de otra señora, respondiendo a los periodistas como ausente,

de pie en un rincón de la barra, teniendo en la mano el último *whisky* que su glorioso marido, premio Nobel y suicida, dejara por terminar, y bebiéndoselo a traguitos. Ramiro, el gran Ramiro, el reportero de las mejores audacias, el delfín del periodismo de la noche, «la violetera del periodismo», como le llamara alguien, un día, entre despechado y ocurrente, trató de ligar con la viuda de Hemingway, trató de sacarle a aquella señora información, amistad, dinero, amor, *whisky*, algo. Pero no tuvo gran cosa que hacer Ramiro, elemental y sonriente, tímido y directo, simpático, graciosamente torpe, con aquella especie de turista madura y aburrida, hermética y quizás un poco sorda.

Se recordaba la noche en que estuvo en el club Gina Lollobrigida, con Antonio Gades, cuando rodaban una película juntos, y los efebos se movieron en torno de ella, y el director-actor-autor besó la mano menuda de la italiana, y Ernesto decía muchas veces a los camareros «pronto», «pronto», para que le sirviesen más vodka a la actriz, empleando una palabra a la que no se sabía si daba el sentido español o el italiano.

Se recordaba la noche que pasó por Lawrence aquel cantante inglés de quien se decía que se había casado con su batería, y todos los *prímula veris* subieron y bajaron, dieron a entender que sí, que ellos también se habrían casado con un batería, y quién sabe si incluso con el mozo de transportar las baterías. La lástima fue que los cogió de sorpresa, que no lo esperaban, y a ninguno le dio tiempo de traerse su abrigo con forro de piel, su capa blanca y roja, su levita bordada, «para que viese el inglesito que aquí en Madrid también se viste». Se recordaba la noche que...

Lola estaba en un grupo con su marido, con el autor «de la resistencia», con otras gentes. Lola, morena, y pasional como un *souvenir* andaluz, de pelo ferozmente negro y ojos grandes, llenos de llamadas y de sonrisas y de lágrimas alegres. Lola, de carne blanca y fácil, de piernas valientes, actriz frustrada, un poco trágica y un poco irónica, llena de desplantes que querían ser castizos y quedaban siempre intelectuales, muy intelectuales en una mujer tan joven.

—¿No tienes contrato, Lola?

—Nada, hijo. Me he quedado para las labores de mi *sexy*.

Emparentada con importantes dinastías del teatro, llena de vida y de gracia, ¿qué era lo que le había fallado a Lola a la hora del triunfo, de la consagración, de la fama? Pobre Lola, casada con un oscuro hombre del cine, con un técnico sucio y monótono, tipo que había concentrado en ella todas sus lujurias de mecánico dignificado.

—Este hombre siempre está pensando en lo mismo. No hay noche que me deje dormir de un tirón.

Pobre Lola, bella Lola, llorosa Lola, amante de un actor también frustrado, de un chico listo y feo, lleno de toda la pedantería resentida y buida que da el fracaso consciente, meditado, asimilado. Se veían a media tarde, cuando los maridos andan en sus cosas y las mujeres debieran andar de tiendas, o yendo por los niños al colegio. Se veían en algún sitio triste y céntrico, y, más que hacer el amor, se contaban sus cosas, razonaban sus respectivos fracasos, cada uno de ellos consolaba su frustración a través de la frustración del otro, o a través de ella la explicaba más objetivamente que si estuviese hablando de la suya propia, aunque no de otra cosa hablaba. Pero Lola era impaciente, sexual, violenta, sabia, un poco golfa, y al cómico sin contrato lo tenía vencido, entregado, orgulloso, loco.

Lola era hermosa y desgraciada. De tarde en tarde le daban un papel de mesonera en una comedia clásica, en un Lope, por ejemplo, y entonces podía lucir la albura de sus senos sobre el corpiño ceñido, y desmelenarse diciendo los versos retóricos y pasionales de don Félix Lope de Vega Carpió, y creía por unos momentos que aquella noche había sido, al fin, la noche de su revelación. Mas luego no pasaba nada.

Así es como el Giocondo, con el alma en un hilo, veía pasar la noche, tomaba parte en la conversación, de vez en cuando, escuchaba, fumaba, ofrecía tabaco y lumbre para

el tabaco, pedía otro chivas y esto le recordaba a la Marquesa. Quizás aparezca por aquí esta noche la Marquesa. O luego, más tarde, en Bus. Vete tú a saber. Ésa no se deja ver nunca hasta última hora. Estará en la cama con algún torero. O en un flamenco. ¡Qué manía tiene con el flamenco! Se empeña en que cantan para ella. En que la quieren mucho. Qué coño la van a querer. Los cuartos es lo que la sacan a modo. La pasta, que es una lástima ver cómo se le van los verdes. Qué vida. Pero la Marquesa sería una solución, una salvación, de momento. Claro que eso dices ahora. Luego, cuando está delante, te da miedo. Puro miedo. Como que es una mujer devoradora. Una pantera. Una leona. Cualquiera se defiende de eso. Paga, pero exige. Sin embargo, el Giocondo evocaba a la Marquesa como a una madre terrible, alguien que podría defenderle de todo y de todos.

Anda, Gío, sácame a bailar, mi marido y ése se han liado a hablar de cuando Hitler y los alemanes, figúrate tú, dice mi marido que no era tan mala persona Hitler, ¿no es para matarlos?, y todo el perfume de Lola, toda su locura de claveles tópicos, toda su voz irónica y templada se inclinaban sobre la oreja izquierda del Giocondo, que se puso en pie, se deshilvánó del grupo, no sin una leve expectación por parte de todos, y cruzó el salón llevado de un dedo por Lola. Bajaron la escalera llena de terciopelos rojos y candelabros blancos, la escalera que se cerraba en torno de sí misma, y entraron en el salón del piano, pequeño, cargado, sonoro, íntimo. Los espejos creaban y destruían falsas lejanías, los *prímula veris* hacían su comedia apoyados en la pequeña barra, algunos cantaban acompañando al pianista, inclinados sobre él, las más viejas e irredimibles lesbianas fumaban en tertulia casi de hombres, al otro extremo del salón, con sus pelos cortos y crespos, sus amuletos sobre el pecho fuerte y sus pantalones vaqueros. Unas cuantas parejas bailaban en medio del salón. El Giocondo tuvo en sus brazos la belleza entregada y sobrante de Lola, todo el clima que desplegaba y desplazaba aquella mujer, que le abrazaba y le mordía suavemente en los labios. El Giocondo se llenó de una perfumada desgana.

—PERO SI NO SABES BESAR, criatura.

Y Lola enredaba su boca a la boca del Giocondo, le mordiscaba la lengua, le besaba los labios por dentro, recorría minuciosamente con su rosada y puntiaguda lengüecita de gata la boca fresca y triste del Giocondo.

Quizá, Lola no estaba al tanto de las verdaderas proclividades del Giocondo. Quizá, prefería, muy inteligentemente, no darse por enterada, tratarle como a un hombre, ya de entrada, para no crearle ninguna clase de inhibiciones. En todo caso, estaba claro que a Lola le gustaba mucho el Giocondo, e incluso estaba cometiendo por él aquella locura de habérselo bajado a bailar, cuando su marido podía entrar en cualquier momento, cansado de debatir las extintas virtudes de los nazis, y ponerse celoso y dar el número allí mismo, donde todo el mundo era tan comedido y llevaba sus perversiones con tan buen gusto. Pero los ojos de Lola, de pronto, se llenaban de lágrimas; apartaba de sí ligeramente al Giocondo, sin dejar de bailar, le miraba abarcadoramente, entre amorosa y apesadumbrada, y sus grandes ojos se enmelaban de llanto.

Se comprendía que, en aquel momento, Lola lloraba por sus infidelidades, por aquel marido al que no quería, por su frustración de mujer y su frustración de actriz, por su belleza inútil (Lola no sabía que toda belleza es siempre inútil, inaprovechable, y que en eso precisamente reside su dramatismo, dramatismo que viene a aumentar la propia belleza). Lola miraba al Giocondo con pena de ella, con pena de él, con pena de los dos, llena de estímulos femeninos, y de pronto le abrazaba muy fuerte, y dejaban de bailar, en un rincón, hasta que ella iniciaba de nuevo el leve ritmo, y el Giocondo estaba un poco cansado de todo este juego de entregas y arrepentimientos fugaces, y, por otra parte, Lola empezaba a olerle a madre de familia, a algo entre respetable e inapetecible, anafrodisíaco. «Pero si no sabes besar, criatura.»

Y el rapsoda de traje corto, de voz grave, en aquellos años adolescentes y crueles, en aquellos Círculos de Arte donde se hacía una cultura menestral de recitadores y poetisas menopáusicas, «voz de caverna», le llamaba el rapsoda, y quería tenerle siempre a su lado y le recitaba al oído aquello de «cuando tengamos un hijo». Con el rapsoda venía un muchacho rubio, deportivo, descarado, y ambos se trataban como hermanos, pero evidentemente no eran hermanos. El deportista no parecía celoso, sin embargo, de que su hermano mayor, el rapsoda —un andaluz falso y sombrío— le llamase a él «voz de caverna» y quisiera tenerlo siempre a su lado y le pasase una mano, anillada con la doble anilladura de las sortijas y de los huesos prominentes, por la pierna delgada. «Ven aquí, voz de caverna.» «Pero si no sabes besar, criatura.» ¿Por qué siempre su juventud, su soledad, como botín de unos y otros, de unos y otras? ¿Por qué aquella codicia, repetida a través del tiempo, de gentes que no se habían conocido entre sí, por su cuerpo, por su voz, por su boca? Repetían ellos y ellas las mismas palabras, las mismas miradas, como si fueran sucesivas encarnaciones en el tiempo y el espacio de un solo ser, asexual o plurisexual, que le amaba, que le buscaba siempre, que estaba en el fondo de sus sueños de cada noche, asustándole y desazonándole, y se corporeizaba durante el día, de tarde en tarde, en una mujer bella y desgraciada o en un hombre reservado y sutil.

Se sentía vaga e intensamente deseado por una fuerza oscura y grande que estaba en algún sitio, o no estaba en ninguno, o estaba en todas partes. Y, por el contrario, cuando era una persona concreta —hombre o mujer— quien le reclamaba con su deseo o su amor, lo que él experimentaba era la pluralidad mareante de las gentes que le habían deseado, y que confluían ahora en una sola persona, la más inmediata y urgente. «Ven aquí, voz de caverna.» Años dudosos de una volubilidad cursi entre el Arte de liceo y la pederastía.

El rapsoda había tenido con él, en las tardes en penumbra, polvorientas y pobres, del círculo artístico, momentos de intimidad, de romanticismo, en que le llenaba de su olor

a tabaco y maceta, y le decía en voz muy honda versos casi cantados, tanguillos de Cádiz, coplas de sexo. Pero él se iba, se escurría de la silla, se alejaba como una adolescente confusa ante el prometido maduro a quien no entiende. Lola, en cambio, le tiene entre sus brazos, bailan por los espejos embrujados de Lawrence, y el Giocondo experimenta, entre desesperanzado y orgulloso, que no le excita, que no le gusta, que no le sabe a nada aquella cercanía de mujer intensa y sexual.

Luego fueron a sentarse en un diván hondo y rojo. Bebieron chivas, Lola hablaba y hablaba, quizás había decidido pasar a la ofensiva dialéctica, ya que el ataque directo había fallado, quizá por prematuro, pero la mujer se envolvía en sus propias palabras, se iba dejando llevar del dolorido sentir que realmente la ocupaba toda por dentro, y le contaba cosas de su marido, de sus hijos, del trabajo, este hombre no me comprende, sólo le intereso para la cama, y te juro que en la cama no le soporto, me da asco, verdadero asco, si no fuera por los hijos, mira qué hijos tan preciosos tengo, mira esta foto, y ésta, tú eres un encanto de chico, un poco sosito, pero por eso me gustas, está una harta de listos, de donjuanes, de espabilados, lástima, Gío, qué lástima, ya ves, yo iba a hacer lo que está haciendo la Camargos; luego, a última hora, se lo dieron a ella, y casi sin avisarme, ¿por qué?, ¿tú crees que se me pueden hacer a mí estas cosas?; ya comprendo que me estoy pasando, que tuve mi momento, quizá no debía haberme casado, el hogar y los hijos, el marido, todo eso la estropea a una artísticamente, claro que ahí están otras, casadas y con hijos, de cabecera de cartel, pero también depende del marido que te toque, a mí me cayó este pasmado que sigue dándole vueltas a las locuras de los nazis, y el Giocondo recuerda a aquel marica miope, anticuario de profesión, con gafas de gruesos cristales, que le miraba llorosamente y le buscaba por los urinarios de los cines, y piensa en el regente de aquel teatro vacío que salió corriendo detrás de él, locamente, una noche, y perdió un tacón en la huida, pero no se detuvo a recoger el tacón, sino que corrió y corrió escalera abajo, huyendo de aquel regente, porque al tipo le olía el aliento, y él estaba lleno de un miedo vago, casi infantil. Como recuerda aquel cóctel sólo para hombres, en casa del húngaro grueso y sedoso, beatífico, enamorado, cuando fue allí a matar el hambre y comió tantos emparedados que le repugnaban ya en el estómago y en la boca, y el húngaro le hacía comer más y más mientras los jóvenes y los viejos, todos los *prímula veris*, en vistosa variedad, estaban de pie emborrachándose unos a otros, o se besaban detrás de un biombo, y el húngaro contaba cómo había huido él de la revolución.

Lola le coge y le deja las manos. Van por el tercer chivas. El húngaro tiene a sus padres en una habitación trasera, viendo la televisión. Son un hombre y una mujer muy viejos, muy gruesos, que no saben nada de español y están a oscuras, como sepultados ya, con sus grandes vientres vagamente iluminados por la luz muerta de la pantalla televisiva, y saludan a la gente en húngaro, cuando alguien entra a cumplimentarlos, como si el húngaro fuese lengua universal. Luego se quedan en su habitación panteónica, alimentados de imágenes que no digieren, como los nobles egipcios se quedaban dentro de la pirámide con los manjares al lado, indiferentes, llenos de esa inapetencia que da la muerte. En las otras habitaciones de la casa sigue la fiesta, el húngaro es pianista, pero su enorme vientre le impide ya tocar el piano: el crecimiento de su vientre le ha ido alejando del mueble musical, y ahora las teclas, adonde sus manos no llegan cuando está sentado en la banqueta, se abren ante él como una inmensa e irónica sonrisa. El húngaro llora a veces lágrimas homosexuales sobre su piano, y otras veces lo arrincona contra la pared, como si fuera un efebo enlutado dentro de su féretro, y aprieta el vientre contra el mueble, lo aprieta más y más, y toca congestionado, toca horriblemente, arrancándole al piano quejidos nada sinfónicos, quejidos de madera y metal, de mueble maltratado, que se confunden con los sonos de una música europea y galante, torturada y lejana, húngara, sentimental, demasiado sentimental.

Pobre húngaro, exaltado y bueno, obeso y deslizante, de cabeza y vientre mondos, de ojos claros e irónicos, de boca sensual, derramada con su mal español de niño y su cordialidad equívoca, pero a veces tan sincera. ¡Cómo luchaba con el piano en sus reuniones de los viernes, en sus cócteles, cómo se enjugaba el sudor aquella tarde, después de tocar, y le ofrecía al Giocondo más emparedados, y ya creía tenerlo ganado cuando Ángel Córdoba y Arturo el Bisoño se lo quitaron casi de las manos!

Ángel Córdoba es andaluz, sinuoso, delgado, ceceante, descarado, procaz, y en los cócteles de casa del húngaro se quita los zapatos y la chaqueta, se la camisa por encima del ombligo y baila todas las danzas del vientre. Arturo el Bisoño tiene el perfil judío, la cabeza prematuramente calva, las manos finas y la voz entre sardónica y mujeril. Arturo el Bisoño es profesor de cultura física en un centro de enseñanza masculino y hay quien dice que no perdona a un alumno. Según otras versiones, Arturo el Bisoño tiene un amor por temporada, no se da igualmente a todos sus alumnos, sino que elige uno cada curso y el romance le dura lo que dura el año escolar. Córdoba y el Bisoño forman una pareja cínica, viciosa, divertida, juvenil. Córdoba y el Bisoño van a besarse a los cócteles del húngaro, que llora de envidia y de obesidad. Por allí suele andar también la Piñón, otro andaluz ceceante, con cara de pescado, con ojos muy abiertos y hablar ensalivado. La Piñón tiene los hombros estrechos y las caderas anchas, le gusta vestirse de traje corto, campero, o de Petenera, y canta flamenco con la voz rajada, congestionándose y rasgándose la camisa hasta mostrar una tetilla, como la gitana que se sacase un pecho para mayor efectismo ante los turistas.

Córdoba, el Bisoño y la Piñón andan siempre toqueteándose, haciéndose dengues, riñendo entre ellos como hermanas que se llevasen mal, dándose y quitándose cosas, «pero habrá guarra, más guarra tú, hija mía, quita de ahí, mariconas, lo que te gustan a ti son las mujerazas, o esas lesbianorras del demonio, esas tortilleras sucias que te hacen llevarles al cuarto palanganas de agua... Qué boca tienes, pero qué boca más viperina», y así se pasan las noches los tres *prímula veris*, hasta que deciden quién se va a entender con quién y el desahogo fisiológico les calma un poco su rabia de gatos rabiosos, su rabia de uñas y dientes y lenguas como navajas. El húngaro se va a llorar de soledad sobre el gran vientre dormido de su padre o de su madre.

Lola le coge y le deja las manos. Van por el cuarto chivas. Un día, al húngaro se le murió el padre, o la madre, o se le murieron los dos a la vez, y, después del entierro, Córdoba, el Bisoño y la Piñón decidieron que aquello había que alegrarlo y que era muy griego y muy egipcio echarle optimismo y panteísmo a la muerte, de modo que le hicieron tocar al pobre húngaro en su piano, que se le escurría de la tripa: le hicieron tocar lejanas danzas húngaras y cíngaras que Córdoba bailó con el vientre y la Piñón cantó con una tetilla fuera, como si cantase flamenco, mientras el Bisoño, el más listo de todos, y que, además les llevaba la ventaja de que, según decires, era plurisexual, se reía como un loco, como una loca. Recordaron la tarde en que a Córdoba y a la Piñón los sorprendió la mujer de éste, vuelta inesperadamente de un viaje, vestidos y desnudos con los camisones de ella, perfumados y pintados. El Bisoño ponía especial denuedo en recordarlo y se ensañaba en los detalles, hasta que tuvo a los otros dos completamente llorosos. El húngaro había dejado de tocar para atender al relato, que, por otra parte, conocía perfectamente; pero el Bisoño le daba pellizcos en los riñones de vez en cuando para que siguiese tocando, y el húngaro se estremecía de sensualidad y de dolor, porque el sutil tornillo del pellizco había penetrado toda su masa grasienta hasta hacerle sentir algo turbio y delicioso. El húngaro desahogaba sus estremecimientos al piano.

Más tarde, aburridos de sí mismos y de toda la gente que había por allí, los cuatro *prímula veris* dieron en amar al Giocondo, y el Bisoño le decía, cada vez que le alargaba un emparedado o una copa: «*Baby*, que eres mi *baby*». O bien: «Chicazo, pero ¡qué alto eres!» Y el Giocondo no sabía si le gustaba o no le gustaba todo aquello,

pero se sorprendió a sí mismo eligiendo, entre los cuatro cortejadores, la cercanía envolvente del Bisoño. Allí estaba también el Bodeguero, hombre bajito y primoroso, unas temporadas con perilla y otras sin ella, cocinero de profesión, explicando siempre sus recetas de cocina. El Bodeguero era bueno y cordial, enamoradizo, y tenía una cara de marica judía que a veces se ennoblecía vagamente, y entonces recordaba un poco a Freud y otro poco a ciertos señores pintados por Rubens.

El Bodeguero era hombre de bordados, de cocinitas, de encalados, que tenía una casa llena de rosarios antiguos y angelotes neoclasicistas, a ser posible sin castrar por la ruina del tiempo. El Bodeguero se sentaba siempre en un sitio modesto —yo soy un hombre de sillita baja— y desde allí explicaba lo bien que sabía preparar el gazpacho andaluz o las migas manchegas.

—¿Queréis que os prepare un gazpacho andaluz o unas migas manchegas?

Y se metía en la cocina a guisar, poniéndose un delantal de la madre del húngaro, y de madrugada estaban todos en la terraza desayunándose migas manchegas, a la misma hora en que las estarían tomando los recios viñeros en La Mancha lejana y cercana, en el Campo de Montiel.

El Bodeguero le hacía mimos al Giocondo: «Malo, que eres muy malo tú. Te veo siempre muy calladito, y eso no es bueno. A mí, la juventud que hable, que hable. ¡Huy, estos chicos de ahora, que se están tan callados, madre mía, qué disparates estarán pensando!» Y le daba un golpe de oreja al Giocondo para que no tomase en serio lo que le estaba diciendo.

Algunas veces, el grupo de los íntimos del húngaro tenía consigo a Pierre, un extranjero de nacionalidad indefinida, alto y viejo, muy viejo, aunque los afeites y el erguimiento le daban, a primera vista, como hombre solamente maduro. Pierre pintaba unos cuadros por donde se derramaba en colores vistosos toda la floja sensualidad de su espíritu.

Pierre, alto, con gafas, de voz honda y amanerada, elegante como un turista de los años veinte, llevaba consigo un enorme perro pacífico y poderoso. Pierre nunca se había fijado gran cosa en el Giocondo, sin que éste supiese por qué. Un día, estando todos reunidos en el piso del húngaro, el Bisoño llamó a casa de Pierre para que éste se les uniese, pero no contestaba nadie al teléfono, y en seguida, por otras llamadas, supieron que a Pierre se le había encontrado muerto y desnudo en su lecho, la madrugada anterior, mientras el perro gemía a su lado y le lamía los grandes pies de yeso. El Bisoño decidió que, para celebrarlo, el Bodeguero iba a prepararles un gazpacho «bien fresquito», y el húngaro tuvo que tocar las «czardas» de Monti. Anda, vamos a achucharnos otro poco.

Y Lola, tomándole otra vez de un dedo, le sacó a bailar.

CASA DEL HÚNGARO: allí había conocido a Julio César, de cabeza blanca, rizada, de piel atezada y finas maneras. Julio César era un hombre que, pese a la albura de su pelo, el delicado tono de su tez, la fuerza romana de su perfil, el cuidado de sus modos y de su vestir, resultaba tosco, irremediablemente tosco, indefiniblemente tosco. Tenía una voz cantarina y cordial, una cultura coloreada, epidérmica, fácil, pero todo él era como un hombre de caballerizas que hubiese llegado a otras capas sociales por su propio, obstinado y un poco torpe esfuerzo. Julio César no era un elegante, ni un declinante, ni un decadente, ni un exquisito.

Julio César, aunque él ejerciera de todo eso, era algo mucho más penoso, más tierno y, sobre todo, más corto. Julio César era un cursi. También iba mucho Julio César, sí, por casa del húngaro, y allí hablaba de sus largas estancias en Hawai, composiciones, ¿sabe usted?, composiciones, casi pintura, yo no soy un retratista; yo soy, digamos, un esteta de la cámara, no sé, usted mismo juzgará, y Julio César había invitado al Giocondo a su casa, una casa grande, con habitaciones llenas de luz y habitaciones llenas de sombra, frente a un parque verde y hondo. La casa de Julio César estaba llena de pintura virreinal, de arte colonial, de escultura religiosa, de muebles escurialenses y cortinas de bayadera. La casa de Julio César era como un museo degenerado en tienda de anticuario, como una tienda de anticuario con pretensiones museales. Había la habitación hawaiana, que incluso parecía recibir en su luz de la calle la luz intensa y amarilla de las islas del Pacífico.

En aquella habitación estaban los papagayos hawaianos, las grandes plantas devorantes, que daban un 1 poco de miedo, pero sólo un poco, los faroles ya casi orientales, casi de «Madame Butterfly», las mecedoras tropicales y, sobre todo, las fotografías, las grandes vistas de Hawai, en color y blanco y negro, que Julio César había ido tomando en sus largas y perezosas; estancias en las islas. En aquella habitación fue donde Julio César quiso poseer al Giocondo, pero Julio César tenía en la manera de poner los pies, parado, sentado o andando, algo bestial, boyancuno, un meter hacia adentro la punta del pie derecho, un ladear el tacón del pie izquierdo, que echaba a perder toda la artesanía de sus carísimos zapatos. Julio César tenía las manos gruesas, pesadas, como dos grandes sapos muertos, aunque él —precisamente porque lo sabía— las jugase con gracia y delicadeza.

Y, sobre todo, a Julio César le olía el aliento, como a aquel regente de teatro que persiguiera una vez al Giocondo a carrera tendida.

¡Ah, el olor de los alientos! ¿Cómo pueden ese hombre y esa mujer, o esos dos hombres —se preguntaba a veces el Giocondo— besarse, hablar tan cerca uno del otro, bailar juntos, con esa fetidez que exhala el personaje? ¿Es que el otro no tendrá olfato? ¿Cómo se puede soportar eso? Cuando eran los dos miembros de una pareja igualmente halitósicos, aquello le resultaba al Giocondo penosamente cómico, y pensaba que quizás ambos malos olores se neutralizaran mutuamente.

¿Había llegado a ser en él una obsesión, algo enfermizo, lo de los alientos? Cuántos hombres interesantes, gratos, se le habían convertido psicológicamente en vertederos por la sola emanación de sus alientos; cuántas mujeres acogedoras, con quienes quizás hubiera llegado al amor —¿al amor?—, le habían llenado de una repugnancia englobadora por todo el género femenino con la cercanía de sus bocas vagamente sucias, enfermas, malolientes, pútridas. ¡Ah la pureza fresca de una boca que no sea un sumidero! El olor de la boca de Julio César le había hecho imposible caer en aquella habitación de los papagayos y las mecedoras, como una hawaiana virgen, adolescente y fascinada.

Se marchó de casa de Julio César con una hermosa colección encristalada de alas de mosca hawaiana y un molesto escozor de refriega en todo el cuerpo.

—Ya lo vas haciendo un poco mejor.

Lola se esforzaba, la pobre mujer, en enseñarle a besar, en enseñarle a bailar sin

bailar, casi quietos los dos en un rincón, entregados a la comunicación frutal de los cuerpos, en la que el Giocondo no ponía ninguna correspondencia. Lola tenía momentos de un silencio profundo, lleno de amor y remordimiento, y los *primula veris* cantaban a media voz, acompañando al pianista, aquella vieja canción de «un mundo raro»; yo no comprendía cómo se quería en tu mundo raro, por qué no me enseñaste, por qué me acostumbraste a todas esas cosas, por qué tú me enseñaste que son maravillosas; sutil llegaste a mí, como la tentación, etcétera, y el fragor del *whisky* y las conversaciones subía como una resaca sobre las notas sentimentales y falsas del piano, o el piano ahogaba como un agua fuerte y frívola el fragor de las conversaciones, y se había hecho casi la penumbra y el Giocondo se sintió asido por un brazo, sin fuerza, pero con decisión, ¿por qué no se dedica usted a los de su sexo, joven? Ya está bien de perder el tiempo con mi esposa, y hacérmelo perder a mí.

Era el marido de Lola.

Ninguna sorpresa. Algo que había que esperar, pero de lo que él se había olvidado completamente, y se había olvidado precisamente porque no le importaba nada, porque no le estaba quitando la mujer a aquel mecánico de cine nostálgico de la epopeya imperial y racial de los nazis, sino que se había limitado a soportar el asedio de la mujer.

Mas el esposo ultrajado, el burlado más típico y tópico, espejo de caballeros cornudos, iba a desahogarse precisamente con el más inocuo de los competidores, y en sus ojillos bebidos, en su nariz movable y apelotonada, como un animalucho repugnante y enlodado, en su bigote combativo había mucha decisión, mucha violencia, mucha rabia, y el golpe sonó restallante, como sólo suenan los golpes de la carne sobre la carne, y el Giocondo rebotó contra el cuerpo blando y firme de Lola, y luego fue a dar contra un diván, donde no llegó a caer del todo.

Había cesado la música con ese descrismamiento de cristales que tienen siempre sus notas cuando no mueren por sí mismas, en un pianísimo. Los *primula veris* estaban de parte del Giocondo, pero sólo de una manera distante, hipotética, y los camareros de cerradas guerreras fueron los encargados de detener el escándalo, la paliza, la lucha que no era tal lucha, porque el Giocondo apenas si se defendía.

El marido de Lola cogió a ésta por la cintura, en un arranque de película muda, y pidió música para seguir bailando con ella, con marcialidad cinematográfica y sainetesca cuya comicidad sólo llegó a unos cuantos. Pero no había música, y el pianista se había ido a pedir la cuenta de aquella noche, tras cerrar el piano, porque él «no tocaba para *cow-boys*», y cuando un camarero iba a poner un disco en el oculto tocadiscos, el marido de Lola, cambiando de idea, cogió a su mujer por un brazo y se la llevó escalera arriba, enredándose en todas las cortinas. Fue una salida altiva, digna y pantomímica.

Quedaron las conversaciones, los comentarios, las risas, el desconcierto golpeado del Giocondo, tres o cuatro *primula veris* que le hacían sentarse en un diván negro y le hablaban más excitados que preocupados:

—¿Te ha desmaquillado, oye?

—Que ordinariez de hombre...

—Es que ni de noche va a poder salir uno.

Tras un revuelo de la cortina que daba a la escalera, aparecieron los del grupo de arriba: Bruto, la Martino, Paulo, Carmen y algún otro. Bruto decía que aquel nazi de mierda no iba a marcharse sin una mano de bofetadas, Paulo fumaba y le ponía una mano en la frente al Giocondo, no se sabía para qué; Carmen y la Martino le limpiaron un poco las solapas, le sacudieron la ropa, le ordenaron el pelo.

Y entre todos se lo llevaron arriba, donde volvieron a hacer corro de butaquitas, y un camarero vino corriendo con el chivas que el Giocondo se había dejado abajo, sin terminar, como si le trajese el aceite de ricino urgente, que el Giocondo se bebió de un trago, sin enterarse de lo que hacía. Lola y su marido estaban en el otro extremo del

salón, con un amigo desconocido. Ella, pálida, trágica, silenciosa, erguida. Su hombre, doblado hacia adelante, con la cabeza entre los hombros y el pecho casi entre las piernas, bebiendo torvamente, como no queriendo saber nada, entre abochornado y jactancioso.

Bruto decía cosas violentas de «ese electricista de mierda», y las decía en voz alta para que el otro se enterase y reaccionara, o más bien para someterle a la humillación de aceptar aquello o marcharse, porque allí tenía a todo el mundo en contra. Bruto pensaba, quizá, que con aquel gesto se estaba ganando para siempre al Giocondo.

Hasta que vino Ernesto a pedirles, por favor, un poco de discreción, aquí no ha pasado nada, es muy lamentable lo de Gío, pero no vamos a hacer de esto una guerra civil, todos estamos un poco tocados a estas horas, pero vamos a seguir viéndonos todas las noches del año, entonces, ¿para qué estas cosas?, pero lo que de verdad le preocupaba era la Criminal, el prestigio del establecimiento, los otros clientes, etcétera. Había algo tirante, violento, como para estallar, de mesa a mesa, entre Bruto y el otro, y las puntas de conversación que se iban tomando y dejando no eran sino vagos intentos de disimular al malestar, porque todos los clientes estaban esperando que aquello tuviese una segunda parte. Pobre Gío, para una vez que cambia de gusto, decía Carmen con su sonrisa aviesa. El Giocondo, recostado en un diván frente a la llama de una vela roja, con el vaso y el cigarrillo en una mano, pero sin beber ni fumar, pálido y mudo, lleno de esa excesiva compostura del hombre demudado por dentro, era como el retrato antiguo y afectado de un Dorian Gray sin demonio ni ángel.

—Pero ¡qué pálido estás, chico! Te voy a poner una flor a ver si anima un poco el conjunto.

Y la Martino le puso un clavel en la solapa, un clavel ya gastado que ni ella sabía cómo había llegado a sus manos. Uno de esos claveles que circulaban durante toda la noche, como moneda de perfume, de mano en mano, comprados a primera hora por algún noctámbulo inhabitual y rumboso, y acababan, tras la novela de quince manos y siete solapas y nueve descotes, en el pelo revuelto y mojado de un *primula veris* de tarifa baja que se iba a la pensión sin vender una escoba, pero luciendo en la noche la enseña valiente y casi obscena de su condición, aquella flor en el pelo.

—Si le pones flores parecerá un muerto —había dicho Carmen, excepcionalmente ingeniosa aquella noche, como siempre que ocurría algo desagradable. Pero nadie —ni ella— se divertía demasiado.

El viejo marroquí, el enorme marroquí, con su pelo rizado y escaso, muy pegado a la cabeza, su piel sucia, sus ojos inteligentes y asustados, su boca de grandes labios dibujados con un poco de crueldad o de lujuria. El marroquí de cuerpo enorme, de manos grandes y finas, donde clareaban las uñas y las puntas de los dedos, el sabio y viejo y mercader marroquí, largo conversador, tipo enigmático que vivía en un tiran piso caro y antiguo y llevaba las camisas primorosamente zurcidas, como una labor de bordado de Marruecos.

El viejo marroquí se acercaba algunas tardes al Giocondo, en los cócteles más íntimos, y le preguntaba por la salud, sacaba hierbas de los bolsillos de la chaqueta y le explicaba cómo debía cocerlas al llegar a casa para curarse el catarro o las afecciones venéreas. También sacaba de los bolsillos viejos papeles de donde tomaba notas y recetas que le brindaba al Giocondo, escribiéndolas con su letra grande y clara —una letra que parecía europea—, por el revés de la invitación al cóctel, apoyándose en el piano o en una mesita baja, en pie, todo él doblado por la cintura, con el gran vientre colgante y los bolsillos flojos, abultados y también coleantes, como un animal africano y paquidérmico. El viejo marroquí andaba de acá para allá con el vaso en la mano, saludaba a las señoras, ofrecía sillas con sus palabras fáciles, con su español bordado de arabismos.

Pero siempre volvía al lado del Giocondo; durante mucho tiempo, cuando el Giocondo

conocía a menos gente, el viejo marroquí había sido su único punto de referencia en muchos cócteles a los que le invitaba no sabía quién. Al principio le había encantado la conversación cortés y botánica del brujo africano, pero luego empezó a cansarse de tanto primitivismo entreverado de finezas anticuadas, dieciochescas, y, por otra parte, el viejo marroquí seguía estando en los sitios más concurridos o mejor concurridos, cada día, al anochecer, con su copa en la mano, sin beber nunca, arrugado de traje y de piel, mas con una indefinible elegancia en su gran estatura y el juego de sus manos. El Giocondo supo muy desde el principio que el viejo marroquí entendía, y también se dio cuenta de que le asediaba sin asedio, con sólo aquellas conversaciones herborísticas, curativas e interminables. El Giocondo, muy solo, bastante cobarde, se dejaba querer, se dejaba acompañar por el viejo marroquí, casi como una adolescente que se deja acompañar por un amigo de su padre, aunque intuye vagamente que para él es algo más que la hija del amigo. El viejo marroquí se ponía un sombrero de piel, así como un neumático en forma de sombrero, y se enredaba una bufanda al cuello, procurando dejar fuera la gran rebarba oscura y mal afeitada. Pero nunca llevaba abrigo. Iban los dos en el fondo de un taxi, el marroquí hablaba y hablaba, y luego despedía al Giocondo a la puerta de su aparta*, mentó y seguía con el coche. Era un cortejo distante, correctísimo, un tanto barroco de las sabidurías orientales del viejo. alguna vez, el Giocondo había creído que su amigo marroquí era también un hombre solitario, pero en sus conversaciones habían ido saliendo muchos nombres, todos los nombres, los nombres clave, como por casualidad. Y el Giocondo pudo ir tejiendo, con aquellos nombres conocidos e inequívocos, la invisible red, la quieta masonería, el dorado enjambre de los *prímula veris* de la ciudad, o, cuando menos, del mundo que ambos frecuentaban. «A ese nazi de mierda le voy a dar yo lo suyo», insistía Bruto, ya un poco fuera de lugar.

COMO ESTÉRILES permanecen las flores hermafroditas de estilo corto de la *Prímula veris*, mientras sólo las fecundan otras *Prímula veris* también de estilo corto, y acogen con gozo el polen de las *Prímula veris*.

Ramiro había llegado de su serranía con cuatro libros aprendidos en la sacristía del pueblo y unos años de macarra en París y en Barcelona. Ramiro es un chico de pueblo que ha salido listo, pícaro, gracioso, guapillo, golfo, violento, tierno, grandilocuente. Ramiro hace un periodismo audaz y superficial, vibrante y frívolo, atrevido y voluble, y se ha forjado un estilo de aluvión, eficaz y bello, con malas traducciones de Hemingway —vive bajo el mito hemingwayano de la violencia— y crónicas de Raymond Cartier. Ramiro, a veces, lleva al Giocondo a su apartamento, en una casa donde tienen cama puesta una docena de mujeres de la noche madrileña. El apartamento de Ramiro lo paga una vieja millonaria catalana que combina la cintita al cuello de las viejas elegantes con las últimas minifaldas de Mary Quant. En el apartamento de Ramiro hay cuadros de un surrealismo tardío, lámparas averiadas, mapas, una máquina de escribir desdentada, donde el periodista picotea la prosa de sus crónicas, un bikini colgado de una percha, latas de carne concentrada vacías, latas de carne concentrada llenas y cerradas, latas de carne concentrada mediadas, y un olor a mujer y a hombre, a cama deshecha desde muchos días atrás y a toalla sucia.

—Tú te vienes esta noche a mi casa, Gío, porque tú me caes bien y eres un marica muy majo, y un día te voy a sacar en una novela, en la gran novela que voy a escribir, porque yo voy a escribir una gran novela, ya lo verás, ya sé que no creéis en mí, pero el día que yo haga mi libro se va a armar, te juro que se va a armar, ¿quieres juega de mujeres o de hombres, Gío?, por mi casa pasa de todo, si tú quieres niñas, pues niñas; si quieres lesbianas, pues lesbianas; si quieres hombres, pues hombres, ¿eres virgen, Gío, dime, eres virgen?, y en casa de Ramiro vive un chico perseguido por la Criminal, o una meretriz enamorada del periodista, o un pintor que no pinta y se ha instalado allí con su media docena de libros de arte, que, por otra parte, son los únicos libros que hay en la casa. Por el apartamento de Ramiro pasan los hambrientos de madrugada, las actrices jóvenes sin contrato, los homosexuales millonarios amigos de la protectora del periodista, los *prímula veris* de la literatura, algún novillero que viene pegando fuerte y los chicos barbuditos de «la resistencia». ¿Eres virgen, Gío, eres virgen?

Una noche estuvieron todos en el apartamento de Ramiro, hasta la madrugada, y fue cuando sometieron a Bruto al juego de la verdad, y luego Ramiro hizo el número de quedarse desnudo, que era una cosa que hacía mucho. Andaba entre todos con su cuerpo enteco, como un chico de pueblo que se ha desnudado para bañarse en el río, y al Giocondo no dejaba de turbarle aquel desnudo tan natural. Allí se habló de los viejos amores de Ramiro con Carmen, y Bruto dijo que quería acostarse con Lola y con la Martino en la habitación contigua, delante de todos, sólo por hacer una demostración y desmentir las cosas que se decían sobre él, pero Lola temía que llegase su marido a buscarla y la Martino estaba aburrida, triste, humillada, sola, como siempre. Paulo fumaba y bebía, bebía y fumaba, divagaba sobre la corrupción de la derecha y la neoderecha, sobre la ineficacia de la falsa izquierda, sobre el desnudo pastoril, como de zagalejo, que tenía Ramiro, hasta que éste puso una conferencia a su aldea de la sierra para hablar con su padre, que era ordeñador, ya viejo, y habló a gritos con el padre por el delicado teléfono del apartamento: «Que yo le quiero mucho a usted, padre; que estoy aquí, en casa, con unos amigos que han venido a tomar un refresco, gente muy fina; usted me ha enseñado mucho de la vida, padre, sí, estoy bien de salud, gracias, un poco de tos, no es nada, del tabaco, padre; usted me dijo que eso de fumar es de hombres», y todos se reían con la conversación del chico mientras al otro lado de la línea, en un pueblecito tembloroso de luces nocturnas, como una presa débil y de ojos muy abiertos entre las garras de la sierra, el viejo ordeñador lloraba conmovido de escuchar la voz de su hijo, que había triunfado en Madrid y se trataba

con los señoritos.

De pronto, a Ramiro le entró rabia de que toda aquella gente tomase a broma al viejo ordeñador, y llamó choriza a la Lunfarda y llamó putas a Carmen, a Lola y a la Martino, y llamó maricones a todos y los puso en el pasillo a empujones, ayudado por un americano silencioso y violento de la base de Torrejón, que nadie sabía lo que hacía allí.

—Adiós, Mike —dijo Ramiro cuando se hubo ido también, amistosamente, el americano. Y se quedó solo con el Giocondo, que estaba allí, en un rincón, sentado junto al giradiscos, oyendo en un tono muy bajo la voz de Cliff Richard.

—Me alegro de que te hayas quedado, Gío.

Ardía una gruesa vela sobre la mesa y el apartamento estaba en penumbra. Cliff Richard cantaba en el giradiscos y había restos de comida, de cigarro puro, sobre la alfombra, y una baraja desbarajada, y una corbata atada a la lámpara del techo. Ramiro se sentó desnudo en el suelo, junto al Giocondo, y puso un brazo en las piernas de éste.

—Mira, Gío, a mí no es que me gusten los hombres, eso se sabe de sobra, pero tú y yo vamos a probar esta noche, sólo por probar, ya has visto que yo tengo un padre, y no como toda esa gente de mierda, he tenido que echarlos a tortas, pero yo he triunfado, Gío, yo he triunfado, estoy harto de todas las chorizas que vienen aquí a acostarse conmigo, últimamente estoy fallando mucho, ¿sabes?, debe de ser que abuso, o a lo mejor la copa, es que le doy mucho a la copa, por eso quiero probar con un hombre, contigo, Gío, que eres casi como una chica, tan delicado, tan pulcro, tú sí que eres un señorito, mira qué manos —y le cogía una de las delgadas manos—; ya sé que yo soy un zagal, pero los tengo como Buda. Gío, mira, como Buda, anda, desnúdate y vente a la cama conmigo.

Así fue como sonó una llave en la puerta del apartamento y entró la vieja catalana con un traje de noche, llenando la habitación de perfume. En la ventana había un vago resplandor rojo de un anuncio luminoso.

La señora no se sorprendió demasiado de encontrar desnudo a Ramiro. Saludó distraídamente al Giocondo y empezó a encender luces. Descorrió las puertas que daban al dormitorio y se puso a ordenar un poco la cama. El Giocondo comprendió que aquella señora llegaba para quedarse. Ramiro estaba entre tímido e insolente con la vieja. Le dio algunos besos en la nuca, pero el Giocondo vio que dudaba un momento antes de acercarse a ella.

—Lo nuestro queda para otro día, macho, esta noche hay que cumplir.

El Giocondo, que había escuchado la conversación de Ramiro sin atender al sentido de las palabras, un poco fascinado por la voz oscura del periodista y por su cuerpo de pastor adolescente lleno de cicatrices, se puso en pie no sin cierto dolor de renunciar a la primera y mejor oportunidad de su vida. Iba a despedirse de alguna forma, pero Ramiro había abrazado a su amante por detrás, y ésta, girando la cabeza con esa facilidad contorsionista de las mujeres para el amor, que al Giocondo le resultaba repugnante, se dejaba besar en la boca gastada por el zagal-reportero.

—Por ahí anda tu abrigo, Gío —dijo sin dejar de besar a la anciana.

El Giocondo buscó su abrigo por los sillones y se fue a la calle poniéndoselo. Había cerrado la puerta del apartamento con un golpe inseguro, había bajado en el ascensor deslumbrado por la luz del fluorescente, había entregado una moneda de cinco pesetas al sereno y ahora caminaba solo por la ciudad de madrugada, con los puños apretados dentro de los bolsillos, viendo el cuerpo desnudo de Ramiro cada vez que cerraba los ojos, pesado de *whisky*, un poco triste y un poco aliviado. «Hubiera sido una tontería —pensó—. Ese loco sólo lo hacía por capricho.»

Ramiro entró en Lawrence con el cuello de su chaquetón marinero subido, con el pelo pegado a la frente, mojado de lluvia. Ramiro venía encogido y sonriente. Se acercó al

grupo, besó a las mujeres y a los hombres, dejó el chaquetón a la mujer del guardarropa, se estiró un poco el suéter que llevaba debajo y luego, sacando un peinecillo mellado, se dio un peinón, atusó su pelo corto, suave y fuerte: «A ver quién me da un plajo, vengo muerto por fumar, hala, Paulo, suéltate un plajo, ¿qué hace la pasma que no viene a por tí?, también podían llevarse a todas estas chorizas, me huelen mal las mujeres, no aguanto ya a una jai, te lo juro, macho, a los tres días me huele mal la mujer más hermosa del mundo, la Claudia Cardinale, quien sea; vengo del periódico, hoy he escrito la mejor crónica de mi vida, yo valgo, te juro que yo valgo, por mi padre, oye», y luego se sentó entre Paulo y Carmen y a ratos secreteaba con él de la alta política del país, y a ratos secreteaba con ella sobre cosas de la cama.

El Giocondo, siempre que veía a Ramiro, después de aquella noche de amor frustrado, tenía en el fondo de la imaginación la imagen enteca y desnuda del zagalillo perverso.

Sánchez apareció a última hora, cuando ya iban a cerrar el club. Venía con dos chicas jóvenes y guapas.

—Ahí está Sánchez con esas dos.

—Llevamos toda la noche esperándote, Sánchez.

Sánchez, ni joven ni viejo, chatillo y de ojos cansados, lúbricos, abultados, con la sonrisa blanda, vestido con deliberada vulgaridad, era un *prímula* de influencias, de fama, de mucha mano izquierda. Sánchez dice que representa artistas, pero a lo que se dedica, realmente, es a una especie de trata de blancas muy limpiamente llevada. Sánchez se hace cargo de una jovencita loca, de esas que quieren hacer carrera en el cine, en el teatro, en la publicidad, en la vida, y, si la muchacha reúne condiciones, cuerpo y docilidad, la pasea por los sitios caros y por los cócteles, dice que es su último descubrimiento, la viste bien, la enseña a pedir caviar y vodka con limón, a lavarse los dientes, y tiene a todo el mundo pendiente del lanzamiento de la niña. En tanto, Sánchez hace sus ofertas, espera demandas, y cuando surge una buena proposición con la comisión convenida, le pasa la niña a un diplomático extranjero, a una vieja sáfica, a un presidente de varias juntas de accionistas. Explica a la chica que hace falta mucho dinero para un buen lanzamiento, y que hacen falta influencias, que es mejor respaldarse social y económicamente, etcétera. Previamente se ha cuidado de depravar a la criatura mediante otros amores más incitantes —Ramiro suele ser uno de sus desbravadores—, y antes o después abandona su mercancía en manos del tercero o cuarto opositor, cuando está empezando a dejar de rendir.

Una vez, Sánchez lanzó de verdad a una estrella de cine, y de ese crédito vive; esa historia le sirve para inspirar confianza a las que han venido después. Sánchez, *prímula* bondadosa, simpático, discreto, tiene un padre muy viejo al que cuida y quiere como el buen hijo que él es. Sánchez está relacionado en el mundo del cine, del teatro, de los grandes *prímula veris* y en la industria del disco. Su oferta, ahora, es Ofelia, que naturalmente no se llama así, y a quien de momento ha buscado ese nombre artístico. «Pero todavía tenemos que encontrar un apellido.» Llevan catorce meses pensando en un apellido artístico que pegue.

Ofelia llegó a la ciudad con quince kilos de más, una preciosa cara de muñeca increíblemente inexpresiva y mucha inquietud por ganar dinero, por saber cuánto podían valer aquellas carnes suyas, tan jóvenes, tan tersas y tan sobrantes. Ofelia vendió frigoríficos en unos grandes almacenes y fue novia de un futbolista a quien luego se encontró muerto en el apartamento de unos ingleses lujuriosos y péfidos. Ofelia, un poco sola desde la muerte del futbolista, fue a parar a manos de Sánchez, que en seguida la puso a régimen para quitarle los quince kilos de exceso de equipaje sexual. Ahora, Ofelia se viste mejor, se peina mejor, bebe copas sin engarabitar el dedo meñique, dice «me apetece» o «no me apetece», todo lo encuentra «como muy», se acuesta con quien Sánchez le dice, hace vida de noche y espera el momento en que su promotor, su agente artístico, su pigmalioncito invertido y bondadoso la lance como

la gran estrella en potencia que ya es. A decir verdad, cuando Sánchez encuentra una cosa como Ofelia, hace gestiones, paralelamente de las otras, para colocarla en un papelito de una película, a ver si cuaja lo del cine, que siempre da un prestigio y puede prolongar su ya mortecina fama de busca talentos. Para Ofelia no sale nada, desgraciadamente, aunque ella no lo sabe, y cree todavía que Sánchez manda mucho y la tiene en reserva para la gran oportunidad. Todas las noches, Sánchez, Ofelia y alguna otra chica, ya más iniciada, recorren los clubs del gremio, saludan a gente, asisten a cócteles y ruedas de prensa, se fotografían en las *premieres* cinematográficas y juegan al parchís con alguna gran actriz en decadencia que los recibe en su casa. Todas las noches se emborracha Sánchez, sin que se le note nada, y Ofelia, si fuese capaz de organizar dos ideas, una detrás de otra, en su cabeza, se daría cuenta de que cada madrugada está más vieja, más envilecida, más borracha, más sola, más lejos de la estrella juvenil y fragante que todavía piensa ser. Ya casi nunca se acuerda de su novio muerto, de su futbolista ambivalente y desgraciado, a quien llevaba bocadillos a la Casa de Campo.

Sánchez se sentó entre Bruto y la Martino, porque elegía siempre a los importantes, y les contó los últimos horrores que se decían por ahí de lo tirada que estaba la gente y de lo mal que iban las productoras y las empresas y todo —si es que están estragando al público, no hacen más que darle ordinarièces o películas infantiles, y en teatro pasa lo mismo, no se hacen cosas de gusto, de gancho, cosas al día, y lo que viene de fuera te lo desbaratan—, y los sobaba mucho, lo mismo a él que a ella, con sus manecitas gordas y manicuradas. Ofelia apenas hablaba, sólo de vez en cuando con su compañera, pero Ramiro se dedicó a ella una vez más, y contó intimidades de la chica a todo el grupo: «No sabéis qué cuerpo se le ha quedado a Ofelia, de locura, bueno, yo ya empiezo a encontrarla un poco seca, uno es de la sierra y le gustan las gordas, es un placer inocente, Ofelia, qué cara de choriza se te está poniendo, os advierto que ésta, al principio, no sabía nada de nada, en la cama era como un saco de patatas, ¿qué coños te había enseñado a ti el futbolista, oye?, a ver cuándo mandas a Sánchez a la mierda de una vez y nos liamos tú y yo para sacarle las perras a algún viejo del Casino de Madrid.»

SÁNCHEZ LE DEDICA algunos ratos al Giocondo. Sánchez, como Vicens Cortés, es de los que están esperando a que el mozo madure. No se siente con fe ni voluntad para ser el primero. Pero tiene momentos, noches, en que le gasta bromas al Giocondo sobre la ropa, sobre lo solo que anda, o bien le habla de negocios artísticos, como si el Giocondo fuese algo más que un parásito de ese mundo. Sánchez se mantiene siempre a una respetuosa distancia de su joven amigo, pero hay miradas, sonrisas, gestos involuntarios en los que asoma el secreto culto del agente artístico por el efebo del pelo negro, por el andrógino silencioso.

—Siempre andas muy solo, tú. No me fío yo de la gente que anda tan sola.

La noruega había desembarcado de un avión en Barajas para ser maniquí en una casa de modas. La noruega tenía esa cosa decidida y masculina de las nórdicas, fumaba tabaco negro continuamente y bebía Ricard con discreta intermitencia. La noruega había conocido al Giocondo en Lawrence, y alguien hubo de advertir a la modelo de que con aquel español no había nada que hacer.

—Oh, es como un mártir del Greco —decía ella.

Para la noruega, el que el Giocondo hiciese a mozos —al menos en potencia— no era inconveniente para que hiciese también a mozas, porque esto, según los más avisados, era norma en su lejano país. Ernesto y otros cuantos que estaban con ella, tenían un concepto mucho más español y segregacionista del problema, de modo que no acabaron de entender nada cuando la noruega se llevó al Giocondo de Lawrence, en un taxi. La noruega vivía en una habitación alta y estrecha, con una bombilla inalcanzable en el techo, un cartel de toros en la pared y otro de arte románico español en la cabecera de la cama. La noruega olía a la menta del Ricard y a tabaco negro, tenía la mirada fija y decidida, la mandíbula fuerte, el cuerpo dotado del equilibrio inestable de la gracia, y las manos masculinas, activas, chatas.

La noruega acarició al Giocondo mientras decía cosas en su idioma de ave de los mares del Norte, sin dejar de fumar, y lo llenó de su sabor a menta y alcohol, del humo de su tabaco, del contacto áspero de su piel y su boca. El muchacho se había dejado hacer sin ningún placer, aparte la satisfacción de comprobar que su mecanismo respondía incluso a estímulos tan poco deseados como aquéllos. La holandesa, por el contrario, practicaba las artes sinuosas de la insinuación, de la seducción. La holandesa era alta, muy alta, con los ojos huidizos, el perfil de pez y el cabello largo y rubio. La holandesa iba siempre vestida de azafata de una compañía aérea de su país, y se llevó al Giocondo a una casa con olor a cena sobrante, y estuvo implacable y exigente con el chico, que se sentía preso entre los brazos de aquella gigante. La holandesa le recompensó con unos billetes de su país que al Giocondo le costó buen trabajo cambiar por pesetas en un Banco de la calle de Alcalá. Luego estaba la adolescente rubita, chatilla, menuda, de ojos arcangélicos y boca viciosa, que se presentaba algunas tardes en el apartamento del Giocondo, que no tenía ninguna noticia de que hubiese hombres a quienes pudieran no despertarles mayor curiosidad sus dieciséis años. Aquella niña lo llenaba todo del olor colegial de sus cuadernos y se iba dejando las horquillas de su pelo rubio por los muebles del dormitorio. La adolescente sufría crispaciones, inhibiciones, impotencias, histerias, como todas las adolescentes, y trabajaba más y más con aquel gran indiferente, como el David de Donatello, para llegar a lo que nunca había conocido.

Un poco menos penosas y más divertidas fueron aquellas sesiones en el estudio del fotógrafo francés que quería obtener toda una película del repertorio.

Decía el fotógrafo que el Giocondo era el ideal para una serie en fino. Un día buscó a una chica cualquiera, una chica que resultó brutal, sumisa, rápida, de formas achatadas, y empezaron las sesiones. La chica hacía *strip-tease* torpemente, y conservaba siempre, al final, los pendientes, la cadenita del cuello y varias sortijas y pulseras. Esto molestaba profundamente al Giocondo, sin saber por qué, pues lo cierto

es que a él no le importaba nada de aquel asunto. Ensayaron toda clase de contorsionismos delante de un espejo del fotógrafo. El tipo hizo docenas de fotos. Carretes enteros. El Giocondo acababa empalagado de la colonia mala de aquella mujer, de sus exudaciones, de su aliento, pero, al final, el fotógrafo les pagó un dinero por las poses, y lo cierto es que el número, lo que se dice el número, sólo tuvieron que hacerlo un par de veces, mientras el de la cámara disparaba por una rendija de la puerta.

La chica del Renault 8 también iba a lo suyo. Era expeditiva y enérgica, como casi todas las mujeres por quienes el Giocondo había sido amado, siempre con displacer por su parte. La chica del Renault 8 tenía el pelo rojo, los ojos de un ocre casi dorado, ojos llenos de llamadas eróticas, la nariz fina de perfil y chata de frente, la boca sensual y una mella entre los dientes delanteros. Se llevaba al Giocondo en su Renault 8 a los moteles de las afueras y miraba de una manera silenciosa, concienzuda, jadeante, un poco triste. De pronto le miraba con un profundo agradecimiento en aquellos ojos tan inútilmente hermosos que ella tenía. De todas estas experiencias heterosexuales salía el Giocondo con una sensación de hastío, de insipidez, con un sentimiento de víctima, con una mezcla de miedo y repugnancia por la mujer, ese ser devorante, esa inmensa valva deslizante que gime, que exige. Cada contacto femenino le alejaba más de las mujeres.

—Siempre andas muy solo, tú —decía Sánchez al Giocondo—. No me fio yo de la gente que anda tan sola.

En Lawrence habían apagado casi todas las luces. Ya no había música y las conversaciones tenían un tono de pésame. Se había ido María del Mar con un visón sobre su túnica dorada. Se habían ido Lola y su marido, y los jóvenes *prímula* de casacas bordadas, y las viejas sáficas fumadoras, y VicenCortés con su perro muerto de sueño. Olía a vela apagada, a ausencia reciente, al cigarrillo humeante del que acababa de marcharse, a los perfumes de la ropa, confusos en el aire al momento de volver a ponerse los abrigos. Ernesto hacía para todos sus últimas sonrisas y los camareros empezaban a desabotonarse las guerreras.

Carmen dijo que tenían que ir a ver a una amiga suya a quien le habían hecho una biopsia aquella tarde, Bruto dijo que los invitaba a todos en el Bus, que todavía estaba abierto, Paulo aseguró que estaba citado con unos economistas pro chinos en un club de *jazz*, Ramiro les propuso irse todos a su apartamento a hacer cama redonda. Cada uno quería tirar de todos los demás. Naturalmente, se hizo lo que había propuesto Carmen, y en el coche de Bruto y un par de taxis salieron locamente por las calles vacías, suntuosas de soledad, hacia un barrio lejano.

La amiga de Carmen vivía en un piso sucio, enlaberintado, con muchos periódicos arrugados por el suelo. La amiga de Carmen era una chica rubia, como una niña de Rubens, y estaba tirada en el suelo, con los dolores de la reciente biopsia y las lágrimas de la soledad. El hombre de su vida, un tipo casado, maduro, no había querido saber nada del asunto. La chica tenía guardadas en un plumier las cartas de su amante, y las sacaba del plumier, las desdoblaba, las releía, volvía a doblarlas y a guardarlas. Sin que se supiese por qué, aquel asunto vulgar parecía muy importante para Carmen, que conversó largamente con su amiga sobre el problema e incluso hizo unas llamadas telefónicas, infructuosas, al desconocido sujeto. Los demás, como se aburrían mucho en aquella casa, empezaron a hacer cosas por su cuenta. Ramiro y Paulo se metieron en la cocina. Ramiro freía unos huevos y Paulo descorchaba una botella de ginebra española que había encontrado en el armario de los tazones y los ralladores. La Martino puso música. Bruto se dedicó a Ofelia y Sánchez siguió con su asedio al Giocondo. Poco después estaban todos reunidos en torno de la chica rubia, sentados en el suelo, comiendo cosas, oyendo música y contando chistes verdes. La de la biopsia se quejaba de vez en cuando, pasándose una mano por el bajo vientre.

Parecía haberse parado la rueda de la noche. Quizás hubo un momento en que todos estuvieron dormidos, sin saberlo.

De nuevo en la calle, arriada la bandera de la lluvia, todo el grupo camina despacio, en una calma de frío y soledad. Son ocho locos noctámbulos, noctívagos y nocherniegos. Cinco hombres y tres mujeres dispuestos a pasar en pie al nuevo día, a llegar hasta el final del túnel de la noche. Llevan los cuellos de los abrigos subidos, fuman y apenas hablan entre sí. Bruto se va en su coche, con Carmen y la Marino, hacia el club de *jazz*. Los otros caminan en busca de un taxi. Ramiro lleva cogida por la cintura a Ofelia. Sánchez ha tomado del brazo al Giocondo y le habla despacio de cosas vagas. Paulo va junto a ellos, en silencio, con el cigarrillo en la boca, y lleva puestas unas extemporáneas gafas de sol. A la otra chica de Sánchez la han perdido —¿cuándo?— en cualquier esquina de la noche. Bruto, al volante de su automóvil, veloz por las amplias avenidas vacías, siente nacer en sí ese deseo inconfesable y confuso que a la vez que deseo es recuerdo, memoria acumulada y súbita de la promiscuidad unisexual, como Sánchez evoca para el Giocondo noches de hombres solos, delicados y violentos amores en que los hermafroditas de estilo corto acogen con gozo a los *prímula veris* de estilo largo, y el Giocondo imagina cosas que no ha visto, y hay en el hombre que ama al hombre el presentimiento de que la ciudad, a esa alta hora, está llena de encuentros homosexuales, de oscuras luchas entre cuerpos que se repiten, que se reflejan, que se refractan, y trabajan penosamente por la inversión, por la metamorfosis de las formas, por la invención de una feminidad acogedora, de una mujer fantasmal e imposible emanando del propio cuerpo, configurándose en la espalda o el pecho del enamorado.

Es la hora en que se han consumado los tratos, han llegado a su cabo los idilios, se han abierto los reinos de la impunidad y un hombre se transmuta en mujer para otro hombre y un unisexual se transmuta en feroz fecundador para otro unisexual. Hay los amores íntimos, de una pareja imaginativa y solitaria, en la alcoba que quizá fue de un matrimonio, y la gran fiesta de los desnudos, la rueda colectiva de los sexos, el encuentro múltiple, la proliferación de las formas, como hay el suspiro casi senil de un hombre sobre una adolescencia pasiva y el goce silencioso, reconcentrado, del hombre maduro violentado por criatura de gracia, o el fragor casi pagano de dos adolescentes, o el temblor j de un joven fotógrafo entre el afán del alto dignatario, o el amor lento y penoso, triste y largo, de dos solitarios de casino, de dos cincuentones perfumados y reteñidos, un exasperado comercio de los cuerpos, una nocturna correspondencia de la especie, siempre en domicilios particulares, en pisos de soltero, en breves apartamentos o en hoteles de lujo, o en la pensión desastrosa, cuando el viajante de comercio coincide con el joven opositor, cuando el actor extranjero reclama al ascensorista andaluz, cuando el honrado funcionario ha dejado a la familia durmiendo y contrata por quinientas pesetas a un chico acanallado, indiferente y un poco cruel. En la puerta del *water* de algunas cafeterías caras, de algunos hoteles de primera A, de algunos cafés ruidosos y decadentes, esta llamada escrita a lápiz: «Busco chico que entienda, discreto y poco exigente. Dejar aquí el teléfono.» A veces, un teléfono, unas cifras escritas debajo, con tinta verde, una respuesta matemática y desconocida.

Se metieron los cinco en un taxi, tras la breve y consabida discusión con el taxista, que sólo quería llevar a cuatro. Paulo dio la dirección del club de *jazz*, adonde ya debía haber llegado Bruto con las dos mujeres, y donde a él le habían citado unos jóvenes economistas pro chinos.

En el club de *jazz* canta una negra gorda o una negra delgada. Hay cortinas de tela escocesa y asientos forrados de tela escocesa, y los camareros llevan chalecos de tela escocesa. Viejos y enormes trombones de *jazz*, trompetas lucientes como cobre, con su abolladura, decoran la sombra. Suena la orquesta de *jazz* o suenan viejos discos con la voz de Ella Fitzgerald, la voz de Armstrong, el coro de los espirituales, toda la

súplica y la magia de los cantos negros, la palabra gutural de una raza, el *jazz* comercial de Nueva York, con su romanticismo falso, y viejas fotografías de los primeros quintetos de Louisiana y de Harlem.

Algunas parejas bailan esa música imbailable, la gente está sentada en banquetas muy bajas tomando *whisky* y patatas fritas untadas en crema de cebolla, el humo y la sombra son una entidad rojiza e indecisa en el aire, sobre las cabezas, los bebedores se agrupan en la barra y hay hombres y mujeres sentados en la escalera que sube a la plataforma alta, donde otras parejas se besan, algunos grupos conversan y un hombre solitario, acodado en la barandilla de madera, mira para la música negra como para un río invisible que pasa delante de sus ojos llenos de cantos y embarcaciones. Por allí andaban el Bisoño y la Piñón coqueteando con chicos de mirada oscura y camisas de alto cuello. Allí estaba el húngaro, pesado y lamentable, yendo de grupo en grupo, buscando al amor de su vida para aquella noche por quinientas, seiscientas, setecientas pesetas, como mucho, si la cosa, realmente, merecía la pena. En un rincón estaba García de Quindós con su joven amigo, solitarios y silenciosos, como siempre, bebiendo. Al Bisoño se le había agudizado el perfil y la Piñón explicaba a alguien las afinidades entre el *jazz* y el flamenco, mientras tenía entre sus manos la mano del interlocutor. Paulo se había sentado con el grupo pro chino y Bruto eligió una mesa entre las varias que le ofreció el camarero nada más reconocerle. Se sentó con todos los demás en torno. Ramiro bailó con Ofelia y luego con Carmen. El Giocondo pidió su chivas y estuvo entre Bruto, Sánchez y la Martino, secretamente agradecido a la cercanía y el contacto del actor, un poco cansado de la conversación de Sánchez, identificado por palabras y miradas con la Martino.

El club de *jazz* vivía una soterrada fiebre de contratación, de contactos, de entendimientos. El alcohol había subido muchos grados en todas las cabezas. El Bisoño y la Piñón se acercaron un momento a saludar al Giocondo, dejándole tibio de sus manos, de sus alientos cercanos, de su risa descarada, desenmascarada ya a aquella hora, histérica, viciosa. El Giocondo tomaba su chivas en silencio, escuchando sin oír los solos de trompeta o la voz de colector de los negros que cantaban, un poco fascinado, inquietado por la súbita variedad de cabezas, de cuerpos, de figuras, de muchachos con patillas de palafrenero, con chaquetas entalladas y grandes corbatas. Era esa riqueza del espectáculo humano a la que la sensibilidad deslumbrada tarda un poco en acostumbrarse. El Giocondo tenía en sí, de pronto, el deseo concreto y vehemente, agudizado, angustioso. Recogía fugitivas miradas que le llegaban de la sombra con el brillo y la impiedad del reconocimiento.

TAMBIÉN VICENCORTÉS andaba por allí, liándose y desliándose al cuello la larga bufanda, conversando en corro de adolescentes, con mucho juego de sus manos de artista, las delgadas muñecas muy fuera de los puños de la camisa. Entre las miradas, el Giocondo encontró de pronto la mirada. Era Cheryl, el bello americano de Boston, aquel chico rubio, dulce e imposible.

Tiempos de Cheryl, en una piscina de hacía dos veranos, cuando se conocieron. El bello americano tenía el pelo rubio y liso, largo, mansamente peinado hacia un lado, y los ojos verdes y la nariz gatuna. El bello americano era el yanqui típico y tónico, salvo la largura del pelo, pero había en su inglés lentamente pronunciado una dulzura nueva. Cheryl, el bello americano, tenía los hombros pálidos y llevaba un bañador de flores. Se habían entendido sin palabras, con las cuatro palabras inglesas que conocía el Giocondo y las cuatro palabras españolas que conocía Cheryl, como dándose uno al otro la calderilla depreciada del idioma, y sin poder darse otra cosa, cuando tantas palabras, tanta conversación, tantas cosas tenían que decirse. Cheryl jugaba los ojos, no muy grandes, con expresividad y gracia, y fruncía la nariz para reír, y hacía de vez en cuando ese gesto ondulante de la boca, entre despectivo y ponderativo, que hacen todos los norteamericanos, hombres y mujeres, y que el Giocondo había visto mucho en las películas.

Dulce Cheryl, bello americano de largas piernas, de manos finas, ¿cómo aquel país brutal y guerrero, maquinizado y ario —se preguntaba Giocondo—, había podido manufacturar tan vidriosa y adorable criatura? Cheryl no tenía más que veintiún años y estaba en España siguiendo un curso para extranjeros. Cheryl le explicó al Giocondo como pudo que padecía de asma. Y se servían continuamente de un diccionario para entenderse.

Luego tomaron un taxi y fueron a pasear al campo. Cheryl hablaba continuamente, el Giocondo pescaba al vuelo una palabra inglesa o española. No le preocupaba el no entender a su amigo. Casi lo prefería. Hermético el sentido de las palabras, ausente para él, la conversación de Cheryl no era sino un mágico parloteo, una sucesión de inflexiones, de gestos, de sonrisas, de miradas, el irse manifestando de aquella criatura bella e inesperada. Cheryl se detenía de vez en cuando para poner un dedo en la nariz del Giocondo. Tú saber más inglés que dices, tú estar mentiroso.

Y se reía con una risa inequívoca, descubridora, donde todavía podía recogerse un resto de pureza. Cheryl vestía una camisa de grandes rayas y un pantalón blanco bordado. El Giocondo le había llevado a cenar a las tabernas típicas, a beber *whisky* en el bar de los hoteles caros, a otras piscinas más discretas. El bello americano sacaba a veces un billete de diez dólares y pretendía pagar su parte. En algunos sitios le aceptaban el billete. Fueron unos días largos de conversación continua, de paseos y encuentros, de amistad complicada con el amor.

Aunque Cheryl hablaba y hablaba, la verdad es que el lenguaje común en que se entendían estaba hecho de contactos, de miradas, de sonrisas, de valores convenidos. Y la conversación del bello americano era sólo un fondo susurrante, una materia delgada y fluida que mantenía la relación entre ambos. Una mañana, el Giocondo llegó tarde a la piscina, porque había pasado la noche en casa de Ramiro, sin acostarse, y Cheryl le recibió con una infantil gravedad que luego se fue diluyendo paulatinamente, y era una delicia para el Giocondo ver cómo la dulzura y la confianza volvían a aquel ser que empezaba a amar. Pero el Giocondo no había cómo dar el paso decisivo en aquella relación.

No encontraba la oportunidad, el lugar, y mucho menos las palabras, recluso como estaba cada uno de ellos en su propio idioma. Se limitaba a avanzar en las actitudes, esperando que todo se produjese naturalmente.

Una noche, sentados en un banco de un parque, fumando, Cheryl tuvo un ataque de asma y el Giocondo le ayudaba a mantenerse erguido, respirando, y aquello le permitía

tener casi abrazado a su amigo, y se odiaba un poco a sí mismo por no odiarse lo suficiente, pues odioso le parecía estar gozando de aquel abrazo cuando el otro se ahogaba y sujetaba su corazón con las manos. El Giocondo dio el alto a un taxi con un grito que le asustó a él mismo, y metió en el coche al bello americano.

El taxista los llevó a una clínica donde los médicos de guardia atendieron al enfermo. Nadie sabía allí inglés, ni Cheryl podía hablar gran cosa, jadeante como estaba, de modo que se limitó a mostrarles una medicina que llevaba siempre en el bolsillo, cuya etiqueta en inglés tampoco pareció entender mucho el médico de apariencia más responsable, un hombre todavía joven, bajito y con bigote, vulgar, serio y cordial.

La gran preocupación del Giocondo era que en la clínica no advirtiesen nada de la peculiar condición de ambos, y también se odió un poco por esta preocupación egoísta, que relegaba el asma de su amigo.

Al fin, Cheryl estuvo en una habitación de alto techo, vieja como toda la clínica, que tenía algo de estación ferroviaria grande y sucia, tendido en una cama con ruedas. Le habían casi desnudado y lo auscultaron. El Giocondo contemplaba aquel cuerpo que tan bien conocía ya de la piscina, viéndolo por primera vez tendido en un lecho, a una luz más prestigiadora que la violenta luz del mediodía. Tampoco pudo evitar que la curiosidad erótica fuese en él más fuerte que la ansiedad por el asma de Cheryl. Pero la verdad es que estaba penetrado de la emoción del caso y aprovechaba una hipotética ayuda al médico para tomarle a Cheryl una mano o un hombro. El bello americano se quedó desnudo en aquel lecho hospitalario, atendido por una enfermera rubia y discreta, viviendo la angustia de su enfermedad, la velocidad de sus pulmones, acosados por un viento oscuro. Con sólo una lucecita en la mesilla de noche, y el Giocondo se fue a pasear por las calles sin nadie, en la noche de verano, que tenía un vago e imposible aliento marino.

El Giocondo configuraba mentalmente la persona y la voz de su amigo, le recordaba desnudo en la cama de la clínica, repasaba la breve historia de aquella amistad y se decía a sí mismo que estaba viviendo un gran amor.

El Giocondo iba a la clínica a ver al americano, todos los días, por la mañana o por la tarde, a veces por la mañana y también por la tarde.

Cheryl estaba casi sentado en el lecho, que era uno de esos lechos de hospital que se doblan hacia arriba, y tenía muchas almohadas bajo su espalda y su cabeza. Le habían puesto un pijama de la clínica y al entrar el Giocondo se pasaba una mano de enfermo por el pelo rubio y dócil. A su lado, en la mesa portátil, estaban los restos del desayuno, el diccionario de inglés-español, unos sobres de correspondencia por avión y unas medicinas. El Giocondo iba y venía por la habitación, hasta que se decidía a sentarse en el borde de la cama, muy cerca de Cheryl. Tomaba como distraídamente una mano del enfermo, y cuando las miradas de ambos estaban penetradas una de la otra, el Giocondo veía como ridículas todas sus precauciones en una relación que estaba bien clara.

Cheryl hablaba poco al principio de la visita, pero luego volvía a recobrar su ritmo normal de parloteo, sus burlas al español del Giocondo, que debía de sonarle muy duro, muy varonil, y este atractivo del idioma, en el que el Giocondo nunca había reparado, le llenaba de orgullo o, más bien, de seguridad. Cheryl recurría continuamente al diccionario, o escribía palabras en un papel, con su escritura zurda, inverosímil, que hacía avanzar del revés la caligrafía.

—¿Todos los americanos sois zurdos? —preguntaba el Giocondo.

Pero Cheryl le miraba con un punto de incompreensión, como molesto de que un país que era el suyo, el primero del mundo, el más avanzado en todo, pudiera resultar exótico y raro a un español. «Se escribe con la mano izquierda», parecía decirle su mirada al Giocondo. Pero aquellos ojos verdes, gatunos, se endulzaban pronto con una emanación que les subía desde la sonrisa.

Cheryl, el bello americano de Boston (Massachusetts), estaba un poco mejor.

Algunos días, el Giocondo llegaba a la clínica a la hora del almuerzo y, cuando la camarera le dejaba solo con el enfermo, le iba dando la comida a Cheryl, cucharada a cucharada, a la boca, porque los brazos cansados del americano siguieran reposando sobre la colcha. El recuerdo de aquella paciente ternura que por una sola vez en su vida le había inspirado un ser, era para el Giocondo el amor mismo. Sentado junto al lecho del enfermo, procuraba no rozarle siquiera para que todo fuese más limpio, más puro, amor solo, amor imposible, amor que renuncia a sí mismo. Nada más que su mano, secretamente insegura, llevando la cuchara del plato a la boca del enfermo. Una y otra vez. Nada más aquella cabeza rubia, fina, insinuando un desvanecimiento sobre la almohada, tenuemente girada hacia delante, con un leve esfuerzo del cuello, a cada cucharada. Cheryl cerraba los ojos al abrir la boca, estiraba imperceptiblemente la punta de su nariz y tenía algo de niño comulgante. El gesto se repetía veinte, treinta veces con cada plato, y cada vez lo veía el Giocondo como un milagro, como la instantánea única e irrepetible de lo bello y lo fugaz.

Niño Cheryl, todo de pecosa harina americana, con la piel un poco febril y los ojos de un verde lagarto. Ahora, Cheryl, el bello americano, está aquí, le habla, le saluda, se ha acercado, no alude para nada, en su conversación torpe, en su español que sigue siendo de rudimentos, a aquellos días de la clínica, a aquel idilio corto, puro y convaleciente.

El Giocondo lucha por hacerse con la realidad del encuentro, que se le evade, y le dice a Cheryl cosas maquinales, y luego ve cómo el bello americano se va con un grupo de compatriotas en el que hay algún español moreno que al Giocondo, sin saber por qué, le llena de celos y de sospechas. El Giocondo tiene la certidumbre de haber amado una vez en su vida, de amar todavía, quizás, y esto le conforta con la comprobación de que ha tocado la clave misma de la vida, de que hay una razón última entre la difusa e inútil biología del existir. Conserva y cultiva dentro de sí ese amor como el documento sentimental y probatorio de que la vida no es sólo casualidad, divagación, contingencia. Por otra parte, ese sentimiento ennoblece su pecado, su vicio y su persona, le certifica que no todo es desviación del cuerpo, hociquear del instinto, sino que la flor o el diamante, la flor-diamante de toda la psique, el amor, existe, no es una utopía, y existe también entre las hambres inconfesables de otra raza sexual, y él participa de esa verdad. El amor, sentimiento universal y puro, asexual —qué paradoja, como le explicaba una vez Paulo, que el amor sea un sentimiento asexual— redime por emanación todas las crueles exigencias de su cuerpo y le pone en contacto y comunidad con el resto de la humanidad y del universo. Poco importa cuál sea su mecánica erótica. Sólo importa la verdad hermosa y enceguedora de que existe una hermandad, una comunión del ser humano en el amor, y que él participa de todo eso. No es, por tanto, alguien aparte, un intruso, un polizón del sexo, un monstruo, sino un corazón más integrado como un rubí en la inmensa relojería del amor. Todo esto lo razona el Giocondo vagamente, a veces en voz alta, con la ayuda dialéctica de Paulo. Y todo le ha vuelto ahora, de golpe, con el encuentro inesperado de Cheryl, que está otra vez en España, según le ha explicado, para perfeccionar el poco castellano que aprendió en aquel curso veraniego. ¿No será el amor lo que le ha hecho volver? ¿O quizás algo peor? Y toda la raza española, raza de hombres morenos, irónicos y violentos, es de pronto para el Giocondo algo odiado y odioso, la selva sexual, oscura, que tiene preso en sus lianas al bello americano, al extranjero rubio, a su Cheryl imposible. Qué alivio cuando alguien dijo que se iban otra vez a la calle, y el Giocondo tomó su abrigo del guardarropa, y el club de *jazz* apagaba su música y sus luces, y salieron en grupo, como habían entrado, entre negros silenciosos y *primula* locuaces. El Giocondo, sin ponerse el abrigo, caminaba un poco separado del grupo, penetrado de la intensidad de su amor recrudecido, que era como una desesperación tranquila. La

madrugada le traía algo puro y fustigante que le dio en la cara y le estremeció el pecho. Eran las cuatro de la mañana. Tenemos que darnos prisa para coger el cierre de Bus, decía Bruto.

Y salieron en coche hacia Bus.

—Hoy echamos el cierre a todo Madrid —decía Paulo, que venía enigmático y reconfortado de su conversación con los jóvenes economistas pro chinos.

Había noches en que el grupo se dedicaba a lo que ellos llamaban «echar el cierre». Iban de un sitio a otro siguiendo el horario de cierre de los distintos establecimientos y consumían los últimos minutos, la última copa, la última música de cada club. Aquella era una noche de «cierres». Poco más tarde llegaban a la puerta de Bus. Bajaron uno detrás de otro la estrecha escalera del club. Bruto iba abriendo marcha, como siempre, con el pelo revuelto, la voz cargada de alcohol y la sonrisa ya un poco acartonada. La Martino se detenía en cada espejo a recogerse un rizo, a corregir la pintura de sus ojos, los deterioros de la madrugada, y su belleza envejecía de un club a otro.

Ramiro, borracho y alegre, discutía con los porteros, con los serenos, abrazaba a las viejas floristas, explicaba a los camareros quién era él, el famoso reportero. Parecía un calavera de provincias. Carmen, sigilosa, se había puesto sus gafas de miope e iba conspirando de unos en otros, decididamente fea a aquella hora, desasida de todos los convencionalismos del día, que la hacían una mujer guapa con reservas.

Ofelia se había cogido del brazo de Sánchez. Ofelia empezaba a ser un poco niña asustada y con sueño; tenía que dar un respingo de vez en cuando para ponerse otra vez en mujer golfa, en chica libre que va para famosa. Sánchez, olvidado de ella, buscaba ya directamente, con los ojos, una *lison*, y todavía hacía chistes de retrete. Paulo y el Giocondo iban ahora juntos, pero sin hablarse. El Giocondo pensaba en su americano, con la esperanza, quizá, de volver a encontrárselo en la resaca de la madrugada. Y Paulo, lleno de ginebra, apelaba al mutismo y el envaramiento para no derrumbarse totalmente. La sola concesión de una sonrisa le habría hecho flojear como un traje vacío. En Bus se bailaba la violenta música eléctrica de los grandes conjuntos ingleses.

Entre la conmoción musical del club, bajo las ráfagas de luz y ritmo, en uno de los palcos acolchados y decorados como automóviles del año catorce, el Giocondo tuvo su segundo gran encuentro de aquella noche: la Marquesa.

AQUEL BARRIO ELEGANTE, una juventud al día, los clubs y los *drugstores*, las *boutiques*, sitios decadentes por donde el Giocondo paseaba algunas tardes, solitario, como uno más de aquellos muchachos de pelo apaisado y grandes gafas de sol. Buscaba rostros, figuras, el chico delgado, adolescente, recién iniciado en la libertad, la variedad de los cuerpos, la sorpresa de la ropa, los colores, y esa delgada frontera intersexual en que se mueve toda una juventud, actitudes lánguidas, momentos casi femeninos, posturas, la contorsión dulce del baile, el suave fragor de la gente nueva, su aroma caro de jabón de baño, tabaco rubio y colonia inglesa.

Los grabados retrospectivos, los *affiches* de Sarah Bernhardt, los *posters* de Che Guevara, las faldas para bailar el charlestón, los minisuéteres que les hacían a ellos, a todos ellos, un poco encogidos, un poco escurridos, graciosamente vestidos con el jersey de su hermano pequeño, por economía casera, cuando tan cara salía toda aquella extravagancia. Las grandes bocinas antiguas, las macrofotografías de Marlon Brando, de Allen Ginsberg, de Jean Harlow. Lo último, lo *in*, lo irónicamente retrospectivo.

El Giocondo paseaba entre flores y discos, entre pantalones acampanados y batidos de fresa, entre descapotables y escaparates, buscando en el vago pansexualismo de la juventud última al muchacho propicio e imparable.

Bus es como un enorme garaje suntuario, con palcos de sombra y una multitud hirviente en el corazón de la música. Hay cortinas que se corren y descorren, camareros presurosos, mujeres rubias, grupos de extranjeros, negros que bajan bailando desde la barra del bar a la pista, gente que entra quitándose el abrigo, un friso de cabezas en la penumbra, largos besos junto a las columnas de espejos, monedas de *whisky* en el fondo de los vasos. El grupo se había sentado en un palco.

Ramiro salió a bailar con Ofelia. Ramiro ponía más alegría. Que oficio en el juego de sus piernas y sus brazos. Ofelia bailaba bien (todas las mujeres bailan bien), pero con desgana. Sánchez bailó con Carmen. Sánchez apenas bailaba, sino que estaba pendiente, alta la cabeza, de la gente conocida, de los saludos, de las sonrisas. Carmen, olvidada de su amigo, desataba en el baile habilidades y lujurias de mujer hambrienta y solitaria. Paulo y la Martino salieron a la pista, más que a bailar, a hacerse confidencias. Ella le contaba una vez más sus fracasos, sus tristezas, sus soledades: «estoy cansada de trabajar, en este país nunca llega una a nada, te cubren de gloria cuando eres vieja, no hay quien sepa una palabra del oficio, los críticos son unos pedantes con hambre, el público va al teatro como a los toros o al fútbol, porque hay que ir a los sitios, los empresarios tienen mentalidad de almacenista de coloniales», y Paulo la escuchaba sonriente, como siempre, aun con todo el esfuerzo y el peligro que suponía para él una sonrisa a aquella hora y en aquel estado. Bruto y el Giocondo se quedaron en el palco bebiendo *whisky*. El Giocondo temblaba sin temblor pensando en que quizás aquella noche, seguramente aquella noche... Bruto le revolvía el pelo de vez en cuando y le sonreía con cierta complicidad, esto es una noche de mierda, Gío, tenemos que hacer algo, ya está bien de trasegar, aligérate un plajo y a ver cómo coños nos uparíamos, hay que hacer alguna locura, ¿no se te ocurre ninguna locura, Gío?, y le guiñaba un ojo con la malicia que suponía pedirle aquella clase de información, desde su experiencia, al casi virginal muchacho. Bruto y Gío, en aquella especie de automóvil antiguo y desguazado, eran una pareja contrastante, oscura la tez del actor junto al rostro blanco del muchacho.

Los que se habían ido por parejas, fueron regresando en grupo y otra vez estuvo el clan reunido, entremezclado, barajado, en aquel palco rojo y negro, y Ramiro besaba a Ofelia y todos sabían ya que ambos acabarían la noche juntos y el Giocondo cerró un momento los ojos para ver o para no ver el cuerpo desnudo de Ramiro, sus formas delgadas de zagal impuro.

A la Marquesa la había conocido en Lawrence, una noche. Ella le llamó en seguida a

su grupo y le preguntó cosas, le ofreció un cigarrillo, le hizo observar luego la rareza de su encendedor de oro, habló del chófer, que estaba a la puerta, con el coche, y de que aquella tarde había habido una recepción en Liria. La Marquesa tenía una cabeza miguelangelesca, tanto porque recordaba a las obras de Miguel Ángel como porque, al mismo tiempo, recordaba al propio Miguel Ángel. La Marquesa llevaba una melena corta y densa, gris de canas nobiliarias, con una fina cinta de terciopelo que tenía algo de diadema. La Marquesa tenía la frente inteligente, los ojos atroces, los pómulos triangulares, la boca fuerte, las manos de abadesa mundana. Se ponía y se quitaba unas gafas de sol oblicuas, fumaba dando más importancia a sus manos que al cigarrillo, más importancia a su boca que al humo, más importancia a la ceniza que al tabaco.

El Giocondo se llenó del perfume denso de aquella mujer, que hablaba muy bajo y reía muy fuerte. «Sólo soy mi cabeza con canas y el riñón que me falta», decía la Marquesa, recordando, quizá, la frase de un escritor famoso. Niña de hambre en la posguerra lejana, novia adúltera, señora bien, esposa separada, la Marquesa de no se sabía qué apócrifo marquesado había sido amante de toreros, macarras, hombres públicos, intelectuales de izquierdas, intelectuales de derechas, marchantes de arte y pederastas con veleidades. Tenía toda la distinción golfa de su clase y de su vida, y esta distinción se veía mejor que nada en su manera de fumar, en su manera de beber, o, más bien, en su manera de pedir de fumar y de beber. Al Giocondo le inspiraba cierta seguridad y cierto miedo aquella mujer devoradora que, sin duda, iba a apropiarse de él. Encontraba en ella toda la satisfacción de ser mimado, esa verdad profunda de que sentirse querido es una fuerza más decisiva que sentirse fuerte. Pero él hubiera deseado que su relación con la Marquesa no pasase de las noches en Lawrence o en una fiesta, de ciertas escapadas a Ibiza, de compartir la manicura y el masajista, de emborracharse juntos y jugar al póquer en el apartamento de ella. Le gustaba salir con aquella mujer, se sentía difusamente admirado por los demás y por ella misma, dentro de los círculos concéntricos de estas dos admiraciones, arropado y seguro. Mas temía el momento de quedarse a solas con la mujer donjuán que atrae al hombre hacia sí como en un sacrificio y es toda exigencia y urgencia, y le deshace a uno la corbata con un solo movimiento de los dedos, como que se ha pasado la vida deshaciendo nudos de corbata.

Iban en el coche de ella —el chófer se llamaba Antonio— a los restaurantes de las afueras, a los flamencos nocturnos, al bar de los hoteles de lujo, a las exposiciones. En el apartamento de la Marquesa había muebles isabelinos, libros encuadernados en piel, discos de flamenco y un clima perfumado y reblandecido de piso de mujer sola. Cualquier diván podía cobrar extensiones de lecho cuando ella se echaba a fumar o a conversar. Durante una temporada, el Giocondo bebió mucho el *whisky* de la Marquesa, fumó su tabaco, gastó su dinero, y fue casi «el señor» para Antonio, el chófer; para José Luis, el criado; para las doncellas, para el portero. Empezaban la tarde bebiendo *whisky* y llegaban al día siguiente, tras un periplo de cócteles, bailes, exposiciones, conciertos, restaurantes, reventados de alcohol, cada uno en un lecho del apartamento, despierto él y con los ojos perdidos en el techo, dormida ella, con su único riñón hinchado, vieja, con las medias arrugadas y el escote rojo.

El *whisky* era la única coartada del Giocondo para evitar cada noche la seducción de su amiga. Al día siguiente, ella se pondría una inyección de morfina por la mañana y otra a media tarde.

Se había acercado al palco un muchacho muy joven, niño de suburbio vestido a la última moda de los grandes almacenes. Venía a saludar a Bruto, que le hizo sentar a su lado, entre el Giocondo y él. Hablaban de alguna noche, no se sabía si lejana o reciente, en que se habían conocido y, al parecer, se habían divertido mucho. El pequeño menestral presuntuoso, el hortera disfrazado, olía a la misma colonia que

Bruto, según pudo comprobar el Giocondo. Quizás había aprendido del actor a elegir sus perfumes, o quizás el propio Bruto le había regalado un frasco. El chico decía frases de ida y vuelta, cosas de su barrio, identificaba en voz alta cada nuevo disco —título y cantante— en cuanto empezaba a sonar, trataba a Bruto con una mezcla de insolencia y confianza, y parecía ignorar a todos los demás.

—¿Qué vas a tomar? —le había preguntado Bruto.

—*Whisky*.

—¿Qué *whisky*?

—Del que tomas tú.

Era una identificación con los gustos de Bruto y, al mismo tiempo, una descarada manera de ponerse a su altura, de proclamarse igual a él. El Giocondo los observaba en silencio, de perfil, y los otros cruzaban diálogos cortos, pendientes, a su pesar, de la conversación cretina del chaval.

Bruto le deshacía el peinado, con aquel ademán tan suyo, le palmeaba un muslo, golfo, que eres un pequeño golfo, le encendía el cigarrillo y estaba entre paternal y violento con su joven amigo, de quien el Giocondo empezaba a sentir unos vagos celos que le avergonzaban un poco, por cuanto el tipo era de una vulgaridad con la que no cabía medirse. Luego se acercaron otros dos chicos del mismo aire que el primero, con sus camisas verdes y sus chaquetas marrones, entalladas. Uno de ellos era hermano del amigo de Bruto, y venía a buscarle.

—Que nos vamos a casa.

—A éste lo llevo yo —intervino Bruto.

—Tiene que venirse con nosotros.

—De eso, nada.

—Venga, Tedy, vente.

—Que me tengo que largar, oye.

—Tú te estás aquí conmigo y te esperas a que yo te lleve a casa.

—Vamos a coger un taxi.

—Yo tengo el coche ahí fuera.

—Que deje usted en paz a mi hermano.

—Largaos vosotros. Tedy se queda conmigo, ¿eh, Tedy?

Tedy no sabía qué hacer. Estaba indeciso. Le halagaba la insistencia de Bruto, pero quizá temía el después, y también el presentarse en casa a media mañana.

—Si es que tengo que irme, oye.

Apenas tenía voz. Bruto se nublaba de alcohol y humillación. Él era alguien y aquel mierda de golfillo se le resistía. Se acercó un camarero discretamente.

—Perdón, señor.

—¿Es que ocurre algo?

—Nada, señor, pero...

—No me llame usted señor, por Dios. Llámeme hijo de algo. Pero no me llame señor. Yo no soy un señor.

Bruto estaba borracho. Todo el alcohol contenido le atacaba de golpe.

—Vamos, Tedy —insistía el otro chico, aprovechando la presencia del camarero.

—He dicho que se queda.

—Eso será lo que yo quiera. —Tedy también se había crecido con la llegada del camarero.

—Tú eres un mierda, un chulillo, y yo soy alguien en este país. Y en el extranjero. Yo soy alguien, ¿comprendes? Y tú no me haces a mí esto porque te parto la cara ahora mismo.

Hubo un silencio.

—Venga, Bruto, no seas así.

—Soy como me da la gana.

—Si es que tenemos que irnos, hombre.

—No tenías tanta prisa la otra noche.

Pero Tedy no se ruborizó por el recuerdo de la noche de su entrega.

—Déjame ya en paz con la otra noche.

Bruto le sujetó violentamente por un brazo. El camarero se había retirado a un segundo término y vigilaba a distancia. Los otros dos chicos retrocedieron. Por otra parte, no había que llevarle la contraria al capitán. Al fin y al cabo, él era quien iba a pagar la cuenta del *whisky*.

—Pues vámonos ya —dijo Tedy, encontrando una solución intermedia.

—Cuando yo diga.

—Luego mi padre me las da todas a mí. No a ti.

—Id saliendo vosotros. Ahora vamos éste y yo —dijo Bruto a los otros dos. Y empezó a buscarse billetes por los bolsillos. Pero no salía nada. Bruto llamó al camarero.

—Señor...

—Ahora es cuando debía usted estar aquí. Y no cuando nadie le ha llamado. La cuenta.

El camarero sacó la cuenta como de la manga de su chaquetilla. Bruto le pidió un bolígrafo y la firmó.

—No se admiten firmas, señor.

—La mía sí.

—Perdón...

Pero Bruto se había puesto en pie, arrastrando consigo a Tedy. El camarero se apartó para dejarlos pasar. Bruto se despidió del grupo con un gesto vago. Besó la mano de Carmen, que era algo así como la más señora de las tres mujeres, quizá queriendo borrar puerilmente con aquella caballerosidad el espectáculo que les había dado. Salió llevándose a Tedy cogido de un brazo.

El camarero retiraba la cuenta en una bandeja plateada. Era una factura por el *whisky* de todos. Los otros dos chicos también se habían ido. Paulo se quitaba y se ponía sus extemporáneas gafas de sol. Carmen y la Martino estaban en silencio, humilladas. Ramiro trataba de besar a Ofelia, como dándolo todo por olvidado, pero ella le rechazaba, pensativa. Sánchez y el Giocondo guardaban silencio. Se había ido el capitán del grupo, el hombre que tenía el coche y el dinero, y las iniciativas, por tanto. Se quedaban un poco desarbolados, con la madrugada por delante, perdidos en su propia inercia. Los últimos disparos de la música iban matando las luces. Fue cuando llegó la Marquesa.

RAMIRO HABÍA LLEVADO una vez al Giocondo a casa de Roberto, el chico prodigio del cine nacional, el adolescente con millones de *fans*, un *prímula* andaluz, casi pelirrojo, pecoso, jovencísimo, con mofletitos de niño de las monjas y manos de criadita redicha. Pero Roberto fotografiaba muy bien y era convencionalmente simpático. Roberto, una creación publicitaria a gran escala, estaba dando millones a su productora. Ramiro, siempre que le faltaba tema para sus crónicas, iba a entrevistar a Roberto.

La casa del joven actor estaba llena de espejos, flores, hornacinas. Había muchos objetos dorados, como si alguien le hubiese pasado una indiscriminadora mano de purpurina a toda la casa, de modo que eran ya de oro los cisnes de porcelana, los *clochards* de París y el cable del teléfono.

Estuvieron en la terraza, una terraza pompiere y rococó, con divanes de piedra pintada, jaulas de oro sin pájaro y plantas tropicales. Roberto se revolvía mucho el pelo con una de sus manecitas, como un niño que acaba de levantarse de la siesta y todavía tiene sueño. Roberto vestía una camisa de flores muy ceñida, un pantalón acampanado y unas finas botas negras. Reía pícaramente, se abrazaba a sí mismo dentro de la camisa de flores, hablaba con una ingenuidad deliberada, con un infantilismo falso, pero muy bien imitado. Roberto era un *prímula* para privilegiados.

El dormitorio del actor era una habitación pequeña, decorada en blanco, con un arcaico teléfono dorado y negro y algún cuadro en la pared.

Roberto ponía de vez en cuando una mano en el brazo del Giocondo para mostrarle alguna cosa. El Giocondo había salido de aquella casa lleno de deseo y de indignación por la estupidez y el *sexy* de Roberto. Ramiro se reía en el ascensor de bajada, se ha quedado contigo, macho, te juro que se ha quedado contigo.

Algunas noches, la Marquesa y el Giocondo decidían no salir, quedarse en casa. Bueno, realmente lo decidía ella. Entonces, aquella mujer fumaba y bebía, bebía y fumaba, llamaba mucho al criado o a la doncella, para pedirles esto o lo otro, hielo para el *whisky* o cerillas para los cigarrillos. Llamaba a los criados, en realidad, para hacerse llamar «señora» muchas veces delante del Giocondo. Se tiraba del borde de su suéter rojo para marcar los senos o ponía los pies desnudos sobre la mesita de cristal.

—Hace tres días que no me pincho, Gío.

El Giocondo hacía un gesto de no creérselo y de no importarle demasiado, por otra parte, que la Marquesa se pusiese la morfina o no se la pusiese.

—Allá tú. Lo que no quiero es verte luego incapaz de encender un cigarrillo. No es agradable, ¿sabes?

El Giocondo jugaba al cinismo con la Marquesa. Había observado cómo ella trataba de ocultar el temblor de sus manos, de su boca, cuando la morfina la ponía borrosa y era una enorme mujer destroncada. Había un momento en que ella, después de fingir toda la noche, sentía la necesidad de delatarse, como el criminal a quien no acaban de descubrir, y mostraba sus manos extendidas tal como el asesino mostrando las manos teñidas de sangre, entintadas de crimen.

—¡Mira, mira cómo me tiemblan! ¡Tres días seguidos pinchándome!

Y había que llevarla a una clínica de desintoxicación, adonde el Giocondo la visitaba llevado y traído por Antonio en el coche de la señora.

Antonio era moreno y hermético, con un bigotillo militar, silencioso, y el Giocondo sabía que aquel hombre le odiaba. Quizás aspirara a ser él el amante de la Marquesa. Quizás estuviera harto de servilismo. En todo caso, el Giocondo podía advertir ese odio en la manera que tenía Antonio de cerrarle la puerta del automóvil, que es una cosa en la que se nota mucho el odio ¹ de los criados. Y lo advertía, sobre todo, en la forma de tomar las curvas, cuando iban los dos solos dentro del coche, de una manera suicida. ¿Será que él piensa tirarse en marcha y dejar que yo me descrisme?, pensaba el Giocondo. Y se ponía a leer una revista francesa, en el fondo del enorme automóvil,

para no tener que dialogar en ningún momento con aquel tipo a través del espejo retrovisor. La Marquesa, por el contrario, se complacía en pedirle a Antonio los caprichos más inverosímiles —«Hoy vamos a tirar por General Mola, Antonio; me aburre pasar todos los días por Velázquez»; «Como guste la señora»—, del mismo modo que el domador se complace en hostigar más y más al león o a la pantera delante del público, seguro de su dominio de la fiera y quizás exagerándolo un poco o descubriendo, en su alarde, que la fiera no encierra ningún peligro.

—Ya va el marica ése a dejarse querer por la señora —les decía Antonio al portero y al *vale*.

El Giocondo intuía estas cosas.

—Antonio no me quiere mucho, ¿verdad?

—Pues parece que no —sonreía ella, contenta de tener aquellos cortesanos que hacían discriminaciones entre la señora y los amigos de la señora.

—¿Por qué no le despides?

—Se porta muy bien con los niños. Los quiere mucho.

Los niños de la Marquesa eran un argumento en el que nunca se pensaba, por lo invisibles y lejanos que estos niños eran, pero ella hacía valer este argumento maternal en el momento preciso. Y parecía decir, sin decirlo: «Claro, como a ti no te importan nada mis hijos. Pero yo soy madre por encima de todo.»

Así habían ido las cosas durante algún tiempo entre aquel muchacho efébico y andrógino, davídico y donatílico, llamado el Giocondo, y aquella mujer madura y miguelangelesca llamada por sus íntimos, con respeto y escarnio, la Marquesa.

En aquel salón con discos y libros, con candelabros y un televisor que lo plebeyizaba todo un poco, pasaban algunas noches. Se comprendía en seguida que la Marquesa, al margen de los libros y los discos, con lo que se divertía realmente, en cuanto se quedaba sola, era con el televisor, como la mujer de Mariano, el portero. Y eso estaba claro en la manera que tenía de advertirle a José Luis, el criado: «José Luis, ¿ha visto usted que hace rayas el televisor? ¿Podrá usted arreglarlo o llamamos a la tienda?» Luego, como coartada para no levantar sospechas sobre su afición a los telefilmes, volvía a su justificación de siempre:

—Es por los niños, ¿sabes? Aunque no me gusta que se embrutezcan demasiado viendo tele. Además, no me estudian nada.

El Giocondo se sentía arropado en la admiración o el amor de aquella mujer, y entonces hablaba más que de costumbre, contaba cosas de sus noches con Bruto, le descubría a su amiga lugares de reunión de los de su raza que ella desconocía y a los que, morbosamente, deseaba que él la llevase al día siguiente.

—Hoy ya es tarde, pero mañana me llevas.

Al fondo estaba el miedo, la angustia de que de aquella noche no pasase y la Marquesa le encerrase con ella en su dormitorio, en su cama con dosel.

No le apetecía nada cumplir con aquella mujer voraz y, sobre todo, estaba muy poco seguro de poder cumplir. Temía la burla y el desprecio de ella. Temía que se acabase aquel trato de *confort* e intimidad.

La Marquesa le daba seguridad moral y un cierto prestigio social (al menos así le parecía a él) como hombre elegante y, sobre todo, como hombre.

O bien se ponían a imaginar el próximo viaje a Ibiza, las cosas que iban a hacer, y siempre había por medio, confusamente, otro hombre, porque, mientras el Giocondo se decidía a cumplir, ella se iba remediando de unos amantes en otros, aunque no quería perder al muchacho.

José Luis era rubio y discreto, irónico y silencioso. José Luis, el criado de la Marquesa, era un *prímula* que llevaba varios años al servicio de ella, desde los tiempos en que «la señora» aún vivía con su marido. José Luis, cuando se rompió aquel matrimonio, hubo de decidirse, naturalmente, por aquella mujer de la raza de los malditos, como él.

La Marquesa y su criado formaban un eje que había resistido muchos embates, muchas complicaciones. Se soportaban y se ayudaban uno al otro. «¿Hasta qué punto ha contribuido este tipo a envilecerla?», se preguntaba a veces el Giocondo. José Luis era correcto, decía muchas veces «la señora» y al Giocondo le llamaba «el señor».

—¿Sabes lo que me ha dicho José Luis? Qué eres el amante más presentable que he tenido.

—¿Presentable?

—Sí, lo dice en el buen sentido. Es muy respetuoso.

El Giocondo sospechaba a veces, viendo hablar a su amiga con el criado, cuando con la mirada se decían mucho más que con las palabras, que ellos, en la intimidad, se tutearían. Lo cierto era que no se tuteaban, pero hacían del distanciamiento social una especie de burla. Se lo decían todo sin apearse el «usted».

—¿Te has acostado alguna vez con José Luis?

—No burrees, querido. ¿Vas a tener celos de un criado?

José Luis lavaba la cabeza a su señora y se la secaba con el secador. José Luis tenía la eficiencia doméstica de todos los *prímula*. Durante aquellos lavados y secados, en el baño, se hacían sus mejores confidencias.

—¿Qué opina usted del señor, José Luis?

—Eso tendría que decírmelo a mí la señora.

—José Luis, un respeto.

Y reían sobre el zumbido del secador.

—¿Todavía no se ha decidido?

—No.

—Tiene mucha paciencia la señora.

—Él puede ser muy importante en mi vida. Y espero cambiarle, ¿sabe?

—¿Cambiarle?

—No se imagina usted lo que es para una mujer conseguir eso. Un triunfo así. Casi una redención. Tengo que hacerle hombre.

—Ninguno se ha vuelto nunca para atrás, señora.

—Lo sabe por experiencia, ¿verdad?

Y quedaban en silencio envueltos en el rumor de avión del secador. Ella estaba desnuda frente al espejo, con una toalla en torno de su cuerpo, sujeta sobre el pecho. José Luis se había quitado la guerrera para mejor hacer su trabajo en mangas de camisa. José Luis había encontrado en aquella casa comprensión, comodidad, trabajo para una hermana suya, una ocupación para el alcahuete que llevaba dentro sin saberlo y muchas cosas más. José Luis se limitaba a robar discretamente a la señora, a ponerse las braguitas malva de la señora en sus noches de salida y a subir a un camarero *prímula* al piso en las noches de salida de la señora. A veces, la Marquesa y el Giocondo coincidían en un club equívoco con José Luis.

—Mira a José Luis. Está en la barra.

José Luis alternaba en la barra con unos *prímula* siniestros. Llevaba el pelo cardado y una chaqueta de cuadros. Era otro.

—Es una vergüenza esto de tener que alternar con tu criado —decía el Giocondo, repentinamente heráldico.

—Deja. Que no nos vea. Se va a poner muy apurado si sabe que estoy aquí.

Pero estaba deseando que la viese para establecer la complicidad con aquel hombre que era su único y verdadero confidente.

—Tengo curiosidad por saber si debajo del pantalón lleva algo mío.

—Vámonos a otro sitio —decía el Giocondo, un poco asqueado.

Pero más que repugnancia moral, lo que sentía el muchacho era una especie de celos por aquella complicidad de la que él quedaba excluido. Ya no podía decirse a sí mismo que aquella mujer le había entregado su secreto sin reservas. Ya no se sentía arropado

por la entrega total de ella, tan innecesaria para él, pero tan confortadora a pesar de todo, siquiera sólo fuese psicológicamente. No. La Marquesa se reservaba una recámara, un doble fondo de su personalidad al que sólo se asomaba el criado. El Giocondo odiaba a José Luis por aquello, aun cuando fuese uno de su raza. Odiaba al usurpador. Y lo odiaba tanto más cuanto que era uno de los suyos por raza y por condición social (el Giocondo no podía evitar el sentirse más cerca socialmente, por origen, de los criados que de las marquesas, aun cuando realmente estuviese intermedio de unos y otras). En cuanto a José Luis, no manifestaba hacia el Giocondo sino una cortés indiferencia, y su servicio al muchacho era impecable: el chivas a tiempo, con el hielo justo; el baño a tiempo, con el agua en su punto; el abrigo a tiempo, al momento de salir. Verdaderamente, José Luis estaba en todo.

Tal aquel día que discutieron en la alcoba, y ella quería que cumpliera, y estaba sobre la cama, bajo el dosel, casi a cuatro manos, como una pantera, y el Giocondo se abrochaba su chaleco minuciosamente, y ella le tiró algo a la cabeza, quizás un cenicero, y, entre las voces y los ruidos, el Giocondo podía oír, al otro lado de la puerta, los pasos de José Luis, su abrir y cerrar armarios, como advirtiéndole que estaba allí, dispuesto a entrar en cualquier momento, a intervenir en defensa de su dueña. Cuando el Giocondo abrió la puerta, de pronto, José Luis desaparecía tras una puerta de servicio.

—¿Por qué no vienes nunca a mi apartamento? —le pedía a veces a ella—. Me obligas siempre a jugar en campo contrario.

A la Marquesa le divertía el símil futbolístico.

—Mira, yo, para ciertas cosas, necesito mi baño a mano, mi *whisky* a mano... Tendríamos que llevarnos a José Luis.

El Giocondo no insistía demasiado, porque tampoco estaba seguro de que en su apartamento le apeteciese cumplir más de lo que le apetecía en casa de ella.

Densas tardes en aquel apartamento de lujo de la Marquesa, largas noches bebiendo y conversando, cuando ella le contaba historias nobiliarias de la familia, como si fuese su tía soltera, mareados ambos de alcohol y de conversación, mientras el Giocondo pensaba en Cheryl, o en Bruto, o en cualquier cosa, y la voz de ella se hacía más íntima, más sincera, bajo el girar interminable de un *long-play* en su órbita de música y sueño.

AHORA LA MARQUESA estaba allí, decía que la habían llevado unos franceses de la OAS, que se había traído también a unos cosecheros andaluces, y vestía un traje anaranjado, con una sola hombrera, parecía una vampiresa de los años cuarenta, se rozó la mejilla con las otras mujeres, dejando un beso en el aire, he visto lo de Bruto desde la barra, no he querido acercarme hasta que se hubiera ido él, debía de estar tremendo, ¿no?, en estos casos se pone muy grosero, burrea mucho, prefiero a Bruto sereno, y se besó también con Ramiro, que puso en el beso verdadero deseo, y con Paulo, que ladeaba la cara para recibir el beso, como ofreciendo su despegada oreja para recibir una confidencia, y con Sánchez, que exageraba su amistad con ella, y con el Giocondo, que realmente era el único motivo de que ella se hubiese acercado a la mesa. «Os invito a un flamenco, tengo reservada mesa en un flamenco y todavía no he caído por allí.»

—Pero estarán a punto de cerrar.

—Ya. Es que a estos señoritos andaluces la verdad es que no les interesa nada el flamenco.

—Es natural. Vendrán a Madrid a ver otra cosa. *Strip-tease*, por ejemplo.

—Pues están arreglados.

—En Madrid no hay de eso.

—Como no se lo haga yo el *strip-tease*... —decía la Marquesa.

Se sentó junto al Giocondo. Olía a *whisky*. Estaba violentamente lúcida, como la ponía a ella el alcohol.

—Contadme lo de Bruto. ¿Cómo ha sido? ¿Adónde se ha llevado a ese pequeño hortera?

—Te lo puedes imaginar.

Era el último ritmo apoteósico de la noche. Bus estaba a punto de cerrar. La Marquesa y el Giocondo lo bailaron entre negros dormidos y meretrices de provincias. La Martino, su sonrisa llena de infinito cansancio en el oleaje de los cuerpos. Carmen y Ofelia se habían quedado en la mesa escuchando una historia sobre los amores de Geraldine Chaplin, que les conataba Sánchez.

—Vente conmigo al flamenco —le decía la Marquesa al Giocondo.

—Vamos a echar el cierre.

—No importa. Cantarán para mí. Bueno, para nosotros.

—Tengo que quedarme con éstos.

—Que se vengán todos.

—No sé si van a querer.

La Marquesa fue a besarse por última vez con los franceses de la OAS y con los cosecheros andaluces. Luego volvió hacia el grupo. En el guardarropa tomó su abrigo, un abrigo de ante, ceñido, casi juvenil, quila elegantizaba sorprendentemente. En estas cosas se advertía, de pronto, que era marquesa, o que, por lo menos, podía haberlo sido perfectamente.

—Cuando queráis.

Antonio y su coche negro esperaban en la calle. Bus olía a ausencia de mucha gente. Paulo se sentó delante, con el chófer. El Giocondo se sentó atrás, entre la Marquesa y Carmen, que le iba haciendo confidencias a la otra. Sánchez, que había dejado aparcado su coche por allí cerca el día anterior, consiguió encontrarlo con la ayuda de un sereno, y en él, se fueron los otros cuatro. Ramiro besaba indistintamente a Ofelia y a la Martino. Sánchez, al volante, seguía contando chismes cinematográficos sin preocuparse demasiado de que no le escuchasen.

—¿Ha llovido otra vez?

—Debe de ser que han regado.

Andaban los hombres de las botas de madera con sus largas mangas y su gran chorro de agua que levantaba del asfalto un imposible olor de tierra mojada.

Cambiaste el sol por la luna, agua dulce por salobre, media naranja por una, y mira tú si eres pobre... La copla estaba en el aire, la sangre en el tablado, a la puerta del flamenco; en el vestíbulo había una armadura de hierro y un cuadro abstracto. La Marquesa ocupaba una mesa rodeada de todo el grupo. Ramiro conversaba con un *prímula* sueco, muy conocido en Madrid, que se les había agregado. Carmen, sentada junto a la Marquesa, seguía con la confidencia viperina, ofidia, chantajista, *cambiaste el sol por la luna, agua dulce por salobre, media naranja por una...*

El flamenco tiene largas penumbras, camareros de camisa rizada, vigas que prestigian la autenticidad del sitio, faroles, turistas caros, *whisky*, vodka con naranja, planetarias caderas de folklórica y equinos glúteos de bailaor.

Las palmas ponen disparos en el sueño de los espectadores y el taconeado pasa como un tren sobre el paisaje de las conversaciones. El cante andaluz pierde la pureza de los campanilleros, el aroma de las madrugadas calientes, y la bailaora es una Petenera con seguros sociales. El Giocondo fuma y bebe despacio su chivas. No está borracho. Aguanta mucho.

*Cambiaste el sol por la luna,
agua dulce por salobre,
media naranja por una,
y mira tú si eres pobre...*

La Marquesa sólo es su cabeza con canas y el riñón que le falta. Cambiaste el sol por la luna. Noches de colmao para olvidar el fracaso y el desastre de su vida desviada. Agua dulce por salobre. En el Giocondo quisiera encontrar una nueva justificación, algo por lo que vivir, un ser puro y nuevo a quien redimir. La Marquesa es muy literaria, a su manera. Media naranja por una. Los hijos, los amantes, el marido que se fue, José Luis, Antonio en la puerta, dentro del coche, siniestro y muerto de frío, lleno de odio y aburrimiento, maquinando aparatosas venganzas.

Y mira tú si eres pobre...

Un Paulo cianótico, una Ofelia con sueño, un Ramiro lleno de alegría y vulgaridad, lleno de la euforia de la vida, que es una cosa de tan mal gusto.

Una Carmen sibilina y murmurante, ambiciosa, ya sabes que yo te quiero, mujer, pero tenemos que ayudarnos una a la otra, tú estás en mejores condiciones que yo, has tenido más suerte, ¿sabes que a veces hablo por teléfono con tu marido?, no, de ti ni una palabra, aunque él me pregunta, y si yo quisiera, bueno, los niños no te los iban a quitar, digo yo, a mí me tienes aquí como testigo para lo que haga falta, pero debes darte cuenta, andamos mal, con las ideas de Paulo, en este país, no hay nada que hacer, tú a veces nos has echado una mano, no es que te pida nada, pero me gustaría ayudarte en esto de los niños, tampoco conviene que el otro, el viejo, deje de pasarte la mensualidad; sin embargo, hay cosas que no debieras hacer, lo del Giocondo lo sabe ya todo el mundo; tú sabrás, pero me parece que no vas a hacer vida de él, a éste ya no hay quien le vuelva del derecho, claro que nadie va a saber ni una palabra por mí, y para qué voy a decirte que estoy dispuesta a ayudarte en lo que haga falta, pero hazte cargo de cómo nos van las cosas, sí, ya sé que todavía te debemos algo, tampoco nosotros nos hemos portado tan mal contigo, ¿quieres que nos pongamos a hacer memoria?, no te preocupes, tontina.

Un Sánchez embebido en las posturas del bailaor. Una Martino aburrida. Un Giocondo lleno de eso que alguien llamó el indecible desencanto de los efebos.

Cuando se iban, la Marquesa quiso saludar a los cantaores, y salieron al vestíbulo un hombre viejo, canoso, de cabeza neroniana, congestivo, que respondía en un andaluz ronco a los cumplidos de la cliente, y un gitano de rostro angular, ojos oscuros y pelo muy negro, implacablemente peinado hacia atrás. La Marquesa les hablaba haciendo alarde de una confianza que en realidad no tenía, y debía de sentirse como la reina cuando llamaba a los artistas a su palco y les preguntaba cosas del espectáculo con

esa falsa ingenuidad que es una cortesía y condescendencia de los grandes. El grupo andaba por allí viendo el cuadro abstracto y tocando el hierro de la armadura. Antonio, ya con el motor en marcha, en señal de impaciencia y de protesta, esperaba a que su señora se decidiese a partir. Le confiaba al automóvil aquel sordo rumor del descontento que él no era capaz de expresar. O quizá bajo el ruido del motor blasfemaba concienzudamente. Hizo un gesto de cansancio y desprecio a los porteros del flamenco, que le sonreían entre compadecidos y envidiosos de su suerte de chófer de casa grande.

—También ése tiene que aguantar.

—A mí que no me venga. Un oficio bien descansado que tiene.

—Por lo menos, en el coche está caliente —terció el sereno del barrio.

Paulo se sentó junto al chófer, como de costumbre. El Giocondo volvió a ocupar el asiento de atrás, entre la Marquesa y Carmen. Los otros cuatro tomaron el coche de Sánchez. Habían quedado de acuerdo en ir al «pescaíto» de la Puerta de Toledo. Los dos automóviles salieron en carrera loca por las calles clareantes del alba. La ciudad era una pálida y desolada alusión a sí misma, enorme e incierta en las grandes plazas. Bruto y Tedy habían llegado con el coche a un suburbio por donde silbaban invisibles trenes.

—Bueno. Ya ves como te he traído a casa.

—Para mi casa todavía falta un rato.

Bruto había parado el coche. El motor seguía en marcha. Bruto lo cerró con cierta brusquedad.

—Pues ahora te vas andando, que es lo tuyo.

—Si me hubieras dejado coger un taxi, me habría dejado en la puerta.

—Mírale qué señorito —dijo Bruto con una punta de burla y ternura, poniendo una mano en el muslo de Tedy—. Ahora que estás ya en casa, prácticamente, podemos perder un ratito, ¿no?

—De eso, nada.

—No seas hortera.

—Soy como me da la gana.

Bruto se había inclinado sobre el muchacho. Apagó los faros del coche. Su mano fuerte echó hacia atrás de un golpe el abrigo y la chaqueta de Tedy.

—Como pegue un grito tienes aquí a todo el barrio. Te van a abollar el carro.

Pero Bruto ya le besaba. Tedy se defendió con inesperada energía de adolescente. Lucharon dentro del automóvil. Cercanos e invisibles trenes se lamentaban entre la lluvia, como chacales que se llamasen unos a otros en la noche. Bruto jadeaba. «Déjame, Tedy, déjame besarte, sólo besarte. Quedamos para mañana y te vienes a mi apartamento. Tedy, no seas fiera...»

Tedy había bajado el cristal de la ventanilla y sacaba la cabeza al exterior, voceando nombres contra el viento y la lluvia. Bruto intentaba a un mismo tiempo sujetarle y acariciarle. Tedy quería abrir la puerta del coche y salir corriendo, pero no era posible. Bruto le sujetaba por la cintura. Al muchacho, de pronto, se le ocurrió algo salvador: encendió los faros del coche. Bruto no se había dado cuenta. Pero la luz los delataría en seguida. Era la posible salvación de Tedy. El actor estaba lleno de violencia y sexo, exasperado. Sentía el abultado impulso de violar y asesinar a aquel chiquillo procaz y escapadizo. Tedy le arañaba y procuraba acertarle con una rodilla entre las piernas. Varias figuras corrían dentro del resplandor de los faros. Dos hombres maduros y algunos chicos. Gritaban y tiraban piedras al coche. La lluvia se dibujaba, amarilla de la luz de los faros, sobre la gesticulación de los vecinos.

—¡Soy Tedy! ¡Hay que acabar con este tío!

Los primeros golpes de las piedras contra la carrocería y los cristales del automóvil pusieron tenso a Bruto, le despertaron de su ciego impulso.

—¡Maricón! ¡Chulillo!

Y abrió él mismo la portezuela del coche. Tedy, antes de salir corriendo, todavía se volvió a escupirle. El hermano de Tedy y su amigo llegaban en aquel momento. Una piedra destrozó la ventanilla, junto a la cabeza de Bruto. Le saltaron los cristales sobre el rostro. Tuvo un arranque repentino. Abrió también aquella puerta y salió a la intemperie. El coche, con las dos portezuelas abiertas, como dos alas, parecía a punto de volar. Una pedrada cegó uno de los faros. Había algo tuerto en la luz que el automóvil proyectaba sobre los atacantes. Bruto, erguido junto a su auto, tuvo de pronto el presentimiento de que venía más gente por detrás.

—¡A ése!

—¡Al señorito!

—¡Al bujarrón!

—¡No tienen más que vicios!

Bruto entró rápidamente en el coche. Cerró las dos portezuelas, de las que ya tiraban los otros. Puso el motor en marcha y arrancó violentamente, dejando a un hombre revolcado por el suelo. El automóvil saltaba por los desmontes.

Por el retrovisor, vio Bruto un momento las sombras lejanas que se perdían en la noche. Tardó algún tiempo en encontrar la carretera. Condujo entre calles de basura y casas negras. Inesperadamente estuvo sobre el asfalto de una autopista. Respiraba forzosamente, con todo el alcohol de la noche apretado en el corazón. Conducía aminorando paulatinamente la velocidad. Tenía en el rostro y en las manos un escozor de refriega.

El coche, con su luz tuerta, regresaba a la ciudad. Había dejado de llover. Bruto metió de nuevo el acelerador.

EN EL «PESCAÍTO» de la Puerta de Toledo, por las tabernas de los camioneros, a la puerta del mercado donde se subastaba la mercancía, el frío de aquel mar muerto, de aquel tesoro helado y movedizo que había viajado durante toda la noche por las carreteras del país y ahora traía al alba sucia de la ciudad un alba marina, portuaria, de escamas mojadas y aletas muertas. Entre los hombres fornidos del volante, entre los asentadores con grandes jerseis azules y bufandas marrones, entre las manos con mitones, rojos los dedos como mariscos pelados, toda la gallofa nocturna de la ciudad, unos hombres y unas mujeres enojados, bienolientes, alcohólicos, a quienes las gentes del pescado miraban con curiosidad y desprecio.

Los conductores veteranos ya estaban acostumbrados a aquella visita de los noctámbulos de la capital que habían pasado la noche de club en club mientras ellos llevaban a pulso el camión por las carreteras y subían los altos puertos montañosos con el gran eje del vehículo retemblándoles entre las manos.

La gente del pescado hacía su trabajo, sus subastas, su acarreo, su compraventa, y antes y después tomaban copas de ginebra con los señoritos madrileños; era una camaradería extraña y forzada que nunca llegaba a soldarse por completo. Allí estaban la Piñón y Córdoba y el Bisoño y Andresco y el viejo marroquí y el húngaro pianista y el Bodeguero y VicenCortés y Roberto, el joven actor famoso, y Ernesto y Cheryl, con un grupo de españoles morenos, y Carlo y la Lunfarda, afilados de toda una noche en la calle, y García de Quindós con su efebo, todos.

La Piñón, Córdoba y el Bisoño armaban juerga con un grupo de camioneros, cantando y bailando flamenco.

VicenCortés, el viejo marroquí, el húngaro, Andresco, Ernesto y Roberto, cada uno por su lado, trataban de ligar con algún joven y poderoso camionero, siempre discretamente para no llevarse una bofetada, a ver si el chicarrón entendía por un par de verdes. El Bodeguero saludaba a todo el mundo con su cortesanía de vieja condesa enana, como si en lugar de en un mercado de pescado estuviese en una recepción de Liria. Algunos *prímula* se habían puesto las gafas negras del incógnito. El coche de la Marquesa y el de Sánchez aparcaron entre los camiones paquidérmicos que olían a enorme pez muerto. Entraron en una taberna con mostrador de latón.

Martín Rubén, en la barra, absolutamente desestructurado por el alcohol, invitaba a ginebra a una rueda de camioneros. No vio o hizo como que no veía al grupo. Se sentaron todos en un par de mesas. El Giocondo vio con dolor cómo Cheryl —estaba seguro de aquel segundo encuentro en la resaca de la madrugada— apenas se separaba ya de uno de sus cetrinos acompañantes: «De aquí a la cama», se dijo. La Marquesa tenía cogido del brazo al Giocondo y se apretaba contra él, con el frío y la impaciencia de la hora indecisa. Sánchez y Ramiro anduvieron por el mostrador confraternizando con los camioneros. Había en la taberna una rara animación, un clima de sal, humo, ginebra y cuero. Los perfumes de los *prímula* y de las mujeres se perdían devorados por el olor del mar que los hombres de las cazadoras traían en sus axilas. Una vaga y evidente excitación sexual ganaba a todos. Afuera, los ganchos de hierro se clavaban como nuevos arpones, como en una segunda pesca, en el lomo violáceo de los grandes peces. Paulo se tomaba una ginebra despaciosamente.

—¿Qué habrá sido de Bruto?

—Estará jurándole amor eterno a su horterilla.

—Ése se le escapó nada más salir de Bus.

—No creas.

—Si se le hubiera escapado, Bruto estaría ahora aquí.

—No querrá que nos enteremos.

—Llevaba muchas copas encima —anotó Paulo, con ese prurito de los dipsómanos por dejar constancia de lo que beben los demás. El viejo marroquí hacía reverencias al Giocondo desde el mostrador. Aquella taberna tenía algo de cantina de estación donde

se han mezclado por un momento los viajeros de primera con los de segunda y tercera. La Puerta de Toledo era como una modesta y madrileña Puerta de las Lilas por donde entraban en la ciudad las multitudes ingentes de la niebla. El pianista húngaro y obeso, VicenCortés, los viejos *prímula* y los jóvenes *prímula* iban centrando su mosconeo en un tipo determinado que acabaría yéndose con ellos por un verde o dos verdes, o dándoles de puñetazos dentro de la cabina de su camión. Una vez se había encontrado a un *prímula* del mundo teatral con la cabeza incrustada en el enorme volante de un camión, roja la sangre sobre el rojo falso del asiento. El camionero desapareció para siempre. Allí estaba ahora el Arcipreste, un profesor de Liceo que iba siempre con su alumno preferido. El Arcipreste era bajito, amable, feo, de gran nariz, deslizante, muy afectado en el hablar, y su muchacho tenía una tosquedad de futbolista de tercera división que al Arcipreste debía gustarle mucho. Y estaba, sobre todo, Marcial.

Marcial, el modisto más joven del país, muchacho moreno y delgado, de largo pelo caído y grandes ojos abultados, oscuros, febriles. Marcial, frustrada cabeza nazarena, pisaba para dentro exageradamente, como casi todos los *prímula* jóvenes o viejos. Marcial llevaba aquella noche un suéter amarillo de cuello alto, un abrigo negro de pieles y unas gafas negras muy grandes que se quitaba y se ponía para saludar a la gente, como dando a entender: estoy aquí, pero no me oculto, las gafas son un detalle, nada más que un detalle, ya veis que no me oculto.

Marcial, con mucho juego de sus manos delgadas, de dedos engarabitados, se acercó a besar a la Marquesa, que era quizá su mejor cliente, y se hizo un sitio junto a ella, saludando vagamente al Giocondo, pues no sabía si éste era el amante oficial de su amiga: si efectivamente lo era, convenía esperar a que se lo comunicasen, explícitamente para empezar a ser servil con el tipo. Y si no lo era, hubiera sido un error empezar a tratarle como tal. Marcial y la Marquesa se entendían muy bien, hablaban de trapos y de abortos: ella decía siempre «raspados».

—No te veo por allí, no te veo nada, no fuiste al último desfile de la temporada, es que me tienes lo que se dice completamente olvidado, por favor, y te advierto que tengo cosas monísimas, el modelo de raso que le viste a la Camargos lo hice pensando en ti, exclusivamente en ti, cómo me gustaría que te lo pusieras un día, llévalo a algún sitio, lo luces y ya está, no te lo quedes si no te apetece, bueno, ya sé que no te vas a poner una cosa que ha lucido la Camargos, pero es que hice dos, estoy en todo, sí, exclusivo, pues claro que es exclusivo para ti, pero siempre me conviene sacar otro con variantes, ¿comprendes?, además, qué te voy a explicar a ti, ¿guarra la Camargos?, pobrecita, eso y mucho más, ¿sabes que anda por el tercer raspado...?, Marcial tiene su taller en un barrio residencial, una casa con puertas de oro y muchos espejos, grandes fotografías, un bar como una cámara blindada, el salón de los desfiles, un sitio íntimo que huele mucho a mujer, donde hay alfileres y alfileteros de oro.

—¿Te espero la próxima semana?

—Sin falta.

—No me seas malqueda.

—Tonto...

—Qué especie de locura es este sitio, ¿no?

—Bueno, a mí me divierte.

—Pues claro. Y a mí. Por eso estamos aquí.

El problema de Marcial era hacerse una personalidad, tener una opinión al mismo tiempo que compartía las opiniones de todas sus clientes. Pero iba saliendo adelante.

Marcial se lucía en todos los estrenos y en todos los cócteles importantes de la temporada, con un esmoquin dorado, acompañando siempre a alguna estrella de cine. Marcial salía mucho en las revistas ilustradas. Marcial era un *prímula* sensato y vicioso, trabajador y mundano, hormigueta y cigarrona.

—Bueno, que te espero sin falta.

—Pues claro. ¿Te he presentado a Gío?

El Giocondo y Marcial se dieron la mano distraídamente, conociéndose y sin conocerse.

Martín Rubén, en la barra, les hacía a los hombres del pescado el discurso de Don Quijote a los cabreros, pero en sudamericano y en camelo.

Había un camionero rubio, un mozallón del norte a quien Martín Rubén llamaba «mi Dulcinea» y le cacheteaba en la cara, aupándose un poco. «Que no me toque usted ya más, oiga, que ya está bien, cuidado que es sobón el enano éste.» Y así es como Martín Rubén se había ido propasando y los camioneros, que al principio se reían mucho con el sudamericano y su parla arcaica —ustedes perdonen, mis mercedes, pues claro que sí, doncel mío—, empezaron a mosquearse con el *prímula*, o sencillamente decidieron que sería divertido darle un repaso. El mozallón rubio estaba decididamente molesto y respondía al cachetito de Martín Rubén con un meneo que hacía sujetarse al hombrecito en el latón del mostrador.

—Es un bujarrón.

—Una marica.

—Viene por aquí todas las noches.

—O casi todas.

—Pues a mí ya me ha calentado las manos. Me parece que se la gana.

—¿Y esa parla que tiene?

—Mis ilustres mercedes, escuchen no más este decir de un pobre poeta errante...

—¡Que ya está bien!

El joven camionero rubio había rechazado a Martín Rubén con un golpe que tiró a éste por el suelo. Hubo tumulto. El sudamericano se levantó con la facilidad de los hombres bajitos, aunque estaba muy borracho.

—¡Venga con él!

Empezaron los golpes y solamente Ramiro, más por fantasía aventurera que por amistad, defendió al poeta y diplomático. Era la segunda vez en la noche que echaban a Martín Rubén de un sitio a patadas. Por un momento pareció que iba a generalizarse la lucha, pero todo acabó cuando el sudamericano estuvo en la calle, apaleado, solo, borracho, con un vaso en la mano y la chaqueta desajustada de los hombros. Se sentó en el estribo de un camión a llorar y decir versos de Arthur Rimbaud, «la flor pútrida y genial de la poesía francesa», como él le llamaba:

Si es que algún gusto me queda,

es por la tierra y las piedras.

Me desayuno con viento,

peñascos, carbones, hierro.

Así se quedó dormido, sentado en el alto estribo de un camión y ladeado contra la roja carrocería del motor. La estrofa de Rimbaud le andaba por los labios como una sonrisa, *si es que algún gusto me queda, es por la tierra y las piedras.*

Ramiro salió un momento a ver qué había pasado con Martín Rubén, pero le vio dormido en el estribo de un camión y tuvo para él una sonrisa de ternura y burla. Luego volvió al interior de la taberna. Casi todos los *prímula* estaban de juerga chillona y orfeónica con los camioneros.

Era un coro de lana y cuero, de voces portuarias, mezclado con los satenes y las pieles de los *prímula*, con sus voces blancas y viciosas. La Marquesa, el Giocondo, Paulo, Ofelia y la Martino estaban quietos en su mesa, silenciosos, un poco siniestros, fumando y bebiendo. Sánchez, Carmen y Ramiro andaban del mostrador a las mesas, llevando y trayendo copas.

El Giocondo vio que el rostro de la Martino se contraía. La Martino estaba de frente a la puerta. El Giocondo se volvió un poco a mirar. Habían entrado en la taberna las sáficas de Lawrence, las viejas lesbianas, las silenciosas y sombrías tortilleras. Traían gorros

de piel y fumaban sin quitarse los guantes. Sonrieron al grupo y se sentaron a otra mesa. La más vieja de todas, una actriz ni gloriosa ni olvidada, venía a por la Martino, sin duda.

—Ésa viene por ti —le dijo el Giocondo, cogiéndole una mano.

La Martino se la apretó.

—Calla.

—Lo siento.

Pero había ansiedad, una última esperanza desesperada en el rostro de la Martino, que no podía resignarse a ir sola a la cama y había perdido todas las oportunidades de aquella noche: Bruto, Ramiro, el Giocondo.

—O no lo siento —dijo el Giocondo con leve ironía, leyendo en el rostro de su amiga.

La Martino fumaba con rigidez. Paulo había tardado en darse cuenta de lo que pasaba, pero cuando se puso al tanto del asunto empezó a divertirse. Su casi único deporte era seguir el curso de esta clase de incidentes.

—Me parece que alguien viene buscándote —le dijo a la Martino, con una malicia ya innecesaria.

—No seáis pesados.

Paulo reía tontamente. Ofelia se caía de sueño. El Giocondo miraba por el cristal de la ventana tratando de dilucidar las sombras de la calle.

En aquella época del año amanecía muy tarde y la oscuridad se iba desgajando lentamente de las piedras. Sonaban en la taberna las canciones de los improvisados coros y los gritos de los camareros. VicenCortés, el Bisofío, la Piñón, Córdoba, el Bodeguero, el Arcipreste, el viejo marroquí, el pianista húngaro, Marcial, Andresco, Ernesto, todos los *prímula* estaban transfigurados en aquella atmósfera de hombres recios, canciones y vino.

Porque había empezado a correr el vino negro y ácido.

Carmen hablaba en la barra con un camionero. Era un hombre joven, de nariz ganchuda y ojos redondos. Pero su pelo rizado le daba a la cabeza cierta hermosura.

El tipo era alto y casi rubio. Trataba a Carmen con una desenvoltura y una displicencia que en cualquier hombre del círculo de Carmen hubiera quedado insoportable, pero que en el camionero era casi distinción.

—¿Y ése es tu marido?

—Bueno, sí, mi marido. Para los efectos.

—¿El ciego?

Carmen rió.

—No es ciego. Le molesta el humo.

El camionero se volvió de espalda a las mesas, acodándose en la barra. Carmen hizo el mismo movimiento, y quedó muy pegada al hombre.

—Me llamo Octavio y soy de Baracaldo —dijo el tipo.

VICENCORTÉS SALIÓ DE LA TABERNA seguido de su perro *Tristán*, que iba ya sin globos, y de un joven camionero de pelo pajizo. Echaron a andar por la calle de Toledo, ciudad adentro, y el perro los seguía. VicenCortés iba oliendo una rosa mustia.

—¿Y de dónde dices que eres?

—De Aranda, para mandar.

—Por favor, Maíz, no me trates con ese respeto.

—Bueno, ya sabe, es la falta de costumbre. Atilano le he dicho que es mi gracia, para servirle.

—Sí, pero déjame que te llame Maíz.

—Vaya un capricho.

Y el joven camionero se volvía para acariciar al perro.

Eran una rara pareja. VicenCortés, galán y viejo, delgado y decadente, con su tres cuartos y su melena. Atilano, a quien su amigo de la capital llamaba Maíz, era un muchachote que se echaba para adelante al andar. Tenía la sonrisa morruda y una timidez de chica de cántaro que encandilaba al modista.

—¿Te gustan los perros?

—Vaya. En Aranda tenía uno que...

—¿Y cómo andas tú en esto del pescado, siendo de Aranda? Yo creía que todos los camioneros eran de puerto de mar. O de aquí, de Madrid, vamos.

—Es que por Aranda pasan todos los camiones que van de ruta, ¿sabe?

—¿Le cogiste afición al oficio de ver pasar los camiones?

—Algo de eso.

—¿No sería de ver lo bien que comen los camioneros? En tu pueblo se come muy bien, ¿eh, gandul?

Y le apretaba con un dedo en el vientre, por encima del pantalón vaquero. Luego se puso repentinamente serio y volvió a oler su flor, caminando despacio al lado del camionero, con el hocico de *Tristán* enredándosele en los bajos del tres cuartos. La madrugada olía a churrería recién abierta.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No me llames de usted. Llámame por mi nombre. Yo soy VicenCortés.

—¿Mande?

—VicenCortés. Pero, deja. No lo vas a aprender nunca.

—Perdone. La falta de costumbre.

—Pues sé que en tu pueblo se come bien porque yo he viajado mucho.

—¿En Aranda ha estado usted?

—Claro. En Aranda de Duero. Y en Florencia también he estado. Pues ¿qué te creías?

—No sé por dónde cae.

—Cuál.

—Florencia.

—Un poco más allá de Aranda. Y que hay unas estatuas preciosas. Muchachos así como tú. Hermosos. Rubios. Bueno, digo yo que serían rubios. Pero antiguos, muy antiguos.

—Ya.

Maíz era un poco retrasado mental, pero sólo un poco.

—No sabemos nada del Renacimiento, Maíz. Creemos que sabemos algo y no sabemos nada. Vamos a ver, ahora me pregunto yo, ¿eran rubios o morenos aquellos donceles? Porque la piedra no tiene color. Ni el mármol.

Maíz liaba un cigarrillo.

—¿Todavía fumas de eso, criatura?

—No crea, es mejor para la garganta. Lo otro me desmejoraba mucho.

—¿Cuál era lo otro? ¿Marlboro?

—Qué cosas tiene usted. Ya le digo que yo me arreglo bien con la picadura.

—¿Quieres un emboquillado?

—No me saben a nada, oiga. Qué quiere que le diga.

—Entonces, me has dicho que no tienes dónde pasar la noche, ¿no es eso?

Y VicenCortés olía su flor distraídamente. Luego se volvió para azotar suavemente con la rosa el lomo del perro.

—Bueno, la noche. Es ya de día, oiga. Pero vamos, que me gustaría echar una dormida antes que me carguen otra vez el camión.

—Me parece muy justo, Maíz.

—La pensión donde he ido otras veces está ahora completa. Como nos hemos liado ahí en el bar, se me han adelantado otros a coger la cama.

—¿Y por qué no dices que te la reserven?

—Ya ve. Ignorancia. Como son los primeros viajes que hago...

—Tú lo has dicho, hijo mío, ignorancia. Santa ignorancia.

—Bueno, tampoco hace falta que me lo refriegue.

—Por favor, qué términos, Maíz. Estás lo que se dice sin desbastar, hijo. Oye, ¿y tú haces a mozas?

—Soy tímido, oiga.

—Pero ellas no.

—Entre que viaje de noche y duermo de día, ni tiempo me queda de pensar en una mujer.

—Pues tienes que ir espabilando. Ya te aclararé yo a ti. Por de pronto, ahora te vienes a casa conmigo.

Y vas a dormir como un chotillo.

—¿No le mancharé algo?

—Espero que sí.

Maíz reía golpeándose un puño contra otro y enseñando mucho las encías.

—Qué salidas tiene usted. La verdad que me alegro de haberlo conocido.

—A la recíproca, Maíz. Vamos a ser buenos amigos, Vendré otras noches a buscarte.

¿Cuántos viajes hace* por semana?

—Depende. Dos o tres.

—Pues ya sabes que no tienes que preocuparte por la pensión.

—Pero usted me ya a cobrar muy caro.

—Ya encontraremos la forma de que me pagues.

—No me líe, oiga.

—Maíz, yo soy un caballero y tú eres mi amigo. Dormirás en casa y asunto terminado. Mi casa no es una fonda. No cobro a los amigos por dormir en ella. Mi casa es un palacio. Maíz, un palacio. Ya verás las porcelanas, y los bibelots, y hasta un dibujo de Cocteau que tengo.

—¿De...?

—De Cocteau, Maíz. Un francés que ya se ha muerto. Dedicado a mí expresamente. De su puño y letra. Tú lo vas a ver. Claro que no sabes francés, pero no importa, porque como tampoco sabes quién era Cocteau...

—Hay que ver cuánta gente se conoce en la capital.

—Mucha, Maíz. ¿Y tú de qué familia eres?

—Labradores mayormente. A mi padre le fue mal con la labranza. Yo veía que era un desarreglo. Así que fui y le dije: mire usted, padre, que esto de la labranza es un desarreglo, ya no están las cosas como en los tiempos del abuelo, que eran otras cosechas. A Alemania tampoco me quiero ir, como Prudente...

—¿Prudente?

—Sí, el del herrador. Allá está de peón. Conque lo de los camiones sería un oficio. Yo he hablado con ellos en la gasolinera y me parece que hambre no pasan. Figúrese, desde pequeño viendo a los camioneros pasar por Aranda. Casi era la única diversión

que había en el pueblo.

—Sobre todo para un chico como tú, tan poco dado a mozas.

—Y dale con las mozas. ¿No me tendrá usted una preparada en su casa? Que aquí en la capital hay mucho vicio.

—Descuida. Tú y yo solitos. ¿Y qué dijo tu padre?

—Que bueno, que mejor que a Alemania sí que era esto del camión.

—¿Quieres que nos desayunemos un orujo con churros, Maíz?

Pasaban junto a una buñolería de latones recalentados por el humo. El modista hizo entrar a su joven amigo.

De pie junto al mostrador, pidieron café con leche, churros y orujo.

—¿Te gusta el orujo, Maíz?

—Ya lo creo.

—Dormirás mejor con la tripa caliente.

—Y usted que lo diga.

La churrera y el churrero se afanaban con las sartenes. Un niño de ojos sucios servía en el mostrador. Había por allí gentes del cercano mercado de la Cebada que miraban con curiosidad a la extraña pareja.

—Toma, *Tristán*, cómete un cohombro.

VicenCortés tomaba un cohombro de los que había sobre el mostrador, en un plato, y se lo echaba al perro. *Tristán* acudió al cohombro como si fuera un hueso. Maíz reía de ver un perro que comía cohombros.

—Un perro que come cohombros. ¡Qué cosa! No lo había visto nunca.

—La verdad es que tú has visto poco, Maíz.

Maíz reía y reía. Maíz estaba bien puesto de ginebra y vino tinto. El orujo iba a acabar de tumbarle.

—Otra de orujo para el señor —pidió VicenCortés.

—Pues no es malo este orujo, ya ve.

—Claro que no. Maíz. Pero te estás cayendo de sueño. Ahora mismo nos vamos para casa. Yo vivo aquí muy cerca, ¿sabes?

A Maíz no le parecía muy propio que un señor como su amigo viviese por aquel barrio, pero no dijo nada.

—Hala, acábate el orujo, que nos vamos. Y tú, *Tristán*, acaba también.

La gente miraba al perro que comía cohombros y al camionero que tenía aquel amigo tan distinguido. Eran parroquianos mañaneros que olían a banasta de fruta y verdura madrugadora. La buñolería despertaba con los estampidos del aceite y la voz chillona del niño que servía.

—¿Cuánto se debe?

—Deje, oiga.

Maíz hacía un torpe gesto de querer invitar.

—Nada de eso, Maíz. Hoy eres cosa mía.

VicenCortés vivía, efectivamente, en una especie de palacio, a la izquierda de la plaza de la Cebada, entrando por una calle estrecha y larga. Había escudos en el portalón y una larga escalera de piedra.

—Parece una posada, oiga —decía Maíz mirándolo todo.

—Gracias por el cumplido.

Grandes espacios blanqueados, con dibujos heráldicos y cuadros religiosos, se abrían en la escalinata. Todo era noble y desmantelado.

—Vamos a ver si encuentro la llave.

El perro rascaba la puerta impaciente. VicenCortés metió en la cerradura una gran llave. Pasaron a una pieza enorme que olía a óleo y peluche. VicenCortés fue encendiendo luces. El perro se frotaba contra las patas de las mesas.

—¿Te gusta, Maíz?

El salón era como una gran tienda de anticuario. Había un piano grisáceo de polvo, muchos cuadros por las paredes, divanes antiguos, lámparas de mesa cuyo pie representaba una sirena o un discóbolo, muchas cosas doradas y mucha porcelana.

—Mira, y ése es el Cocteau que te decía.

—¿El qué?

—Deja, deja.

VicenCortés anduvo poniendo en orden algunas cosas, como el que llega de un largo viaje a la casa cerrada y quiere recobrar en seguida el dominio y la simetría de su vida diaria. Cuando el modista se volvió hacia su amigo de aquella noche, Maíz dormitaba en un diván.

—Pero, Maíz...

El rostro de VicenCortés se llenó de ternura.

—Anda, *Tristán*, despiértale. Pero suavemente. Hay que cuidar mucho a nuestro amigo.

—Usted perdone. Me estaba quedando traspuesto. Son muchas horas de pie, ¿sabe? Dos días como quien dice. Y que yo soy de mucho dormir.

—Y luego lo que has trasegado, ¿eh, gandulazo? Hay que ver la de ginebra que tienes en el cuerpo.

—¿Ginebra?

—Pues ¿qué creías?, ¿que era agua lo que estabas bebiendo?

—Siempre se me va la mano en la ginebra.

—En alguna cosa había de írsete, hombre. Anda, ven por aquí.

Le ayudó a ponerse de pie y pasaron entre las porcelanas y las vitrinas, seguidos por el perro. Había pasillos a oscuras y salones más pequeños, con espejos y silla de oro, que tenían ya en sí la vaga luz del día. Entraron en una alcoba con ángeles barrocos, columnatas de iglesia, cama con dosel y muchas descalzadoras.

—¿Aquí voy a dormir yo?

—¿Por qué no?

—Parece la cama del señor obispo.

—No digas barbaridades, Maíz. Anda, deja que te ayude.

De un empujón, lo sentó en la cama. El perro se movía de un lado a otro. Quizá todo el secreto nerviosismo de su dueño en aquel momento decisivo, hubiera transmigrado al animal misteriosamente. El camionero eructaba.

—Pero ¡qué cosas más feas haces, Maíz!

—Usted perdone.

—Desahógate, hombre, desahógate.

Maíz era ya como un niño de alcohol y sueño en manos del modista. Éste se había puesto la rosa en el pelo.

Maíz lo vio de pronto.

—¡Huy, qué tío, una rosa en el pelo!

Y reía, súbitamente despierto por la hilaridad. El modista había echado su tres cuartos sobre una butaca. De pronto, Maíz se quedó serio, receloso.

—Oiga, usted no será uno de éstos que...

—¿De cuáles, Maíz?

Por un momento, VicenCortés tuvo miedo, pero había algo en la expresión del camionero que le animaba a seguir. Era muy raro que él se equivocase.

—Usted perdone. Pero quiero decir que a lo mejor lo que a usted le gusta...

—Pues más bien sí, Maíz.

Temió una nueva reacción. No se atrevía a mirar al rostro del chico. Le arreglaba vagamente la ropa, su* manos como dos aves secas revolando por sobre la tosca vestimenta del camionero. Estaban en silencio.

—No me digas que es la primera vez. Maíz.

—No, la verdad. Una vez, en el pueblo, el mancebo de la botica me dijo que pasase

a...

VicenCortés, enfebrecido de impunidad, empezaba ya a desabrocharse el pantalón. El Bisoño salió del cuarto de baño, en casa del húngaro, adonde habían ido todos con un camionero fornido y socarrón que decía que la iba a «emprender a cintarazos con aquella mano de mariconas estreñidas».

El pobre magiar jadeaba sentado en una banqueta, con la espalda apoyada en el piano, mientras Córdoba, la Piñón, Ernesto, el Bodeguero y el Bisoño cantaban, bailaban y hacían como que se asustaban de las amenazas del camionero, dando unos chillidos exagerados y falsos.

Una vez más, el Bodeguero cocinó migas manchegas, muy puesto de delantal, y todos las tomaron con mucho vino, y el anfitrión tuvo que tocar el piano, apretando mucho su gran vientre contra el mueble, para alcanzar las teclas con sus manos. Le hacían interpretar cosas antiguas y sentimentales, como *Venecia sin ti*, en las que el húngaro ponía todo su sentimiento y su dolor y claudicación.

—Ésta, por el pobre Pierre —decía, acordándose del muerto.

Y tocaba con más pena que nunca aquello de *París en primavera*. El sentimiento de aquellos *prímula* estaba entreverado de amor, música y geografía errabundas. Se imaginaban a Venecia, París o Aranjuez como una perpetua fiesta de sodomía y pianos. El camionero, mosqueado de tanto sobo, acabó quitándose el cinto y persiguiéndolos por toda la casa a cintarazos. Los *prímula* huían entre gritos y risas.

Alguno se arrancaba los pantalones o la camisa para recibir los cintarazos más a lo vivo. Era una apoteosis sadomasoquista, pero de mentira y con un olor a migas manchegas que lo ponía todo insoportablemente menestral.

El viejo marroquí va en un taxi con Carlo y la Lunfarda. Carlo y la Lunfarda hacen sus gracias, sus muecas, sus obscenidades para el viejo marroquí, concupiscentes y serviles. El viejo ríe con los ojos y la boca, un poco amordazada la risa por la enorme rebarba que le impide abrir la boca a gusto. Carlo y la Lunfarda le cosquillean en su corpachón moreno y amojamado, y el viejo marroquí es como un niño inmenso y negro. Así llegan a casa del africano, en una calle elegante y céntrica, y suben los tres al piso, que está lleno de cornucopias y sombra, y tiene algo de esas mansiones neoclásicas y señoriales del Sur de los Estados Unidos. Es como si el criado negro se hubiese apropiado uno de aquellos palacios bárbaros y decadentes.

El viejo marroquí sirve a sus amigos unas infusiones africanas, pero Carlo y la Lunfarda le piden algo de comer, y luego ella se va a buscar el *whisky* a la cocina. Beben *whisky* y vodka mientras el viejo sorbe sus hierbas valientes. Luego Carlo y la Lunfarda se desnudan y hacen diversos números, más circenses que pornográficos, y el viejo marroquí, tendido entre almohadones de seda, con el pantalón flojo y el vientre bamboleante, ríe y ríe, se deshace en risa, babea su bebida y se va llenando de lujuria. Carlo prolonga las exhibiciones, retardando la hora de la verdad, porque sabe y teme que las preferencias del anfitrión van a ser por él. El viejo ha puesto una música marroquí que a veces suena a flamenco y otras a gregoriano.

Y la Martino, cansada y sola, acabó yéndose con el grupo de las viejas sáficas. Se despidió vagamente del Giocondo, de la Marquesa, de Paulo, Ramiro, Carmen. Ofelia y Sánchez, como avergonzada de aquella decisión de última hora, y también un poco como quien va al sacrificio.

Ahora, el grupo de mujeres va en un coche que conduce una de ellas. La Martino, sentada junto a una ventanilla, fuma en silencio mientras la sáfica más autorizada, la vieja actriz sin pena ni gloria, aventura en el cuerpo de la Martino una mano que tiene ya decisión y experiencia casi viril. En la radio del coche empieza a sonar música que el locutor dedica a los españoles de América y también a los de Alemania.

—Me llamo Octavio y soy de Baracaldo —ha dicho el camionero, el reciente amigo de Carmen.

Aprovechando un revuelo de gentes que entran y salen, Carmen y Octavio se van a la calle.

—Ahí tengo el camión —dice Octavio, señalando hacia la izquierda. Y echa a andar sin volverse hacia Carmen, con esa intuitiva seguridad de los dominadores de mujeres, aunque sean camioneros.

Efectivamente, Carmen le sigue.

—Me parece que éste es uno de los vuestros.

En el estribo del camión dormita blandamente Martín Rubén, con los versos de Rimbaud —*Une saison en enfer*— flotándole por la boca con una sonrisa.

—Bueno, sí, le conozco de algo —concede Carmen.

—Pues me vas a ayudar a trasladar de aquí a este muñeco.

Octavio coge al poeta por las axilas y Carmen le levanta los pies. Martín Rubén la mira con ojos dormidos y dice algo que nunca fuera Don Quijote por damas tan bien servido.

—Podía haber elegido otro camión que no fuese el mío para dormir la juma, ¿no?

Lo posan en la acera, contra la pared. Martín Rubén se queda quieto, con los ojos cerrado. El camionero sube de un salto a la cabina de su vehículo. Carmen echa una última mirada al americano, más que nada para asegurarse de que duerme y no va a espiarla.

—¿Me ayudas a subir?

Octavio tira de Carmen desde arriba. La falda de ella se le sube a los muslos cuando levanta una pierna para alcanzar el alto estribo.

—Hijo, qué difícil me lo pones.

Octavio pasa un brazo por delante de Carmen para cerrar de golpe la puerta del camión. Con el mismo brazo rodea el cuerpo de la mujer. La besa en la boca.

—Me gustáis las de Madrid por lo bien que oléis.

Carmen responde sabiamente al beso mientras enreda sus largas y bellas manos en el pelo rizado y escamoso del camionero. Luego separa al hombre de sí e indica con la barbilla al cuadro de mandos.

—¿No lo pones en marcha?

—¿Para qué?

—¿Vamos a quedarnos aquí?

—¿Por qué no?

Carmen se inclina hacia delante para alcanzar con su rostro el gran espejo retrovisor del camión. En el espejo, su mano rápida, arregla algo en las pestañas, en la boca, en el pelo. Está muy inclinada sobre Octavio. Éste la rodea con sus brazos de manera inverosímil. Vuelven a besarse.

—¿Y aquí estaremos a gusto, oye?

Pero Octavio ha movido ya una palanca y los asientos retroceden un poco dentro de la cabina. La pareja está casi tendida sobre el plástico rojo del tapizado. El camionero tiene para ella caricias bruscas y rápidas, prisas de hombre que goza el amor al paso de la carretera, con el motor de su camión en marcha.

Carmen acaricia a Octavio demoradamente, procurando retardar aquello.

—Venga usted aquí, señoritinga.

—Tonto.

—Y eso que tú ya debes de tener tus años, ¿no?

—Por favor, Octavio, no seas camionero.

A Cheryl, el bello americano de Boston (Massachusetts), le había dicho su padre que tenía que ganarse la vida por sí mismo para ir aprendiendo el valor de las cosas. Esto es una coartada que se han inventado los padres americanos para no soltar un dólar. El padre de Cheryl era un hombre importante, de la raza de los gerentes, que había llenado su hogar de dinero, pero había hecho desgraciados a la esposa y los hijos, según le contara Cheryl al Giocondo. Lo de ganarse la vida por sí mismo para ir

conociendo el valor de las cosas, a Cheryl no se le daba mal.

Una tarde, Cheryl y el Giocondo habían estado en un club americano, y Cheryl había cantado a media voz las canciones que sonaban en el altavoz, poniendo caras picaras y haciéndole al Giocondo monerías de *pin-up-girl*. El Giocondo encontraba delicioso al bello americano con aquella manera de seguir el ritmo y de ondular la boca para pronunciar el inglés de los Estados Unidos, según lo hacen todos los yanquis. Luego, fueron dando un paseo por la ciudad, hasta el hotel de Cheryl, que estaba allá por Atocha, y el bello americano invitó al Giocondo a cenar en el restaurante de la azotea. Pero el Giocondo tenía frío en aquellas alturas, y se estuvo junto a las enormes letras rojas que anunciaban el hotel, asomado al vacío, viendo allá abajo la fuente luminosa y la masa negra del Retiro y las luces de la estación y los automóviles que corrían por la ciudad, como un extranjero en su propio pueblo.

Cheryl había bajado a su habitación a por un suéter para el Giocondo.

Cenaron allí, en la azotea, entre el aburrimiento de los huéspedes extranjeros y el mal humor de los camareros. El restaurante ocupaba toda la azotea. Tenía llores y muchas mesas. Era un raro y feo comedor con algo de cubierta de barco en la altamar del cielo. El Giocondo se olía en el suéter el perfume de Cheryl, y empezó a imitar a Cheryl, a moverse y actuar como él a partir del equívoco del suéter y el perfume.

El bello americano se reía mucho con esas bromas, y luego empezó, a su vez, a imitar torpemente al Giocondo. Comían muy despacio y los camareros se impacientaban en torno de ellos. Había un hombre de paisano que iba arrancando los manteles a las mesas como si se tratase de desvalijar el establecimiento y no de recoger las cosas hasta el día siguiente.

Bajaron después a la habitación de Cheryl, y el Giocondo se quitó el suéter, porque allí hacía calor, y el bello americano le estuvo enseñando a contar en inglés: *twenty one*, *twenty two*, *twenty three*, hasta que el Giocondo comprendió que se trataba de quedarse allí a pasar la noche juntos, y empezó a temblar de inminencia e impunidad. Estuvieron varias horas vestidos, conversando trabajosamente de un idioma a otro, y contaron en inglés hasta ciento.

—*Twenty one*.

—*Twenty one*.

—*Twenty two*.

—*Twenty two*.

—*Twenty three*.

—*Twenty three*.

El Giocondo dijo que tenía sueño, por decir algo, y entonces Cheryl se metió en el cuarto de baño a lavarse los dientes. El Giocondo se desnudó y entró en la cama como la novia en una noche de bodas.

Cheryl salió del baño con una camisita blanca de manga corta, muy de película americana, y un *short* rosa. Era lo que se ponía para dormir. Apagó las luces y se tendió en la cama. Estuvieron un rato en silencio, a oscuras, ajenos uno al otro, hasta que se les fue habituando la vista a la oscuridad y empezaron a moverse en una penumbra de acuario. Había una ventana que daba al patio interior del hotel.

Por el pasillo iban y venían viajeros.

Cheryl dijo algo en inglés, dijo que tenía calor, seguramente, porque se sentó en la cama y se sacó la camisetita por la cabeza. El Giocondo estaba entre emocionado y decepcionado, porque no sabía si iba a pasar algo o no iba a pasar nada. Fue una noche confusa, sudorosa, de muchos viajes al baño, mucho encender y apagar la luz, mucha conversación inútil y mucho amor.

El Giocondo, silencioso en la taberna de los camioneros, sentado entre la Marquesa y el ventanal, recuerda aquella noche en la habitación de Cheryl, aquella locura de intimidad y desvelo, y se le llena el pecho de angustia, porque el bello americano acaba

de irse con un grupo de amigos. Recuerda las continuas consultas al diccionario, el olor niño del americano y el dulce balbuceo de la larga cuenta en inglés.

Twenty one, twenty two, twenty three...

Como un *marine* adolescente, como la Lolita de la novela. Así había sido Cheryl para él. Y su recuerdo gemía por la voz y la facilidad de aquel regalo joven, de aquella anatomía dulce, de aquella abundancia que le traía toda la abundancia y toda la salud de América. Era eso, la salud lechosa y agrícola de los Estados Unidos, su tibieza de maíz, sus desayunos de huevos con jamón, la dietética de un pueblo joven y preclaro de higiene, lo que el Giocondo —europeo, débil, decadente— había abrazado en la amistad del bello americano de Boston (Massachusetts).

María Rosa, la vieja millonaria catalana, la patrocinadora de Ramiro, había cenado sola en Sing-Sing, el restaurante de decoración sicodélica. Estaba recién llegada a la ciudad y, cuando llamó a Ramiro, nadie se había puesto al teléfono. En el restaurante, algunos amigos de Ramiro la saludaban a distancia, sin atreverse a acercarse. María Rosa hubiera querido preguntarles por el periodista, pero temía la asiduidad de aquellos lobos. Salió de Sing-Sing cuando la música y el *whisky* y el humo encendían de vida la decoración sicodélica del restaurante.

Caminó hasta la casa de Ramiro, que estaba muy cerca.

El sereno le abrió el portal entre reverencial y confianzudo. María Rosa le dio una moneda de veinticinco pesetas y se metió en el ascensor. Abrió la puerta del apartamento con su propia llave. Fue encendiendo luces, desflorando aquel desorden de camisas y papeles. No había nadie. Volvió sobre sus pasos para cerrar la puerta y luego se fue desnudando mientras curioseaba las habitaciones de un lado para otro.

María Rosa traía de Barcelona un cuidado conjunto de viaje. Cerró tras sí las puertas corredizas del dormitorio y se metió en la cama con la luz encendida. Había abierto la televisión, tomado un libro, una copa y un cigarrillo, pero se quedó recostada en la almohada, dormida con los ojos abiertos, vieja, celosa, indiferente y cansada.

—¿ADÓNDE HA IDO CARMEN? —preguntó de pronto Paulo, como saliendo de un breve sueño.

—Por ahí andaba.

—Yo la vi antes en la barra.

—Habrá ido a hacer un pis.

Pero Paulo se ponía y se quitaba las gafas negras, mirando para todas partes con ojos alarmados. Casi todos habían visto a Carmen salir con el camionero, pero no dijeron nada. Ofelia, que no había visto salir a Carmen, fue la única que lo dijo.

—A lo mejor se ha ido. Me parece que se ha ido.

Paulo se puso en pie, inseguro.

—¿Vas a buscarla? —preguntó la Marquesa, con voz que quería quitarle importancia a lo que preguntaba.

—Voy a dar una vuelta por ahí. A despejarme.

—¿Te esperamos? —La Marquesa insistía siempre en su prurito de guardar las formas.

—No. No me esperéis. Me voy en seguida a dormir.

La Marquesa tuvo aún un último formulismo para con Paulo.

—¿Te lleva a casa Antonio?

—No, no, gracias.

Paulo se ponía trabajosamente el abrigo y una bufanda escolar, de mezclilla.

—Estás un poco cargado —insistía ella. Y luego, volviéndose al Giocondo—: ¿Le llevamos?

—Como quieras.

Pero Paulo salía ya de la taberna, torpe y apresurado, con su falso erguimiento. La Marquesa le miraba con cierta tristeza. El Giocondo también.

—¿Se va ése? —preguntó Sánchez, viendo desde la barra.

—Sí. Como se ha quedado viudo...

Sánchez tuvo también un gesto de simpatía para Paulo.

—Esa choriza no es digna de ponerle los cuernos a un hombre tan bueno —dijo Ramiro.

—¿Le pone los cuernos? —preguntó Ofelia.

—Cállate, imbécil —cortó Ramiro—. Todas las mujeres ponéis los cuernos. Todas las mujeres sois unas chorizas. Con perdón de la señora Marquesa... —y se echó a reír.

El grupo guardaba una unánime simpatía hacia Paulo. Pero había que dejarle ir. Hay momentos en que es bueno que el hombre esté solo.

Y, por otra parte, nadie tenía malditas, ganas de acompañarle. Antonio, el chófer de la Marquesa, se había desayunado en la barra del bar y ahora fumaba un cigarrillo dentro del coche. Antonio vio pasar a Paulo, sonámbulo y solo. «No puede con los cuernos», pensó.

Paulo caminaba muy derecho por la acera, casi pegado a la pared. El cuello levantado del abrigo le desordenaba el cabello en la nuca. Llevaba un cigarrillo en su mano izquierda, delgada y pálida, pero no fumaba. El camión de Octavio arrancaba en aquel momento, se alejaba lentamente hacia el interior del barrio. Paulo tropezó con algo en la acera. Era un pie de Martín Rubén.

—¡Gran amigo mío, usted por aquí!

Paulo se paró a mirarle.

—¡Siéntese aquí, amigo mío! En el santo suelo. Yo siempre me siento en el santo suelo. Cuando está uno en la Madre Patria, debe permanecer en contacto directo con la tierra fecunda que originó nuestra historia.

Paulo iba a preguntarle por Carmen. Quizás él hubiera visto a Carmen. Pero prefirió no hacerlo de momento. Comprendió, de pronto, que estaba agotado. Se sentó en el suelo, junto al poeta americano, con las rodillas en punta, las gafas puestas y el cigarrillo en la mano.

—¿Qué haces aquí, oye?

—Ya le digo, mi amigo. Tomo contacto con la Madre Patria, con la Tierra Patria, con el Suelo Patria. ¿Es que hay otra Patria que el suelo para el hombre?

—No empieces con tu retórica, Rubén.

A Paulo no dejaba de divertirse tristemente el americano diplomático y pederasta.

—Digo que estamos en España, y que es hermosa esta confraternidad de ustedes, los intelectuales, la flor del país, con el pueblo, con estos hombres esforzados que...

—Es una vergüenza, Rubén. Es una sociedad podrida. Venimos aquí, después de haber bebido *whisky* toda la noche, a acostarnos con esta gente, a envilecer al pueblo, como tú dirías.

—¿Por qué, mi amigo? El alcohol y la libido. ¡Qué hermoso panteísmo de la raza!

—Lo que no sé es cómo aguantas este país.

Martín Rubén alternaba sus retóricas con momentos de desconcertante lucidez.

—Ustedes no son este país. Ustedes son cuatro pingos viciosos, mi viejo, cuatro seres espúreos, parásitos de esta sociedad y de todas las sociedades. Este país ha dormido toda la noche y se levanta ahora para trabajar honradamente.

—Eres de derechas, como tu padre Rubén.

—Creo en la Madre Patria.

—No hay Madre Patria que valga. Todo esto habría que barrerlo.

—¿Y usted lo dice? ¿Usted que se emborracha con ellos y viene aquí a envilecer al pueblo, a estos hombres honrados que han viajado toda la noche para, con su esfuerzo...?

—No me hagas discursos de la Hispanidad, Rubén. No me hagas Saluciones del Optimista. ¿Qué tiene que ver la conducta personal con la moral de Partido? Los hombres de la Revolución no necesitan predicar con el ejemplo, como los de la Iglesia.

—Pero ustedes, los hombres de la Revolución, son un puro relajo, y así, mi amigo, no se va a ninguna parte.

—Tienes una idea romántica de la Revolución, oye.

—¿Romántica?

—Sí. Y la Revolución es una cosa científica. ¿Comprendes? Científica.

El mercado abría sus puertas. La mañana se enredaba de sol y niebla en aquella primera hora. Un viento portuario y suburbial movía crudamente el día. Los hombres del pescado iban y venían friolentos. Los camioneros acudían a la cabina de sus camiones como al regazo tosco y cálido de una gran bestia amiga. La juerga estaba terminando en la taberna.

—Tampoco es momento de actuar, Rubén. Pero ¡tú qué sabes de eso! Tú eres un retórico y un parnasiano y un simbolista. Tú de eso no sabes nada.

—Sartre habla de la Revolución detenida. ¿No será eso lo vuestro?

—Mira, Sartre está viejo y además ha traicionado. La Revolución es algo que se nos está viniendo a las manos. No hay más que esperar. Europa está madura. Vive en un equilibrio inestable. El neocapitalismo ha cumplido su ciclo.

—Antes lo cumplió el capitalismo, y decíais que era vuestro momento. Pero vino el neocapitalismo. Tened cuidado, a ver si este neo engendra otro neo, y así hasta el infinito, mientras vosotros venís a beber con los camioneros.

—No se puede hablar contigo. No eres dialéctico. Eres un retórico.

—¿Es dialéctico hablar con la cabeza llena de *whisky*, como ustedes?

Martín Rubén pasaba del tú al usted con cierta habilidad retórica.

—Mira, no es científico definir las cosas por su anécdota. No es dialéctico ese sofisma de que la Revolución somos los que estamos aquí esta noche, y que, por lo tanto, la Revolución está podrida. O detenida, como dices que ha dicho Sartre.

—Usted es un revolucionario, ¿no?

—Más o menos.

—Pues donde está un revolucionario está la Revolución.

—Otra frase. No te apeas de la retórica.

—Ni usted se apea de la dialéctica, mi amigo. ¿Qué es su dialéctica sino una retórica puesta al día?

—Aunque sólo fuera eso, que no lo es, valdría más mi retórica que la tuya.

—Pero óigame, mi buen amigo, ahora entre nosotros, ya que estamos así de alcohol, ya que somos unos abandonados y unos parásitos, ¿usted cree de verdad en la Revolución?

—Te digo lo que los católicos: por creer no se pierde nada.

—Se pierde la libertad, mi amigo. Ya dijo el Conde de Keiserling que...

—Tu libertad es una libertad lírica.

—Pero ¿hay algo más lírico que la libertad?

—No más frases, por favor.

Y Paulo se llevaba las manos a las sienes con un divertido ademán de agobio.

—Digo que según el Conde de Keiserling...

—Tenemos demasiado *whisky* para hablar de estas cosas.

—Sólo con demasiado *whisky* puedo yo hablar de estas cosas con un revolucionario *démodé* como usted. Sólo con demasiado *whisky*, añadiéndole misterio al misterio...

—Eres un irracionalista, Rubén.

—¿Y por qué quieren ustedes matar el irracionalismo? ¿Es que el hombre no tiene derecho a su irracionalismo? Si suprimimos lo irracional, hemos suprimido toda la historia del arte y de la literatura, querido amigo. ¿Qué hay del románico y del gótico sin irracionalismo? ¿Qué hay del Bosco y de Brueghel? ¿Qué hay de Beethoven y Baudelaire? Ya sé que ustedes no necesitan al Bosco ni a Baudelaire para hacer la Revolución, pero yo entiendo que ellos son los grandes revolucionarios, los que han vuelto al hombre del revés y...

—¿Y si yo te dijera que el Bosco y Baudelaire prepararon nuestra Revolución?

—¿Desde el irracionalismo?

—Vivía cada uno preso en su época.

—Luego hay que contar con el irracionalismo.

—Estamos en el siglo veinte. En la segunda mitad.

—No creo que esto sea un problema de calendario.

—Oye, Rubén, ¿tú has visto a Carmen?

—¿A Carmen?

La puerta de Toledo es una modesta y madrileña puerta de las Lilas. Las primeras oleadas de automóviles suben y bajan por la calle de Toledo. El cielo trae en sus mallas todo el frío del nuevo día. La ciudad se entibia vanamente de actividad humana. Pero Martín Rubén, el poeta y diplomático sudamericano y pederasta, cornudo y alcohólico, lírico y solitario, dijo que no había visto a Carmen. O que sí la había visto, pero no recordaba cómo ni cuándo ni dónde.

Y Paulo se puso en pie trabajosamente.

—Hace frío aquí, Rubén. Me voy a casa.

—Sí. A dormir. Los revolucionarios también dormimos.

—Pues yo me quedo aquí, velando el trabajo de esas honradas gentes.

—¿Quieres fumar un cigarro mientras velas?

—Muy gentil, pero no acepto.

Paulo echó a andar lentamente; se iba envarando a medida que caminaba, hasta recobrar su habitual rigidez. El poeta le gritaba cosas. Paulo buscó con la mirada en los letreros de las calles. Echó a andar cuesta arriba, si es que no puede ser, no se puede perder el tiempo hablando con esta gente, la Revolución, pues claro que la Revolución, eso está hecho, por eso puede uno permitirse ciertas negligencias, exactamente, negligencias, la burguesía capitalista está podrida, se desmorona, uno no tiene más

que esperar el momento en que le llamen para servir, hay que servir; nuestra labor, ahora, es de profetas, nada más que de profetas, de anunciadores, si pasase un taxi lo tomaba, no me voy a meter ahora en el Metro, somos los salmistas de la Revolución, los anunciadores, los claros clarines, que diría el sudamericano, y sonrió, estás en forma, a pesar de toda la noche y todo el *whisky*, estás en forma, qué raro lo de Carmen, se habrá despistado, seguro que está en casa, no va a haber ligado con un camionero, eso no es propio de ella, estará durmiendo hace un par de horas, a ver qué le digo yo, bueno, nada, que me cogió ese pelma de Rubén y me soltó su rollo, claro que ya podía haberme avisado ella cuando se fue, por ahí viene un taxi libre, espera a ver, no sé si me queda dinero, se buscó por los bolsillos, debajo del abrigo, veintitrés pesetas, tres duros y ocho pesetas.

Bueno, ése lo dejamos pasar mientras lo pienso, ahora vienen muchos taxis, empiezan el servicio, miró el reloj, puedo decirle que espere y mando a la chica a pagarle, no sé si a Carmen le parecerá bien, claro que estará dormida, pero habrá que despertarla para pedirle el dinero, no, es mejor no tomar un taxi, al Metro, macho, para que no diga Rubén que no somos revolucionarios, al Metro con los obreritos, vete a saber si conoceremos nosotros eso, el triunfo de la Revolución, seguramente lo verán nuestros hijos, pero nosotros no, es un proceso histórico en marcha, no cabe acelerarle ni retardarle, fíjate bien en esto, poeta, jodío retórico, «ni retardarle», de modo que a esperar, seremos llamados, qué sueño y qué ganas de estar en casa, podía desayunarme con este dinero antes de entrar al Metro, un café bien calentito y un orujo, pues claro que seremos llamados, y se metió en la buñolería de latones donde hacía un rato habían estado VicenCortés y Maíz, otra negligencia, ¿será esto del café y el orujo otra negligencia?, le he hablado a Rubén de negligencias, pero creo que he estado bien, creo, pero no sé.

LA JUERGA SE ACABABA en el bar de los camioneros; todo iba tomando allí un fastidioso aire de cotidianidad y algunos de los noctámbulos salieron en los automóviles camino de la churrería de San Ginés.

—¿Me dejas el coche, chorizo?

Sánchez le dejó el coche a Ramiro y se fue en el de la Marquesa con ésta y el Giocondo.

—Me voy con vosotros a desayunarme. Cuídame el auto, paleta. Que eres un paleta.

Ramiro y Ofelia se iban a la cama en el coche de Sánchez.

—Y a ésta déjala dormir un rato, a la pobre.

—*Ciao!*

La pareja se metió en el coche de Sánchez.

—¿Dónde te llevo, choriza?

—A dormir. Tengo sueño.

—Tú te vienes conmigo a casa. Y no te me hagas la estrecha.

Estuvieron unos momentos con el motor en marcha y el coche parado, confortándose con el calor que nacía dentro del automóvil. Ramiro se frotaba las manos y se echaba aliento en ellas, con un gesto de zagalejo dispuesto a vencer el frío de la sierra. Ofelia buscaba ropa en el fondo del coche y se la arrebujaba al cuello. Arrancaron bruscamente, entre el laberinto del mercado. Ramiro sacó la cabeza por la ventanilla para insultar cariñosamente a los que trabajaban:

—¡Obreros, cabrones! ¡Burros!

Luego subió rápidamente el cristal.

—Hace un gris que afeita, macha.

Ofelia cerraba los ojos con sueño y mimo.

—Hace tiempo que no pasamos tú y yo una noche juntos.

—Estoy muy cansada, Ramiro.

—No te pongas en diva, que no te va.

—No empieces a faltar.

—Contestas como una criada. Me parece que Sánchez no va a hacer vida de ti.

El coche corría por calles grises y frías. Ramiro conducía mal, bruscamente, entre los rápidos automóviles de aquella primera hora.

—Deja en paz a Sánchez.

—Aligérate un plajo, ¿quieres?

Ofelia encendió un cigarrillo y se lo puso a Ramiro entre los labios.

—¿Tú no fumas?

—Estoy harta.

—¿De fumar?

—De todo.

—No me cuentes tu vida, amor.

—Me parece que un día le doy el corte a Sánchez.

—Se ha portado bien contigo.

—No sé qué es lo que quiere conmigo.

—Hacerte una gran estrella, una mujer importante, un mito. ¡Oh, la Jane Fonda española, la Karina ibérica, la *star* más choriza del mundo!

—Una mierda.

—Pues claro que una mierda. ¿Dónde crees que vas a ir tú?

—Sánchez lanzó a...

—Sánchez no lanza ni la jabalina. Te está buscando un banquero viejo para irse con la comisión. Es un charla.

—Vaya noticia.

—Y si lo sabes, ¿por qué aguantas?

Ramiro se llenaba de humo y de suficiencia al fumar.

—Dónde voy a ir yo. Tú lo has dicho.
—A vender lavadoras, que es lo tuyo.
—Cada día tengo menos esperanzas.
—No me hagas reír, Ofelia. ¿Es que de verdad pensabas ser actriz famosa? Eso no te lo crees ni tú.
—Bueno, ¿y por qué no?
—Es lo que decís todas para encarecer la mercancía.
—Como no tratas más que a profesionales...
—Son las más decentes. Lo dice mi director, que es un tío grande. ¿No te parece que mi director es un tío grande?
—Sí. Y tú eres un pelota.
—Pues claro que sí, un pelota. Pero él es un tío grande. Claro que está majara, como yo. Por eso nos entendemos. El mundo es de los grandes majaras Hemingway, Dayan, mi director. La gente con sentido común nunca ha hecho nada.
—¿Adónde vamos?
—A mi casa. Ya te lo he dicho.
—¿Me dejarás dormir un poco, no? Ya has oído a Sánchez.
—Papá Sánchez y la Marquesa se van a poner morados de meterle mano al Giocondo, mientras se toman el chocolate.
—Es raro el Giocondo, ¿no?
—Una marica reprimida.
—Pero tiene clase.
—Pues claro que tiene clase. Todos mis amigos tienen clase. Aquí la única choriza que hay eres tú.
—Me parece que me voy de Madrid, Ramiro.
—Bien hecho. Todos los días llegan por Príncipe Pío y por Atocha doscientas niñas como tú, dispuestas a hacer carrera como sea.
—No quiero acabar vendiendo carburante en una gasolinera.
—No te queda otra.
—De eso, nada.
—¡Hele, mi niña!
Y Ramiro la palmeó un muslo con fuerza.
—Como tú no has querido hacer nada por mí...
—No eres noticia. Qué le voy a hacer yo si no eres noticia. Dile a Sánchez que te lance y luego hablaremos.
—Cuando me haya lanzado Sánchez ya no te necesito a ti para nada.
—Estás muy flamenca esta noche.
Pero Ofelia bostezaba.
—No te me duermas, que todavía tenemos que hacer unas cuantas locuras tú y yo.
Ramiro conducía y conversaba con una vaga sonrisa fluctuante en los labios, en su boca viciosa y simpática. Una sonrisa que se le embobaba, pero no llegaba a desaparecer nunca. A veces parecía un cínico fino. A veces no era más que un hortera guasón.
—¿Nunca tienes sueño, Ramiro?
—Eso de dormir es una costumbre burguesa.
—Estoy que me caigo.
—En casa tomaremos el último *whisky*. Verás cómo te aclara.
Ramiro bajó un poco el cristal de la ventanilla para tirar fuera el cigarrillo.
—Entra una brisita deliciosa.
—Hace un frío que mata.
—Respira, mujer, respira. Los que no habéis nacido en la sierra no sabéis lo que es el aire puro. Esto es vida, salud.

—Oye, ¿qué fue de Carmen?
—Debe de estar encamada con un camionero.
—Me da pena por Paulo.
—Paulo es mi amigo. No hay que tener pena de mis amigos. Son todos grandes.
—La verdad es que sois un grupo bastante aburrido.
—Eso lo dices porque no te dan charla. ¿Por qué no te trabajas a Bruto? Y eso que ahora está en cura de hombres.
—Nunca hubiera creído que Bruto fuese así.
—Tú no tienes por qué creer nada. Calla y sigue nadando.
—¿Cuándo llegamos?
—Ya está. ¿No lo ves?
Ramiro aparcó haciendo unos raros virajes con el coche. Corrieron hacia el portal apretándose las ropas contra el cuerpo.
Subían en el ascensor y Ramiro le palmeaba el rostro a Ofelia para quitarle el frío. Cuando metió el llavín en la cerradura del apartamento, se quedó inmóvil.
—No estamos solos.
—¿Qué pasa?
—Me parece que hay visita.
—Yo me voy a casa, Ramiro. Aquí nunca hay manera de dormir.
—Espera. Ven detrás de mí.
Ramiro se coló en el apartamento tomando precauciones de ladrón, sin ruido. Ofelia le siguió y se quedó en una silla, en el vestíbulo. Ramiro cerró la puerta tras él y anduvo de puntillas por la casa, con el cuello subido. Fue hasta el salón y luego se asomó al dormitorio. María Rosa dormía medio sentada en la cama. En la pantalla del televisor vibraba una masa gris con ligero rumor. Olía a cigarrillo apagado. Ramiro fue apagando luces y cerrando ventanas. Dejó a María Rosa en soledad, oscuridad y silencio, tras de cerrar el televisor.
—Ven acá —musitó a Ofelia.
Ofelia entró con los zapatos en la mano.
—¿Está ahí la vieja?
—Sí.
Hablaban en bisbiseo.
—Yo me largo.
—Tú te quedas.
—¿Y qué vamos a hacer aquí?
—No te pongas obscena, cariño.
Ramiro tiró su chaquetón sobre una butaca y se puso a organizar una cama en el diván del salón.
—Pero ésa saldrá en cualquier momento —decía Ofelia.
—Bien, que salga. Ya me tiene hartó. Que haga el número. Entonces la largo y se acabó. ¿O es que voy a tenerle miedo a una vieja menopáusica?
—Te tiene muy cogido. Tú no ganas para esto.
—Eso a ti no te importa. Yo tengo una pluma de oro y gano lo que me dé la gana. Además, a mí nunca me falta una mujer que...
A Ofelia le halagaba confusamente la actitud de Ramiro, el que estuviese dispuesto a romper con la vieja catalana por pasar un rato con ella. Empezó a colaborar con el periodista en la tarea de hacer la cama.
—Lo haces muy bien, choricilla. Yo creí que sólo sabías deshacer camas.
—Ya ves que también sé hacerlas.
—Pero quítate algo, amor. Aquí ya no hace frío.
Ofelia se quitó el abrigo. Fue descalza hasta la cocina y tomó un huevo del frigorífico.
—¿Qué vas a hacer con ese huevo?

—Comérmelo.

Seguían hablando en susurro.

—¿Crudo?

—Sí. Todas las mañanas me desayuno un huevo crudo.

—Costumbres de pobres.

—Aquí no hay más pobre que tú. Es un precepto dietético.

—¿Te lo ha enseñado Sánchez?

—Pues claro.

Ramiro soltó un pito de risa y luego se tapó la boca.

—Qué te parece. El recetahuevos. Y así quiere hacer grandes estrellas, mitos, Raqueles Welches. Recetando huevos crudos.

—Pues están muy buenos.

Ofelia había esquinado los dos polos del huevo contra el ángulo de una mesa. Con la cabeza echada hacia atrás, sorbía el huevo.

—Qué asco, Ofelia. Ya no me acuesto contigo.

Y Ramiro, muerto de risa reprimida, se tapaba la cara con las manos y se la frotaba, para espabilarse. La chica no le hacía mucho caso.

—¿No quieres tú uno?

—No. Búscame una mirinda.

—¿Una mirinda?

—Sí. Tengo sed. Me apetece algo fresco.

—Mejor *whisky*, ¿no?

—No, que estoy ya con la resaca.

—Allá tú.

Ofelia volvió a la cocina y buscó una mirinda.

—Que no encuentro la mirinda, oye.

—No grites, choriza.

Al fondo del frigorífico había una mirinda de naranja.

—Toma. Y está bien fresquita.

Ofelia se la traía con un vaso y la pequeña llave de destapar botellas. Ramiro se desnudaba lentamente mientras Ofelia le servía la mirinda en el vaso. Ramiro había visto a los grandes toreros y a los astros de cine, a sus entrevistados famosos, reinando en un harén de admiradoras que les hacían los menudos trabajos de la casa como sirvientas humildes. Ramiro tenía una idea novelesca y confusa del triunfo, que se concretaba en aquella situación de estarse desnudando cansadamente mientras una mujer joven, bella y casi desconocida, le servía algo.

—¿Tienes lumbre?

Ofelia se acercó con una vela encendida y prendió con la llama el cigarrillo quebrado que Ramiro se había puesto en la boca. El periodista dio unas chupadas, dejó el cigarrillo en un cenicero y empezó a beberse la mirinda.

—Anda, desnúdate.

—¿Eh?

—Esnúate, como decía el Guerra.

—¿Quién es ése?

—Eres una jodía analfabeta. El Guerra fue el torero más grande de su tiempo.

—¿Tú le viste torear?

—Imbécil, que no soy tan viejo.

—¿Era como el Cordobés?

—Eso. Como el Cordobés. Igualito que Manolo, sólo que de verdad.

Ramiro, al Cordobés, le llamaba Manolo.

—Mira —le explicó a Ofelia—, cuando una admiradora iba a verle después de la corrida para decirle lo bien que había estado, el Guerra la miraba de arriba abajo: «Qué, ¿te ha

gustao?» «Mucho, maestro.» «Pues hala, esnúate.»

—Qué bruto.

—Nada de bruto. Venga, esnúate.

Ramiro se tomaba su mirinda con mucho juego de nuez al tragar, en camiseta, y Ofelia empezó a desnudarse dócilmente.

EL PASAJE DE SAN GINÉS tiene en su arco como una última telaraña de noche, una negrura agazapada, un hueco ciego de sombras donde llueve silenciosamente.

Los últimos coches de la noche y los primeros del día cruzan allá abajo, por Arenal y Mayor. En este callejón sin salida de la noche madrileña, en este reducto desabrigado y hondo, una multitud breve y rumorosa, oscura, abre paraguas, canta, grita, se expande en el cohete de una carcajada o se apiña en torno del rumor bisbiseado. Esperan a que se abra la churrería para desayunarse. Son unos grupos un poco fantasmales, el último residuo del gran despabilamiento, masa noctámbula, gentes de colores, ateridas y borrachas, alegres y cansadas, con bufandas rojas, sombreros vivos, abrigos de cuadros, largas gabardinas suspirantes, medias de malla, sucios maquillajes embarrados de tristeza, gotas de lluvia, gafas negras y besos sucios. Toda la gallofa indecisa de la madrugada, los que han pasado la noche en la calle, el hombrecito que se hace corro para bailar con nadie, el que viene con una guitarra y la toca, los *prímula* cogidos del brazo, todos.

La alegría parece ir por grupos, pero de vez en cuando hay una carcajada general, un clamor ya sin fuerza, como un escalofrío de desvelo que corre por las pandillas y las unifica. Es cuando de una alta ventana desencajada tiran agua a los escandalosos, y hay un entrecruce de insultos entre los honestos dormidores que defienden su descanso y los nocherniegos procaces.

¡Que tire más agua!

¡Ahora sí que llueve!

—¡Tío asqueroso!

Y saltan como los condenados en el infierno, alegres y burlones contra el castigo que les llega de arriba. La churrería está cerrada, hermética, con un travesaño de hierro sobre su cierre de latón. Se diría que no la van a abrir nunca. Pero la gente espera, confiada e impaciente, como en un sueño. Julio César, su cabeza blanca como un lujo último a aquella hora en que todo el mundo ha perdido sus galas, navega entre las cabezas. Julio César quiere reunir un grupo de muchachos para cantar muy en serio tarantelas napolitanas. Sus chicos le empujan y sobetea. Julio César es feliz, pero quisiera más organización en su coro, más espíritu orfeónico. Está lamentable y viejo, sonriente, transfigurado, blando. Mueve sus toscas manos con delicadeza.

Andresco, menudo y listo, gastado de toda una noche, sigue liándose la bufanda al cuello, pero la bufanda se le deslía sola y le cuelga como una gala roja y marchita. Les está explicando todo aquello a unos muchachitos de provincias que le escuchan sonrientes y tímidos.

Entre lo goyesco y lo regoyesco, entre Goya y Regoyos, entre Solana y Valdés Leal, la última piña humana de la noche levanta de vez en cuando algo como un estandarte maldito, o eleva a un hombrecito borracho, como muñeco manteado, como pelele apaleado, horriblemente vivo.

El pasaje de San Ginés se queda sin tiempo, fantasmal y cruel, hasta que el ruido agrio de los cierres metálicos de la churrería trae una violenta actualidad de luz de bombilla y olor a chocolate con churros. Los grupos saludan a la luz de la churrería como ánimas del purgatorio que han entrevisto de pronto un boquete de cielo por donde les llega aquel aura de desayuno, y la luz amarilla de la churrería pone las caras blancas, los ojos guiñados, las bocas ávidas y las manos crispadas. Los trasnochadores tienen por un momento luz de ametrallados bajo los faroles franceses del Dos de Mayo en Madrid.

La gente se reparte precipitadamente por las mesas del establecimiento. Meretrices de madrugada, *prímula* enjaezados, grupos con guitarras, algún tuno extemporáneo con sus cintas y su pandereta, abrigos de piel, gafas negras, caras pálidas, chicas sin suerte del cine y del teatro.

La churrería es un local grande, blanco y sucio, con mesas de madera, enharinado de

cal y embigotado de chocolate. Todo tiene algo de rara romería nocturna, de verbena de invierno, de excursión hacia un nuevo día, y ellos y ellas son como excursionistas traspapelados del tiempo y del espacio. Sólo les falta traer en alto escobas encendidas. Los churreros y los chocolateros, con gorros blancos, peludos y arremangados, miran como unos diablos buenos a esta última remesa de condenados que acaba de llegar a su infierno de calderas de chocolate.

Hay un rápido repartir de tazas y platos y servilletas de papel, como si aquello fuera el asilo de urgencia de los trasnochadores sin hogar, donde se van a repartir desayunos de caridad. La gente se conoce y se saluda una vez más, se saluda por primera o última vez a lo largo de toda una noche de encuentros. En los rincones surgen los grupos orfeónicos y los chillidos de los *prímula* en peligro.

—Por aquí, Antonio.

El coche de la Marquesa se detuvo a la entrada del callejón. Ella salió a la acera, mientras Antonio sostenía la portezuela, seguida del Giocondo y de Sánchez.

—¿Quiere usted venir a desayunarse, Antonio?

—Gracias, señora. Ya me he desayunado.

La Marquesa echó a andar por la calle en cuesta, entre sus dos amigos, cogida de ambos. La lluvia les pasaba por los rostros una mano incruenta y refrescadora.

Antonio vino tras ellos.

—¿Quiere la señora que los acompañe con un paraguas?

—Gracias, Antonio. No vale la pena.

El chófer se metió en el auto mientras ellos llegaban a la churrería.

—¿Ya han abierto?

—Sí. Ahora mismo.

—Llegamos en el momento justo.

—A ver si ves una mesa, Sánchez.

La Marquesa necesitaba siempre echar a alguien por delante, preparar su llegada, hacerse anunciar. Por supuesto, Sánchez era en aquellos momentos el lacayo de la pareja más o menos enamorada.

—Uf, qué cansancio.

Y, al desprenderse de ellos Sánchez, la Marquesa se apoyó más íntimamente en el Giocondo. Entraron en la churrería, no sin cierta expectación por parte de los parias de la noche hacia aquella pareja alta y epatante.

Julio César vino inmediatamente, entre las mesas, a saludar y besar a la Marquesa.

—Julio, qué alegría...

El infinito cansancio hacía a todos más delicadamente protocolarios. Julio César, consciente de su desarreglo, reparaba desperfectos en su pelo y su ropa delante de la Marquesa.

—Mira cómo me encuentras...

—Así estamos todos, Julio. Lo estupendo es que te encuentro.

Y volvió a besarle.

Luego vino Andresco, simpático y correcto.

—¡Qué pareja! ¡Madre mía, qué pareja!

Y giraba con malicia sus ojitos listos.

La Marquesa era más o menos feliz. Todavía, a aquellas horas, había conseguido una entrada digna de ella. La hacían corro. Sánchez quería llevárselos a una mesa.

—Venga. Aquí tenemos un sitio.

Se sentaron todos. La Marquesa estaba peripatética.

Les sirvieron chocolate en grandes tazas, y unos churros gruesos, indigestos, nevados de azúcar. El Giocondo se desayunó con buen apetito. Sánchez se embadurnaba la cara y bebía directamente del tazón. Julio César y Andresco se intercambiaban churros goteantes de chocolate. La Marquesa apenas lo probó. Julio César y Andresco tenían

la sensibilidad fina y pronto comprendieron que no acababan de encajar con los otros. Era ya muy tarde para iniciar una complicidad. La Marquesa y sus dos acompañantes venían muy cargados de confidencias y recuerdos de toda una noche en común. De modo que los dos *prímula* se despidieron pronto. En la churrería entraban nuevos grupos de desayunadores desaforados, ruidosos como un bautizo o quedos como delincuentes. Alguno había pasado la noche en la cercana Dirección General de Seguridad e iba a desayunarse. Sánchez saludó a un grupo de chicos jóvenes y los sentó a la mesa. Tres o cuatro le hicieron corro. Sánchez les contaba chistes y les palmeaba los muslos.

Otro de los chicos se había sentado junto a la Marquesa. Ella le interrogaba, le ofrecía tabaco, le miraba a los ojos. Era un chico alto y quizá tímido, con aspecto de estudiante. El Giocondo tenía la sensación de que la Marquesa se había olvidado de él completamente; pero, de vez en cuando ella se volvía para ponerle al corriente de alguna originalidad que acababa de descubrir en el estudiante.

Y la manera que tenía de hacerle partícipe de aquello era aún más molesta que su olvido. Parecía decirle: «Fíjate, veintidós años, ¿no es encantador? Y dice que estudia medicina para ver mujeres desnudas; qué ingenuidad, ¿no?» Al Giocondo no le divertía nada sentirse padre putativo de aquel estudiantillo, de quien la Marquesa iba a ser seguramente madre incestuosa.

Una mañana de invierno, con sol áspero, no hacía mucho tiempo, la Marquesa le había dicho: «¿Tomamos el aperitivo en el Club de Campo?»

Bueno. El Giocondo había dicho que bueno. En el Club de Campo. Luego resultó que se venía con ellos el profesor de los niños, que era otro estudiantillo como el de la churrería. Al Giocondo, aquellos estudiantinos le olían a Casa de la Troya, a pensión de Argüelles, a médico o veterinario de pueblo. Pero la Marquesa parecía muy aficionada a ellos. De modo que salieron hacia el Club de Campo.

Antonio conducía de manera sensata aquella mañana. La Marquesa iba entre el Giocondo y el profesor de los niños. El Giocondo no entendía nada de aquel extraño plan, pero tampoco le preocupaba demasiado. Hacía bastante tiempo que no madrugada y le resultó divertido el espectáculo de la gente mañanera, aquella actividad de hombres vestidos de gris y mujeres con la cesta de la compra.

«Imbéciles», pensó.

Era grato salir al campo en una mañana de sol y frío, dentro de aquel coche confortable, para tomar algo fuerte en el Club. El Giocondo se encogía en sí mismo, dentro del rayo de sol que entraba por la ventanilla del automóvil, y se llenaba de una voluptuosidad gatuna y egoísta. «Ya veremos por dónde sale esta loca. De momento, aquí se va bien.»

Al pasar por la Universitaria, vieron una perspectiva de guerra entre los estudiantes y los «grises». Caballos, cascos, *jeeps*, chicos con piedras. Dos bandos indecisos en los grandes descampados, con Madrid al fondo. La Marquesa se puso un poco histérica con el espectáculo.

—Oye, pero esto está muy feo.

—Claro, como tú sólo te enteras por el *ABC*. ¿Creías que eran inventos del periódico para vender más?

Al Giocondo no le importaba gran cosa todo aquello, pero sintió la necesidad de decirle estas cosas a la Marquesa, porque iba poniéndole incómodo la presencia del profesor de los niños.

—Por favor, Antonio, salga usted en seguida de aquí —dijo ella al chófer.

—Como guste la señora.

Era cómico. El Giocondo pensó que era cómico. Si hubiesen estado atravesando el Vietnam con el coche, bajo una lluvia de *napalm*, Antonio hubiera contestado con la misma ceremonia indiferente y vacía: «Como guste la señora.»

Pero el profesor de los niños, que había ido bastante calladito, encontró ocasión para hablar mucho y ponerlos al corriente de los disturbios en la Universitaria. La Marquesa le escuchaba muy interesada y le hacía preguntas de niña, como si el estudiantillo estuviese en el secreto de todo el problema universitario.

—Por favor —pedía—, dígame usted algo tranquilizador.

Era todo pueril. Mas el estudiantillo se crecía y seguía contando aburridos pormenores sobre lo oportuno o lo inoportuno que había estado su decano cuando se le declararon en huelga.

—¿Y por qué no está usted ahí tirando piedras? —le preguntó el Giocondo, de pronto, insolentemente, utilizando aquel usted extemporáneo con un muchacho casi de su edad.

—Qué horror, Gío, qué cosas tienes —intervino ella, satisfecha del humor del Giocondo, pero sin darse por enterada de la tensión que éste había creado.

Llegaron al Club de Campo. Antonio tuvo que parlamentar un poco con el guarda de pana, porque a la señora se le había olvidado el carnet, pero en cuanto el guarda vio a la señora en el fondo del coche, se hizo a un lado para que pasase el automóvil. Era una delicia sentir, más que oír, el rumor de las llantas sobre la grava de los paseos.

El Club estaba solitario y cuidado, señorial y saludable. Pararon junto al bar y el Giocondo permaneció unos momentos en la puerta, respirando aire puro, antes de entrar. Luego se fueron los tres a un rincón del espacioso bar, donde sólo había unos cuantos clientes silenciosos. El Giocondo miraba los viejos mapas, los trofeos de caza, el plano de Madrid.

—Estás muy callado, Gío.

—¿Quieres pedirme un chivas con hielo?

Y ella se lo pidió.

El profesor de los niños y la Marquesa tomaron martini. El tipo seguía hablando de parciales, juntas de gobierno, decanos, incompatibilidades, Fude y cosas así. El Giocondo se aburría y estaba un poco despechado. De pronto, otro estudiante se acercó a saludar al profesor de los niños. Vestía un poco mejor que éste. Se veía que era habitual del Club. El profesor se lo presentó a la Marquesa y al Giocondo.

—¿No te sientas? —le pidió ella al recién llegado.

Y el tipo se sentó.

LA MARQUESA HABÍA EMPEZADO inmediatamente a coquetear con el recién llegado, y entonces el Giocondo decidió interesarse por el profesor de los niños y por la crisis de la Universidad. El estudiante le explicaba cosas al Giocondo, se sentía importante descubriéndole las entrañas políticas del país a aquel tipo extraño a quien había oído llamar Gío, y de quien se decía que era el amante de la señora Marquesa, pero de quien también se decía que era homosexual. El Giocondo estimuló con preguntas, con atenciones, con cigarrillos, al estudiante-profesor, que parecía sentirse portavoz de todas las inquietudes universitarias. La Marquesa se dio cuenta del juego muy pronto, y jugó al contraataque llegando a cogerle una mano al tipo más o menos desconocido que se les había acercado, pero el Giocondo tenía todas las de ganar porque realmente no le importaba nada todo aquello, de modo que podía resistir indefinidamente. La Marquesa se fue poniendo nerviosa. Encendía muchos cigarrillos y hacía esfuerzos por generalizar la conversación. Al final de la mañana, cuando los dos estudiantes se despidieron, el Giocondo se divirtió esperando el estallido de ella.

—Eres un cerdo. Has estado queriendo corromper al profesor de mis hijos.

Paseaban por los caminitos del Club de Campo mientras Antonio los esperaba al pie del coche. El Giocondo acababa de redescubrir el aire puro, la adusta amistad de los árboles, del viento, el sabor ácido de un tallo, el perfume frío de una hoja que ha sobrevivido al invierno.

—Por favor, qué palabras.

—Un día te van a partir la cara, Gío. No se puede coquetear impunemente con un chico que no entiende. Os creéis que todo el monte es orégano.

—Todas las marquesas habláis con frases hechas.

—Qué sabrás tú de marquesas.

—Tienes razón. En mi vida he visto una.

—Estás odioso.

—Ocurrente nada más.

Ella se había puesto las gafas negras. Él llevaba el cuello del abrigo subido. Eran dos pájaros de la noche que quedaban raros y siniestros a la luz cruda de un mediodía de invierno. Fumaban.

—No hay derecho a timarse así con un pobre chico que no sabe de qué va.

—Sólo me estaba informando de los problemas del país. Las mujeres no tenéis sensibilidad política. En sacándoos de la cama...

—¡Hortera!

—¿Quieres decirme a qué ha venido con nosotros el profesor de los niños? ¿Mañana pasearemos a la primera doncella?

—No me digas que estás celoso.

—Me molesta tener que convivir con el servicio.

—Pues no lo parecía.

—En algo tenía que distraerme mientras dabas conversación a ese otro desconocido.

—Son dos buenos chicos. Dos estudiantes. Gente que se gana la vida y se paga los estudios trabajando, dando clases.

—¿Y luego vienen a fregar platos al Club de Campo?

—Yo qué sé lo que hacía ése en el Club de Campo.

—Marquesa, te ruego que no me vuelvas a dar un madrugón para hacerme convivir con abnegados estudiantes.

Pero ella estaba celosa de verdad. Había iniciado aquel juego con el profesor de los niños, pasándose luego al amigo, llevada de su inercia de Don Juan femenino, y también por provocar alguna reacción en el Giocondo, pero era la más débil en el juego y no podía seguir adelante.

En el coche entraron en silencio. El Giocondo le pidió el periódico a Antonio, que lo llevaba junto a sí en el asiento. Con esto, jugaba a desconcertarla a ella fingiendo que

había superado su prevención hacia el chófer y que se instalaba en posiciones tan privativas de la Marquesa. Por otra parte, la lectura del diario era una manera ostensible de cortar las relaciones diplomáticas con su amiga.

El coche rodaba de vuelta a la ciudad. La Marquesa, de pronto, le arrancó al Giocondo el periódico de las manos y lo volvió a echar sobre el asiento del chófer. Más tarde, el Giocondo le diría a ella, exagerando irónicamente una improvisada dignidad de duque ofendido: «No vuelvas a hacerme esas cosas delante de los criados.»

La Marquesa tiene cogidas las manos de este muchacho que al Giocondo le recuerda al profesor de los niños. Sánchez ha hecho una calurosa amistad con los otros chicos. Se levantan en grupo, se despiden de cualquier forma y se van. La Marquesa, entre el Giocondo y su nuevo amigo, es una criatura desmedulada, lamentable. El Giocondo fuma en silencio y piensa en largarse solo, pues vaya una noche de mierda; deben de ser como las nueve de la mañana, hora de irse a dormir.

Sánchez se metió en un taxi con sus tres nuevos amigos. Sánchez estaba encantado de lo simpáticos que eran aquellos chicos y de lo bien que se daban. Él, de buena gana se hubiera llevado a casa al morenito que hablaba andaluz, pero los otros dijeron que por qué no organizar un número de cuatro, y Sánchez, más divertido que excitado, dijo que bueno. De modo que el taxi los dejó a la puerta de la casa de Sánchez. Subieron al apartamento, y en el ascensor hubo ya sus bromas y sus toques, cosas de hombres solos, «quita de ahí, atrevido, ay, que me has acertado en las cosquillas», y cosas así.

Los muchachos tomaron el apartamento de Sánchez por asalto y en seguida se dieron al *whisky*. Sánchez estuvo gentil con su andaluz, le ofreció licores, pastas, un pijama para que se quitase la ropa de toda la noche y estuviera a gusto.

—¿Por qué no te pones algo mío? Un pijama o una bata. Estarás más cómodo.

—Quita de ahí. Y qué maz da. Agüita frejca ez lo que ze me apetece —decía el otro, en andaluz cerrado.

—Bueno, hijo, allá tú, voy a por agüita frejca —se burlaba, cariñoso, Sánchez.

Conque el agente artístico se prometía la bacanal del siglo con aquellos tres mozallones alegres y dispuestos a todo, aunque un poco desconcertado sí le tenía tanta facilidad. Le cegó el apetito, claro, y cuando andaba en camiseta cerrando celosías para que no entrase la luz de la mañana, le cayeron encima los tres gamberros y lo sujetaron boca abajo, en el suelo. Sánchez gimió, lloró, los insultó, les ofreció dinero, pero dos de los tipos le tuvieron bien amartillado mientras el andaluz abría cajones, rompía cristales, desvalijaba armarios. Se trajo una cartera grande del despacho de Sánchez —la cartera de agente artístico— y la llenó de dinero y de unas preciosidades en oro y plata, que eran los recuerdos mejores de la vida artística y sentimental de Sánchez.

Uno de los muchachos sacó cuerda de un bolsillo y ataron al *prímula* con las manos a la espalda, boca abajo, y los pies pegados a las nalgas. Se fueron de la casa ordenadamente, sensatamente, con la cartera estallante, mientras Sánchez, en camiseta y amorcillado de ataduras, giraba sobre su tripita en el parqué del apartamento. Cuando se le acabaron las fuerzas, gimió dulcemente y luego se quedó dormido, entumecido, llamando en sueños a mamá. El gato de Sánchez, que se había refugiado despavorido en la cocina, paseó en torno de su dueño, silencioso, observador e imparcial.

Cheryl y sus amigos españoles tomaban copas en la barra de un club de la calle de Jardines. El club había cerrado hacía varias horas, y los íntimos se habían quedado allí dentro, entre las banquetas patas arriba, haciendo corro al *prímula* de turno, que bailaba flamenco con mucho alarde de posturitas y mucho juego de ancas. Cheryl, el bello americano rubio de Boston (Massachusetts), hizo también su número de claqué americano, y todos reconocieron que era igualito a lo que se veía en las películas musicales. Había en aquel pequeño club una intimidad de hombres solos, una gravidez

de *whisky* y ginebra, y el dueño del establecimiento, un *prímula* viejo, delgado, de pelo corto y mejillas maquilladas, ponía de vez en cuando un disco de flamenco o un fox de los años cuarenta, que era lo que realmente le tiraba.

—Pero bajito, que no entre la pasma —decía cada vez que colocaba un nuevo disco en el plato.

En la rueda de las palmas, la amistad, el amor y el baile, le llegó el turno a José Luis, que sabía bailar la danza del vientre con cierta picardía de peluquero sarasa. José Luis estuvo muy bien aquella noche, porque a él nunca se le subía el alcohol, sino que solamente le dejaba entonado. José Luis tuvo un aparte con el americano rubio, y a punto estuvo de llevárselo de calle, pero el morenazo que tenía ligado a Cheryl intervino a tiempo, con aires de loba:

—Ponte a la cola, que estás la primera.

Y José Luis, después de haber visto a aquel americano tan rubio, tan saludable, tan lleno de picardía, que bailaba claqué haciendo preciosidades con las manos y los pies, se dijo que no valía la pena ninguno de los españoles horteras y fondones que tenía a tiro. De modo que decidió volver a casa como había salido, y cuando el flamenco y los foxes empezaron a cansarle, se despidió del dueño fríamente.

—Pero ¿te vas de vacío, José Luis? —le decía el dueño del club, que era un hombre casamentero a quien le gustaba que todo el mundo encontrase su apaño.

—Esta noche, sí, Moro.

—Oye, que vuelvas por aquí, que se te echa de menos.

—Descuida.

—No me digas que no te ha caído bien el norteamericanazo.

—No hay nada que hacer. Lo quieren para ellos solos.

—¡Ah, canallita, ya veo lo que te pasa a ti!

—Otra vez será, Moro.

Y José Luis se fue dignamente, después de despedirse de Cheryl con dos besos en las mejillas y un *good night* que a él le sonó perfecto, pero que a Cheryl no le sonó a nada. José Luis había aprendido mucho de la señora. Había aprendido a perder y a marcharse en el momento justo. No en vano llevaba tanto tiempo al lado de la Marquesa. Caminó despacio por la calle de Jardines, ciñéndose el cinturón de la gabardina y lleno todavía de la presencia del americano rubio. Un taxi con luz verde venía despacio, fantasmal, hacia él. Lo tomó y dio la dirección de casa. Confiaba en que la señora no hubiese llegado aún. «Esa loca estaba dispuesta a liarla esta noche.» En todo caso, le daba lo mismo. Era su noche de salida y ya la tenía acostumbrada a tomarse la noche entera. «Claro que es la tercera vez que salgo esta semana. Pero más delito tiene ella, que lleva cinco días empalmándola.» José Luis iba en el fondo del taxi, meditativo y decepcionado. No había sido aquélla la noche grande que se prometía. «Si es que no puede ser; después de haber visto bailar claqué a esa preciosidad, no te vas a apañar con un cualquiera.»

Cuando llegó el coche ante el portal de la Marquesa, el día clareaba tras la cúpula de la cercana iglesia. Cuando José Luis pagó al taxista, dejándole tres duros de propina, había terminado su noche de señorito. Llevaba la llave del portal en la mano, pero el sereno le salió al paso.

—¿Qué, ya de vuelta?

—¿Han venido?

—No. Todavía no —le tranquilizó el sereno, un hombre grande con cara triste y manos enormes dentro de unos sucios mitones.

—Voy para arriba, que quiero meterme en la cama antes que llegue.

—Pues no le tienes tú miedo a la gachí ni nada.

—Me hago el dormido y así no da la lata.

—Venga, fúmate algo.

—No, deja.

—¿Un mochuelo?

Y el sereno sacaba una bota de vino de debajo de su mandilón. José Luis echó un trago por cumplir, sin gusto. El sereno tentó la bota con mucho espectáculo y bebió de lo lindo. Quizás hubiera esperado toda la noche para llegar a aquel momento confortable de echar un trago con el criado de casa grande, que decían que si era marica, pero que tenía maneras y simpatía de señor. José Luis despreció profundamente al sereno.

—Bueno, me subo.

—Hala, como quieras.

Y el sereno le abrió la puerta, servil.

—Hasta luego, Daniel. Vete a dormir.

—Voy a esperarla a ella, a ver qué cae.

José Luis encendió la luz del portal y se vio un momento en el espejo que había frente al ascensor. No se gustó nada dentro de su gabardina ceñida. Decididamente, estaba bajo de moral. Lleno de rencor, de deseo, de desquite. Era una de aquellas raras noches en que José Luis, *valet* nato, no se reconciliaba con su profesión. En el espejo del ascensor se examinó de cerca el pelo rizado, casi rubio; la frente amplia, con arrugas un poco blandas; los ojos hondos, tristes, agradables; la nariz casi perfecta, tan dibujada; la boca un poco irónica, un poco sumida; el hoyito de la barbilla, tan caprichoso.

—Vaya una barba que traigo —dijo en voz alta, pasándose una mano por la cara.

Entró en el piso encendiendo sólo las luces imprescindibles.

Olía la casa al perfume de la Marquesa, a cena remota y a madera antigua. José Luis se encerró en su habitación, cerca de la cocina, y abrió el grifo del lavabo, sin saber para qué. El agua corría con cierta fuerza, como con furia. El criado mojó en ella sus manos y se las pasó por el pelo. En el respaldo de una silla estaba su guerrera de servicio. La miró como si no fuera suya. Luego se asomó al pequeño espejo del lavabo, llorando.

LA MARQUESA SALIÓ de la churrería entre el Giocondo y el otro muchacho, llevando a ambos cogidos del brazo. Bajaban despacio por el callejón en cuesta, alejándose del pasaje de San Ginés. La Marquesa se besuqueaba con su nuevo romance, y el Giocondo, asqueado, soñoliento, triste, fumaba en silencio y escondía media cara en el cuello del abrigo.

Cheryl, lejano y reciente recuerdo, cabeza rubia y adorable, piel dorada, muchacho que estaría ahora, quizás, en cualquier lecho de Madrid, tibio de intimidad y amor, entredormido, como otras veces a su lado, en la luz lívida de los hoteles de segunda, iluminados de patios macilentos y sin cielo. Cheryl, recuerdo imposible del Giocondo, nostalgia última de aquella noche que era ya un día revuelto y sin esperanza, cabeza dulce para el despertar blanco en las madrugadas del amor colmado, efebo lejano y alegre, sueño difícil del corazón que no se atreve a dar sus señas. Cheryl, palabra última en la larga noche del Giocondo, nombre como un tintineo, metal claro, cuerpo pleno, amor, amor, amor.

Pero lo de la Marquesa y el otro tipo se estaba poniendo imposible, y cuando llegaron junto al automóvil, Antonio, que leía el periódico de la mañana dentro del coche, saltó a la acera y abrió la portezuela trasera, y la Marquesa invitaba a su nuevo amigo a entrar, y entonces el Giocondo se desasíó enérgicamente y salió al centro de la calle para parar un taxi. Estaba ya con la mano en el manillar cuando la Marquesa vino a su lado, cabeza revuelta y boca de susto —«por favor, Gío, adonde vas, no puedes hacerme eso, vente a casa, olvídate de ese tipo, lo largo ahora mismo»—, y el Giocondo se dejó llevar lentamente. Antonio sostenía la portezuela con mucha pompa y circunstancia. El taxi que había parado el Giocondo se alejaba calle abajo. Lloviznaba.

Entraron en el coche de la Marquesa, y el otro tipo estaba en la acera, desconcertado, con las piernas un poco abiertas, con un cigarrillo sin encender en los labios. La Marquesa le palmeó una mejilla por detrás del Giocondo antes de entrar en el coche, «a casa, Antonio, por favor —la orden esperada toda la noche había sonado al fin—, a casa, Antonio, por favor», era ya la mañana de un día nuevo y feo, y el coche buscaba por fin el camino de regreso, a casa, Antonio, por favor, como si fuesen las siete de la tarde y hubieran estado de compras durante un par de horas, el coche había partido y el muchacho se quedaba allí, en la acera, frustrado, sonriente, con una muesca de perfume en la mejilla, lloviznaba. La Marquesa y el Giocondo iban encogidos, escalofriados, con lluvia en las cejas, dos seres de la noche heridos por la luz fría de aquella mañana cruenta.

Antonio conducía de prisa, como dando a entender con la velocidad, con la urgencia, su protesta, su «ya está bien», y las calles se iban llenando de un tráfico diario, intenso, laboral, y al chófer se le había despejado la cabeza después de toda una noche de dormitar malamente sobre el volante. Fumaba mientras conducía y cuando tenía que parar en un semáforo aprovechaba para echarle una ojeada al periódico, que tenía doblado por las páginas deportivas. Se sentía fresco, fuerte, como si hubiera dormido toda la noche, y el odio contra aquella pareja que llevaba a su espalda era un odio saludable, razonable, un odio que se bastaba a sí mismo y no necesitaba matar ni robar.

Antonio tenía buena salud, y la buena salud del pueblo es lo que hace que el pueblo aguante tantas cosas, su buena salud es lo que pierde al pueblo, porque cuando se despierta cada mañana, reconfortado y satisfecho, los ultrajes se le borran de la piel y siente sin confesárselo que todavía se puede seguir aguantando, que la vida es buena y que tiempo habrá de desquitarse, porque fuerzas no han de faltar. Esto es lo que Antonio sentía exactamente mientras perdía su vista entre la multitud de los automóviles, la lluvia desvaída de la calle y la masa gris y encogida de hombros de los peatones.

El automóvil negro y largo de la Marquesa fue dejando atrás la rueda loca de las calles

céntricas para adentrarse en barrios señoriales, ilustrados de una fronda invernal repentinamente verde con la lluvia de la mañana. Llegaron ante la casa de la Marquesa y Antonio salió a abrir la portezuela a la pareja casi con buena voluntad. El portero de la casa barría la acera vestido de uniforme y con zapatillas de cuadros. La Marquesa tuvo un último erguimiento para darle los buenos días y se apoyó levemente en el brazo del Giocondo, olvidando todo su cansancio, como en una caricia, borrando la impresión penosa de la noche trasnochada. El portero y Antonio se miraron con esa socarrona complicidad del pueblo. La Marquesa y el Giocondo, altos y solos, un poco fúnebres, entraron en el portal y tomaron el ascensor.

Ella buscó mucho su llave dentro del bolso, en la puerta del piso, y al fin el Giocondo tuvo que meter la mano en el pequeño apartado donde estaba el llavín. Abrió la puerta y entraron en el piso. La Marquesa fue encendiendo todas las luces maquinalmente, según era su costumbre. Dentro del piso todavía era de noche. Las ventanas cerradas, las cortinas corridas y las luces encendidas creaban una nocturnidad extraña y densa en el piso. Llegaron al salón y ella se dejó caer en su butaca.

—¿Me preparas un *whisky*?

—Me parece que me voy a dormir a mi casa.

—No, Gío, por favor.

—¿Con hielo?

—Sí, ligerito y con hielo.

—Hace sueño, Marquesa.

—Ahora dormimos. Bébetelo algo, anda.

—Sí, una tónica.

—¿Una tónica?

—Claro. Es lo mejor a esta hora.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿Qué?

Se acercó a ella con el *whisky*, dejando el bar abierto. Había tirado su abrigo en un diván.

—Que te ibas a casa.

—¿Y por qué no?

—Estás picado.

—¿Picado?

—Sí, por lo de ese pobre chico.

—¿De qué pobre chico se trata ahora?

—No seas insolente.

El Giocondo se sentó en un butacón a beber su tónica.

—Por más que ya no tengo sueño —dijo.

—No era más que un pobre chico.

Estaban sentados casi frente a frente. Fumaron y bebieron despacio, cansadísimos.

—¿Cuándo termina esta larguísima noche, Gío?

—Ha terminado ya. La gente ha abierto sus tiendas. —¿Abriremos nosotros la nuestra?

—No tenemos nada que vender.

—Qué literario eres.

—Siempre resulta literario decir la verdad.

—No te pongas grosero. Sabes que lo de ese chico no iba a pasar de ahí.

—Me da lo mismo.

—Ya te has puesto grosero. Te lo advertí.

Suspiraron largamente. El reloj de columna dio las nueve con unas campanadas finas y monjiles.

La Marquesa se había sentado junto al Giocondo, en el brazo de su sillón. Le revolvía el pelo suavemente con una mano.

—Ha sido una noche estúpida, ¿no?

—Como todas las noches.

—¿Qué fue de Bruto?

—Yo qué sé.

—Estás imposible, Gío.

—¿Cómo quieres que esté a estas horas?

—Lo siento; yo no tengo la culpa si te ha fallado todo.

—¿Qué es todo?

—No sé. Bruto, Ramiro, alguien. Tú sabrás en quién habías pensado para esta noche.

—Déjame en paz.

—Gío, no burrees.

Y se inclinaba sobre él, besándole en el cuello. Le desabotonó la camisa, le besó en la boca. Era una mujer llena de alcohol y de urgencia. Había algo en el perfume de ella, en su vehemencia, en su sinceridad sexual, que de algún modo hacía reaccionar fugazmente al Giocondo.

—Eres incansable.

—Bésame, Gío, bésame.

—No sé por qué pierdes el tiempo con esta calamidad de hombre...

Hablaban boca contra boca.

—Bésame, Gío. Hoy sí. Esta noche sí.

—¿Esta noche?

—Estúpido.

Estaba caída sobre él, con la ropa abierta. Tenía esa facilidad de algunas mujeres para deshacerse de sus botones. Los vasos estaban sobre la alfombra. Las manos del Giocondo se movían con más experiencia que fervor por el cuerpo de su amiga. Fue un momento cálido y sucio. El Giocondo pensó que ya estaba bien y, tomándola por los hombros, hizo un movimiento para incorporarla. Mas ella era ya la mujer dispuesta a todo. Se le enredaba de una manera dócil y enérgica al mismo tiempo. Le contagiaba su apremio y su ardor. Se besaron de una manera bestial y sabia.

—Eres único, Gío.

—Qué cosas dices...

—Bésame, por favor.

Luego tuvieron unos minutos de revuelta laxitud. Ella se puso en pie lentamente, buscó su tabaco y su *whisky* y tiró de su amigo. Caminaron despacio por el salón dejando un rastro de cosas caídas y muebles esquinados.

Caminaban de puntillas para no hacer ruido. Entraron en el dormitorio de ella, en la habitación con espejos y paredes blancas. Sobre la cama con dosel había un largo camisón malva, transparente, como un vano fantasma de mujer muerta. La Marquesa encendió una luz baja y se sentó en la cama con un suspiro que era casi un gemido. Tenía las gafas negras en una mano. Fue dejándolo todo sobre la alfombra, sobre las sillas. Puso el *whisky* a mano, sobre una mesita baja, y antes de acabar de desvestirse se metió en la cama, con un cigarrillo en los labios.

El Giocondo se desnudaba lentamente en un rincón.

—Por ahí andaba tu albornoz —dijo ella.

—Ya lo tengo.

El Giocondo se envolvió en un albornoz largo y blanco. Se acercó despacio a la cama. Ella hundió levemente una mano en la colcha, indicándole que se sentase.

—Nunca aprenderás a preparar el *whisky*, Gío.

—¿No está a tu gusto?

—Pruébalo tú mismo.

Y le ofreció el vaso. El Giocondo se mojó los labios.

—Se nota demasiado el veneno —dijo.

Rieron ambos un momento y luego se besaron de nuevo, con cierta ternura. El Giocondo abrazó a su amiga, que estaba incorporada en la cama.

—¿Has cerrado la puerta? —preguntó ella.

—No. Voy un momento al baño.

—Pues anda. Y ven pronto.

El Giocondo salió ordenándose el pelo innecesariamente. Ella, sentada en la cama, recostada en las almohadas, fumaba y bebía lentamente, maquinalmente, dentro de la inercia y el automatismo que había en el fondo de su vida.

En el baño, el Giocondo contrajo suavemente sus músculos dentro del albornoz. Abrió el grifo del agua fría, en el lavabo, y se salpicó un poco la cara. Doblando por la cintura, se miraba de cerca en el espejo. Sí, aquel día podía ser. Se sentía dispuesto. Iba a cumplir, por fin, con su amiga. Tenía en el fondo de su deseo una visión revuelta y roja de cuerpos indistintos. No hubiera sabido decir en aquel momento qué era un hombre y qué era una mujer. Sólo sentía dentro de sí un impulso oscuro y fuerte, un vértigo hacia la libertad exasperada de los cuerpos, una infinita posibilidad de placer, de dolor, de ensañamiento. Un instinto encarnizado y secretamente triste.

Respiró profundamente. Cerró el grifo y pasó una mano por los frascos y los tarros que había en la repisa. Conocía bien las cosas que se daba su amiga. Destapó un frasco de colonia, se abrió el albornoz y comenzó a frotarse el pecho con la palma de la mano humedecida. Luego sacó su tabaco del bolso del albornoz y encendió un cigarrillo. Fumó mirándose al espejo. Retardaba sin saber por qué el momento de volver junto a ella. Estaba seguro de triunfar aquella vez.

Con el cigarrillo en la mano salió del baño y caminó descalzo hasta el dormitorio.

—He sido malo. He vuelto a usar tu colonia.

Pero ella no le contestó. El Giocondo se quitaba el albornoz de espaldas a la cama. Tuvo un golpe del corazón y se volvió hacia el lecho. La Marquesa, hundida entre las almohadas, le miraba con los ojos débiles y entrecerrados. La boca se le desgarraba hacia abajo y una brillante rebarba abultaba en el lugar del cuello.

En la mesita de junto a la cama había un plato, un frasco, una cajita, una jeringa, unos algodones.

El Giocondo miraba aquella cabeza estupidizada, aquel cuerpo destroncado. Se llenó de repugnancia y de miedo. Tiró el cigarrillo y metió las manos nerviosamente en los bolsillos del albornoz. Se le iba la cabeza.

—Te has pinchado —dijo.

ANTONIO SE FROTABA LAS MANOS, se ponía los guantes y echaba un poco de aliento cálido dentro de la abertura. Antonio charlaba con Mariano, el portero, antes de irse a casa a dormir. Mariano seguía barriendo el portal.

—Esta noche ha sido buena, ¿no? —dijo el portero.

—Figúrese usted. Doce horas seguidas tomando copas y aguantando. Me conozco a todos los serenos de Madrid.

—También es cabronada —decía Mariano, barriéndose las zapatillas de cuadros con la punta de la escoba.

—Cuando les da por empalmarla, ya se sabe.

—¿Y el tipo este funciona o no funciona?

—De qué. No hay nada que hacer. Con decirle a usted que ella, esta mañana, quería traerse a un desconocido...

Mariano dejó su tarea y sonreía a la expectativa, mostrando una funda de oro entre los dientes verdes, como un rayo de sol en el bosque.

—Pero un auténtico desconocido, ¿eh? Sin coñas. Del pasaje de San Ginés. Hemos estado desayunándonos en el pasaje de San Ginés. Bueno, pues de allí se me venía con un estudiantillo o cosa así.

—¿Y éste?

—Le dio la histérica y quería parar un taxi. La tuvieron buena. Allí se quedó el chaval, con una pinta de golfo que no podía. Si llega a meter eso en casa, vamos, no sé, yo creo que me despido.

—¿Y a usted qué se le va ni se le viene?

—Hombre, que uno ha estado con buenos sueldos y en buenas casas...

Mariano no acababa de comprender la deontología profesional del chófer.

—Pues hoy, ya, van a dormir hasta las siete de la tarde —dijo.

—Eso creo. En estos casos, aunque no haya orden, yo ya sé lo que tengo que hacer. Me voy a dormir y a las siete estoy aquí con el coche revisado. A empalmarla otra vez.

—Pues qué vida la de usted.

—Hasta que un día me harte.

—Hala, vamos a echar el orujo antes de que usted se vaya a dormir.

El portero puso la escoba detrás de una columna y pasaron al bar de al lado. Antonio se quitó otra vez los guantes de piel y lana. Mariano pateaba el suelo con sus zapatillas para meter los pies en reacción.

—Dos orujos, pagando lo que sea.

En el bar sólo había unos solitarios desayunadores. Estaba también el portero de dos casas más allá, hablando de quinielas con el de la barra.

—Tome usted un pito, Mariano.

—Ya veo que sigue dándole a lo rubio.

—Siempre se dejan algún paquete en el coche. Y que no lo vuelven a ver, claro. «Antonio —y ponía la voz de la señora—, ¿ha visto usted un paquete de Marlboro que debió de quedar anoche por aquí?» Ni que fuera uno tonto. Nada, que no sé nada. Yo soy de Pénjamo. Y Marlboro que te crió. Pues sólo faltaba eso. De sobra sabe que lo he cogido yo. Pero no se atreve a rechistar. Pues sólo faltaba eso. Un respeto tiene que haber, ¿no?

Antonio actuaba ante el portero como José Luis ante el sereno. Mariano era su público. Había que echarle carnaza. Antonio se sentía admirado por el portero, tanto por el aguante que tenía para trasnochar como por tenérselas tieso con la señora. Se tomaron el orujo a sorbitos.

—¿Y dónde coños se meten toda la noche? Porque estará todo cerrado, digo yo...

Antonio no quería desvelar totalmente al portero los secretos de la noche madrileña. Sonrió.

—Siempre hay sitios, Mariano. Todo está en empalmar el último sitio que cierra con el

primero que abre. Cuestión de práctica. Ya ve.

—A mí que no me digan. Eso no es vida. No sé cómo usted puede aguantarlo. ¿Es verdad que alguna vez se ponen a hacer guarrerías dentro del coche?

—De eso nada, Mariano. Cosas que inventa el maricón de José Luis. Él qué sabe. En el coche mando yo. Pues sólo faltaba eso. En el coche siempre hay un respeto, Mariano. Me salen a mí con la primera y los apeo en marcha, se lo juro.

Antonio se pasaba los dedos de mecánico por el bigote. Estaba confortable con el orujo y el cigarrillo, pero se caía de sueño. Sacó dinero para pagar las copas.

—Hala, a dormir —dijo el portero, metiendo las manos debajo de las axilas.

—Adiós, Mariano.

—Adiós, Antonio.

El portero se estuvo detrás del cristal de la puerta viendo arrancar el coche. Antonio escupió el cigarrillo por la ventanilla y salió de arrea. El automóvil corría ligero por la ciudad. Antonio abandonó aquel barrio en dirección a la Gran Vía. Estuvo un cuarto de hora dando vueltas a una manzana hasta que encontró dónde aparcar. Pensó dejar el coche en cualquier sitio para que se lo llevase la grúa, pero sus rebeldías no llegaban a tanto. En todo caso, la multa era segura.

Caminó hasta la calle de la Madera, delgada y olorienta, vieja, adonde estaba su pensión. Subió la escalera sin sacar las manos de los bolsillos de la gabardina. Abrió con su llave y entró en un vestíbulo oscuro que olía a cena y al plástico de los sillones. Los muebles impedían el paso. Antonio llegó hasta el pasillo y saludó a un viajante de comercio que se colocaba la bufanda antes de salir a la escalera. Entró en su pequeño cuarto y se quitó la gabardina y los guantes. Se fue desnudando sin encender la luz ni abrir la ventana. Buscó debajo de la almohada y sacó su pijama, que estaba húmedo. Siempre se lo metían allí recién lavado, antes de que se hubiera secado. Estas guarras, se dijo. Un día me voy a coger un reuma. Se puso el pijama, preparó el timbre del despertador para las seis y se acostó. Pensaba en la noche pasada, pensaba en su vida, no se dormía. Encendió la luz de la mesilla y fumó un cigarrillo. El pijama húmedo tardaba en coger el calor de su cuerpo. Antonio estaba solo con su oficio y su adustez, con su pobreza y su cobardía. Se despreciaba secretamente a sí mismo.

«Si es que me tienen hartos, pero ya me dirás tú adónde vas, como ella dice, le debo la vida, bueno, la vida, pero de un buen lío sí que me sacó, no ella, claro, sino el tipo, el viejo, que tiene más influencias que un ministro, y a ver cómo te pones ahora flamenco y le dices que te largas; capaz es de tomarse represalias, pues estás aviado, también hay que conocerla a ésta, mala no es, pero tiene esa manía de intrigar que a lo mejor, sólo por darse importancia y demostrar las influencias que tiene, va y te balda, agradecido me tenía usted que estar, no te fastidia, agradecido, si es que te compran con el miedo, a ver, más me valía estar todavía en la cárcel, delitos políticos, dicen, delitos políticos, que lo de la guerra no fue ayer, vamos, que ya está bien, a ver hasta cuándo se van a estar acordando, uno hizo lo que pudo, y me partee a mí que has pagado más de lo que debías, pero claro, tienen la sartén por el mango, delitos políticos, ni que uno hubiera estado fusilando gente como una ametralladora, cayó lo que cayó, lo que tenía que caer, mira tú, no te fastidia, y muchos que han quedado vivos, pero bien cogido me tienen, si no, me parece a mí que iba a aguantar su madre, no sé, como no cambie esto un día, dicen que ahora parece que, pero así estamos siempre, delitos políticos, también tiene bemoles.»

Antonio acabó por quedarse dormido con un sueño duro, desagradable, obstinado.

El sueño, el miedo, el frío, el dolor en los ojos, la morfina, sólo soy ya mis canas y el riñón que me falta, lejana, lejana, hundida, como pasan los días por su frente, por tu frente, por mi frente, demasiados caballos, la niña de la guerra con su hambre, granadas de mano que ahora se abren en su cabeza, una posesión violenta, un soldado que no es un soldado, que es su marido, su amante, su novio, su primer novio,

una violación larga, oscura, dolorosa, lo que ahora siente, lo que ahora la recuerda, y se toma a sí misma entre los brazos, y se lleva a otro sitio y se encuentra tranquila, satisfecha.

Falsamente tranquila, en un orden monstruoso, pero quieto, en un silencio de plantas, de desnudos, Marbella quizás, una Marbella con el mar putrefacto, maloliente, las palmeras paradas en el aire, oscuras, y aquel club de sombra, esa música que la ha despertado en su lecho, el calor vivo, palpador, un calor vegetal, un aire mineral, bebe y bebe de la botella vagamente sexual, el marido montando caballos que se le mueren entre las piernas, gozando a las criadas en la baka del automóvil, jugando al póquer con las cartas de amor que ella le escribía. Su madre entre la ropa tendida, sonriente, sujetándose un pecho que le sangra y al que viene a beber uno de los caballos del marido, *Amadís*, un caballo blanco que ahora está sucio, mojado, es sudor, no es sudor, es sangre: no es sangre, es alquitrán, y la madre se queja y el marido ríe, subido en el caballo, y ella le da patadas a *Amadís*, como aquella vez, en el picadero. No vuelvas a hacerlo, dice el marido, desde lo alto del caballo; no vuelvas a hacerlo, pero su voz suena muy lejos, ronca.

La morfina, el sueño, la morfina, primero fueron los tubos de pegamento, aquel olor, aquel sabor mareante, aquel alucinógeno infantil, perfumado, que las colegialas compraban por dos o tres pesetas. Luego, la morfina para el dolor, para las operaciones, para siempre, la morfina para viajar, soñar, huir de su nombre, y siempre, ya, todo, los paraísos últimos con aquel sabor de pegamento doméstico de goma barata, de colegio vicioso. Ahora, tendida en el lecho, palpa, sueña, sufre, viaja.

Alguien busca en sus riñones, alguien va a operar en sus riñones, le duele la espalda largamente, pide *whisky*, pide más *whisky* y se lo traen en un plato de sopa, lo sorbe inclinando el plato, que ha tomado ávidamente con ambas manos, y el *whisky* se le escurre por la cara, por el cuello, entre los pechos, por el vientre, hasta el sexo, es un fuego y un éxtasis, en la boca le ha quedado un sabor a plato, a barro pintado, un sabor como el de los botijos del verano, cuando bebía chupando el pitorro y le decían que dentro del botijo había un sapo, un bicho que había entrado siendo pequeñito y luego había crecido allí dentro, se había hinchado de agua; agua de sapo, estaba bebiendo agua de sapo, quiso escupirla, pero no se atrevía a moverse por no alejar de sí aquel placer íntimo del *whisky* corriendo ya por su interior, y retenía en la boca un buche de algo desagradable y movedizo. Agua de sapo.

¿Qué fue de mi riñón? A alguien se lo habrán dado, un riñón no se pierde, hay muchos perros con hambre, muchos gatos con hambre, a quién se lo habrán dado, qué dolor, un lejano gato, allá por los desmontes de la posguerra, muerde y araña algo tibio, y a ella le duele en la cavidad de su riñón, pero basta con girar levemente, ya está, qué bienestar, qué sensación, qué placer de viaje deshilvanado y sin destino.

Lejos, lejos, en una noche con viento, o aquí mismo, en la habitación, la lámpara, el tabaco, el *whisky*, las bofetadas de Gío, pero nada ha ocurrido, van a salir esta noche, irán a Bus y a la Puerta de Toledo y al pasaje de San Ginés, lo está viendo todo como si ya lo hubiese vivido, beberán con Paulo, con Sánchez, con Carmen, con Ramiro, se encontrarán a Julio César desayunándose, estoy bien, estoy serena, puedo imaginarme todo lo que va a ocurrir, ahora, aquí, en la cama, todo va bien, silencio, paz, la luz baja de la mesita, ¿por qué una mujer desgraciada, sola?, no, todo está en orden, no hay nada que reprocharme.

Ha debido de pasar tiempo, algún tiempo, no sé, pobre mamá, pobre papá, cuánto han debido de sufrir conmigo, qué tontería, los muertos no sufren, él tampoco sufría, era un egoísta, es un egoísta, lo que quería era la separación, qué iba yo a hacer, necesitaba una protección, una ayuda, alguien, pero por qué estás tratando de justificarte, no vale la pena, ya no vale la pena, siempre así, qué preocupación por la gente, claro que les has hecho sufrir, también tú has sufrido, también yo he sufrido, y más que nadie, que

me dejen en paz, luego, otros hombres, amantes, dicen, amantes, amores, una noche alegre le llamo yo a eso, «una noche alegre», qué importancia tiene, lo que pasa es que mis cuñadas no perdonan, no, ellas nunca perdonan, alguien dice que las cuñadas no perdonan, y lo dice riéndose, quizá sea Gío, no sé, a veces tiene estas bromas, le gustan esas frases así, las cuñadas no perdonan, suena a serial, bueno, pues ya está, no hay quien ponga orden en mi vida, ni falta que hace, yo creo que todo va bien, ahora estoy serena, tranquila, si no fuera por este pájaro que ha entrado y canta escondido en mi pelo, claro que en cuanto José Luis me lave la cabeza se acabó el pájaro, saldrá volando, o se morirá entre el champú, ahogado de espuma, y flotará en el lavabo, muerto, con el pico largo, ahora canta como un loco, y yo diría que me pica en el cuero cabelludo, pero un pájaro no es más que un pájaro, mi casa está en orden, mis hijos duermen, soy una esposa separada, pero honesta, irreprochable, una dama, una alta dama, una gran dama, una marquesa...

¿Por qué no viene nadie, por qué no pasa nada? Ya es demasiado silencio. Ya no se oye nada, ni siquiera al pájaro. Tendré que levantarme, saber qué hora es, preguntar por los niños, ojalá se hayan ido a casa de su padre, no tengo ninguna gana de verlos, hay que ver cómo me miran a veces, yo no sé qué es lo que adivinan, han llegado a esa edad en que empiezan a hacerte reproches, reproches por todo, porque vienes tarde, porque no vienes, porque no les has dado un beso, porque les besas demasiado, por todo, por haberlos traído al mundo, por todo.

Tenía los ojos abiertos, pero estaba profundamente dormida. Tenía los ojos cerrados, pero veía su vida transparente.

RECOBRÁNDOSE LENTAMENTE y recorriendo la estancia con la mirada, hasta que sus ojos dieron en lo que había sobre la mesita. «Me he pinchado, he vuelto a pincharme, y el pobre Gío, se habrá ido, quizá, cómo he podido hacerle esto.» Había que ir a buscarle, buscar a Gío, salió de la cama, persiguió sus chinelas tanteando con los pies el suelo, se las puso.

Se ordenaba el pelo ante el espejo, mareada, temblorosa, se envolvía en la gran bata roja: qué ha pasado en esta casa, no sé la hora que es, no quiero encontrarme a los niños por ahí fuera, ya se habrán ido, José Luis no me va a notar nada, bueno, es mejor que lo note, que se dé cuenta, necesito de él, no puedo dar dos pasos, pero Gío, qué habrá sido de él... Volvió a sentarse en la cama, rendida, y tomó energías para ponerse de nuevo en pie, salir a las otras habitaciones.

En el vestíbulo estaba el abrigo de Gío, pero Gío había dejado su abrigo sobre una butaca, cuando llegaron, ¿eso fue la noche anterior, dos días atrás, cuándo?, quizás, al irse al dormitorio, habían colgado allí el abrigo, en todo caso, él no se había ido, dónde estaba, en el salón no estaba, ella había encendido y apagado luces, se quedó quieta en medio del salón, como venteando el aire de la casa, orientándose instintivamente, lo comprendió de pronto, lo supo de alguna forma, no les daría tiempo a encender la luz, una linterna, había que sorprenderlos con una linterna, no tenía linternas, tomó un gran candelabro de tres brazos que había sobre una vitrina, se buscó las cerillas en el fondo de los bolsos de la bata, allí estaban, de cuando se iba a fumar a la cama, y encendió el candelabro, las tres velas, una por una.

Estaba aparatosa, trágica, con el candelabro levantado a la altura de la cabeza, dándose luz, y avanzó por el pasillo, hacia el cuarto del criado, despacio, poniendo la mano izquierda en la pared para apoyarse.

Al llegar a la puerta de la habitación se detuvo un momento e inclinó la cabeza para escuchar, no se oía nada, respiró profundamente, quizás era la última fantasía de su pesadilla, una locura, no iba a encontrar nada, abrió la puerta de golpe, iluminó ante sí con el candelabro, lo vio todo. José Luis saltaba de la cama y se envolvía en una toalla. —Señora... —dijo, irónico.

El Giocondo la miraba desde el lecho, sonriente, extraño, ajeno, desconocido. ¿Era realmente Gío?

—Por favor, señora, entre y cierre. Por los niños... —decía el criado.

Ella entró y cerró. Incluso en aquella situación obedecía maquinalmente a José Luis. No decía nada.

—¿Ya se te ha pasado el pinchazo? —preguntó el Giocondo con desprecio.

—¿Qué haces aquí?

—A ti qué te importa. No se puede dormir tranquilo con una morfinómana.

—Imbécil.

La Marquesa tuvo en los labios la palabra ofensiva, la palabra temible, la verdadera palabra, pero no llegó a pronunciarla, no llegó a decírsela al Giocondo.

—Imbécil —repitió.

—¿Has venido para insultarme? Debieras seguir en tu paraíso, soñando. Estás muy bella cuando te pinchas. Si supieras...

José Luis sonreía. Encendió un cigarrillo, sin ningún respeto para su señora. El Giocondo se cubría con la sábana.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó ella innecesariamente.

—No tienes derecho a preguntar nada. Otro día, cuando se te haya pasado.

—Estoy mucho más despierta que tú.

El candelabro ponía una luz teatral en la habitación.

Ella miró a los dos hombres. Se sentía perdida, ridícula ante ellos, vencida, sola.

—Es usted un cerdo, José Luis.

—Señora...

—Está usted despedido. En mi casa no...

—En su casa, sí, señora.

La Marquesa quedó estupefacta por las palabras y la interrupción del criado. Algo se le helaba por dentro. Comprendió que la ceremonia de José Luis era ya burla, que quizá lo había sido siempre.

—No tiene usted derecho...

—Querida —intervino Gío—, aquí no ha pasado nada. Estamos tratando nuestras cosas. Hacía tiempo que tenía yo que hablar con José Luis. Nunca nos habías dejado charlar a solas. Pero alguna vez tenía que ser.

Ella comprendió que su amigo se le había ido definitivamente. Le hablaba ya con el cinismo de quien se ha quitado de pronto la máscara. Le costaba trabajo reconocer a Gío en aquel tipo irónico, todavía transfigurado por la aventura sexual. El Giocondo se puso en pie, envuelto en la sábana.

—Anda, vuelve a tu habitación y duerme.

—Gío, no me hables así. No soy una niña.

Permanecieron los tres en silencio, mirándose. José Luis deploraba, en el fondo, que todo se hubiera roto. A él le convenía más el equilibrio inestable en que habían vivido hasta entonces. Luego pensó que quizá no se había roto nada, y este pensamiento le hizo sonreír. Fumó para borrar su sonrisa. El Giocondo se sentía exaltado por dentro, lleno de un impulso loco, dispuesto a romper con todo, y su cuerpo, feliz al fin, le comunicaba una embriaguez que trataba de disimular con una conducta fría y cínica. La Marquesa, encubriendo su temblor, desolada, triste, dejó que la ira le fuese creciendo dentro, porque advertía que en la ira se le ahogaban todos los demás sentimientos, tan lamentables.

La ira resultaba lo más digno en aquella situación, y por eso, por dignidad, se entregaba a su ira.

El Giocondo se acercaba a ella. La Marquesa retrocedió un paso.

—¿Adónde vas?

—¿Tienes miedo, Marquesa? ¿Vas a tener miedo de mí?

—¡No te muevas!

—Pero tonta; si sólo tienes un candelabro. No es un revólver.

—No te hagas el hombre. Eres una criatura. Vamos a hablar de esto.

Había sido ridículo decirle en aquellos momentos que no era un hombre. La Marquesa lo comprendió demasiado tarde, cuando el Giocondo crispaba ya su rostro encajando lo que sonara como un insulto deliberado, y que no era tal. Caminó hacia ella y la luz del candelabro prendió en la sábana que envolvía su cuerpo.

—¿Adónde vas, Gío?

—A llevarte a tu cuarto.

—No tienes que llevarme a ningún sitio.

—No está bien que permanezcas demasiado tiempo en la habitación de un criado.

—¡Ya está bien, Gío! Sabía que tenía que ocurrir. Bien, pues ya ha ocurrido. He tenido yo la culpa, por fallarte, por dejarte solo.

—No nos hagas números, querida...

—¡Sí, he tenido yo la culpa! Perdóname, Gío. Pero tenía que ocurrir. Mejor es que haya ocurrido ya.

—Sí has tenido tú la culpa. De todo has tenido tú la culpa desde hace mucho tiempo. Pero ahora déjanos en paz, ¿quieres?

Ella se negaba a comprender que era inútil todo, que su amigo le hablaba desde muy lejos, que no era ya su amigo. El Giocondo se acercó más.

—¿Adónde vas con ese candelabro? —dijo—. Eres una aparatosa. Te lo voy a apagar. Y sopló, una por una, en las tres velas. Quedaron casi en la oscuridad. El Giocondo se acercó más a ella, soplándole el humo de las velas en la cara. Ella le golpeó

bruscamente con el candelabro en la cabeza. El Giocondo cerraba los ojos, se llenaba de sangre, de dolor. Iba a caer.

El Giocondo, en el suelo, muerto, y la Marquesa y José Luis se miraban, irreales, asustados, y en el aire tirante, de pronto, la malicia, la complicidad, el entendimiento, de nuevo, tras un minuto de hielo, la sonrisa cínica y resignada de él, la sonrisa vaga y brutal de ella, y luego la risa ya, la carcajada común, recíproca, nerviosa, enferma, rebotando de uno al otro, la convulsión de mala simpatía, de nocturno compadrazgo, de alegría sin remedio, homicida alegría, sobre el cuerpo, tendido allá abajo, en el suelo, sobre el cuerpo del muerto.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.